

SERMONES: 2001

Padre Basilio Méramo

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA

28 de enero de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este cuarto domingo después de Epifanía el Evangelio nos relata el milagro de Nuestro Señor en el mar: hay una fuerte borrasca, la barca está a punto de hundirse y los discípulos con miedo le piden a Nuestro Señor que los socorra. Él les reprocha: "¿Por qué sois tan tímidos y de tan poca fe?". Como diciéndoles cobardes. Inmediatamente, después de que Nuestro Señor ordena al mar que se aquiete, viene una gran bonanza.

Este milagro es llevado a cabo en el mar por Nuestro Señor después de haber realizado muchos en tierra firme, como para dejar claro que El es el dueño del universo, que impera tanto en la tierra como en el mar y que todo el cosmos le obedece.

Sabemos que la Iglesia es representada por una barca. La barca de Pedro simboliza la Iglesia. La moraleja ilustra una situación que concierne a la Iglesia, a la barca que parece sucumbir ante el furor de las olas y la tempestad, el miedo y la poca fe de los apóstoles mientras Nuestro Señor duerme en medio del peligro.

Nuestro Señor estaba realmente dormido, no es como dicen muchos predicadores -que les estaba probando, que fingía dormir-, cuando lo que prueba es la pura realidad de la vida, la verdad y no la ficción. Sería apenas, como dice el padre Castellani -propio de un mal maestro de novicios que prueba con ficciones, cuando hay de sobra ocasiones para probar, que se presentan en el contacto diario con la realidad misma de la vida sin necesidad de estar fingiéndolas y, lo que es peor, atribuírselas a Nuestro Señor- otorgarle nuestra estupidez al Señor.

¡Pues no! Nuestro Señor dormía, ¿cómo?, ¿cuántas veces en cualquier lugar se queda dormido un niño porque le vence el sueño? Así Nuestro Señor, como un niño y mucho más inocente, dormía simplemente por estar fatigado, cansado, pero también aprovecha la ocasión de ese cansancio, para que mientras El dormía, les quedase más grabado el milagro que iba a ejecutar y mostrarles a sus discípulos, y a nosotros, que debemos permanecer íntegros porque el miedo ante el peligro de naufragar, y de que se hunda la Iglesia, viene de la poca fe.

Es una luz para estos tiempos en que realmente la Iglesia parece que va a ser tragada por las olas. El mar siempre ha designado en las Escrituras el mundo, porque es a través del mar como se ejercía el comercio y se traficaba de un continente a otro trayendo mercancías de Oriente. El mundo siempre ha sido representado por el mar, mientras que la tierra firme significaba y significa la religión. Entonces, es la Iglesia en medio del mar,

en medio del mundo, y está a punto de sucumbir, de zozobrar, de hundirse, de naufragar tal cual lo vemos hoy, mucho más que los apóstoles podían haberlo visto en aquel entonces, cuando la Iglesia apenas comenzaba.

Es de gran utilidad para que no temamos ante la crisis que parece hacer naufragar a la Iglesia y que Cristo, aunque parece estar dormido sin hacer nada, está allí, y que confiemos en su presencia, despierto o dormido poco importa; Él es Dios y está en su Iglesia y es El quien mantiene a su Iglesia. "Hombres de poca fe", ¿acaso Nuestro Señor, dormido como estaba, no podía salvarlos sin que lo despertasen? Por eso el fuerte reproche que les hace. Es más, Santo Tomás dice que también les pudo decir hombres de poca fe porque aun ellos mismos, si hubiesen tenido suficiente fe, hubieran mandado aplacar la tempestad.

Nosotros, hoy, viendo a la Iglesia, la barca de Pedro a punto de naufragar, si somos conscientes y tenemos fe y vemos la situación religiosa del mundo y de la Iglesia, concluimos que es un desastre. Pareciera que va a naufragar, pareciera que la Iglesia va a sucumbir en medio de las olas de la tempestad del mar, de esa tempestad demoníaca, que nos toca sufrir. Y digo demoníaca porque ya no es el simple mundo, los pecados del mundo, sino que excede a lo que siempre hubo; cochina pornografía a través de la televisión, de las revistas, del cine, que antes tenía el nombre distintivo de cine rojo que lo catalogaba como inmoral o impúdico; ahora no tiene nombre, como si hubiera dejado de serlo por estar a la orden del día; utilizar el adelanto de la técnica también para exacerbar las pasiones del hombre a tal punto que ya no lo satisface ni el mismo pecado; tal desenfreno es demoníaco; utilizar el poder de la técnica para excitar todo aquello que aleja al hombre de Dios, jamás se vio tal perversión.

Lo que hace a la televisión actual demoníaca, no es simplemente un aparato, un instrumento inofensivo, como bien podría serlo si estuviera sanamente encaminado, pero lo está maliciosamente para separar al hombre de Dios y llevarlo al infierno. La música rock y el arte moderno son diabólicos. Son la destrucción del Ser y el Ser lo hace Dios, eso es querer destruir a Dios. No se puede hablar de que sea simplemente sensualidad, lujuria o carne, sino una corrupción total del Ser y vemos a la gente caer en la droga, en la desesperación, en el asesinato, en el suicidio, como algo generalizado, jamás visto; todo eso es demoníaco y no quisiera seguir enumerando para no alargarme.

Si vemos, entonces, en medio de ese mundo a la Iglesia a punto de sucumbir, no temamos y afrontémoslo con fe, sabiendo que Nuestro Señor está en su Iglesia aunque no lo veamos, aunque aparentemente no haga nada, pues su sola presencia basta, El salvará a la Iglesia, es Él quien conminará el mal.

Y viene muy al caso, y no es la primera vez que se menciona al pie de esta crisis sin igual, sin par -no será obtenida la victoria sin la intervención de Dios- aunque no todo el mundo la vea, no será por los pactos, los arreglos, los convenios; tampoco por palabras de hombre ni por mano de hombre -será por el poder de Dios que esta crisis acabará-. De ahí la necesidad de que Él venga. Pero la segunda venida la tenemos muy acallada, demasiado

en la sombra, y actualmente es imprescindible entenderla, porque en la Edad Media, en pleno apogeo espiritual y florecimiento de la Iglesia qué importaba, lo revelado en el Apocalipsis no los implicaba directamente, pero ahora cuando han pasado tantos años y siglos, y cuando vemos realizarse las profecías anunciadas por Nuestro Señor, no nos queda más que pedir su segunda venida para que El venga y restaure su Iglesia, para que nos juzgue por su segunda venida, por su aparición y por su reino.

Tenemos muy acallada la petición del Padrenuestro: "venga a nosotros tu reino", ese reino aquí en la tierra lo tenemos muy confuso, y por eso en todas las verdaderas apariciones de nuestra Señora, Ella ha tratado de aclararnos la inminencia del peligro, el castigo y el triunfo final de su Corazón, que es el triunfo de Cristo Rey. Ese triunfo tiene que coincidir con la destrucción de la apostasía, del gran misterio de iniquidad y con la destrucción del Anticristo, y ese triunfo requiere su venida. Por eso San Pablo, en la epístola de las Misas dedicadas a los doctores, quienes hoy brillan por su ausencia (los doctores en la Iglesia son los obispos), habla de la venida de Nuestro Señor y de cómo El viene a juzgarnos por su segundo advenimiento, y su reino.

Es Él, entonces, quien nos salvará de la situación actual, no es el hombre, no somos nosotros, y de ahí la urgencia de recurrir, de pedir que El venga, como lo pide San Juan: "Ven, Señor Jesús"; como termina el Apocalipsis, en el cual se nos muestra toda la Historia hasta el final de los tiempos y por lo mismo es el último libro del Nuevo Testamento y también su única profecía (el Antiguo está lleno de ellas), porque es la gran profecía próxima al segundo advenimiento de Nuestro Señor y de los acontecimientos en su Iglesia; nos muestra la situación al fin de los tiempos que son los nuestros, como lo evidenciamos por doquier con una mínima instrucción religiosa, además de la fe y de la gracia de Dios, porque si no, tampoco se vería.

Por lo que a la religión respecta, la representación misteriosa de las dos mujeres en el Apocalipsis, la gran ramera y la mujer santa y pura, la parturienta vestida de sol.

Qué significan esas dos mujeres sino el Israel de Dios, la religión, y cuántas veces en el Antiguo Testamento Dios trata al pueblo elegido, al Israel de Dios, como una mujer y cuando se porta mal, como una mujer infiel que ha fornicado y adulterado. Pues eso significa la fornicación en lenguaje sacro, la adulteración de la religión, eso es la abominación, por lo que esas dos mujeres están mostrándonos al fin de los tiempos, el estado de la religión; dos polos, la religión fiel, la mujer vestida de sol, la parturienta que pare (se puede asociar en la santidad a esta mujer y la Virgen María, mas no en su parto como muchos tratan de verlo, pues sería un error teológico ya que la Santísima Virgen no parió con dolor y en la persecución). Ya muchos Santos Padres lo han tratado de exponer para que no se haga una falsa exégesis según el capricho de teólogos modernos anteriores a esta crisis; pero, con respecto a las profecías de Dios y su primer advenimiento que muy pocos vieron y se percataron de que ya el Señor se había hecho hombre, cuando ellas lo identificaban; así estamos ahora en la Iglesia respecto no ya a la primera, sino a su segunda venida, la Parusía.

La otra mujer, el polo corrompido de la religión, el otro extremo, el de corrupción y no el de fidelidad, lo representa la gran ramera, meretriz, esa mujer sobre la bestia y que en su frente lleva la palabra "misterio" lo cual asombró a San Juan, porque es la misma bestia que sale del mar, el Anticristo, la mujer sobre el Anticristo y vestida de rojo, púrpura, color por excelencia de los cardenales, y bebiendo el cáliz de la sangre de los mártires, aprovechando en su favor la sangre de los mártires y de los santos, para corromper.

A San Juan le llamó la atención el estado de postración de la religión, cabalgando sobre el Anticristo, bebiendo la sangre de los mártires. El símbolo de esa ramera nos previene a cuidarnos de las seducciones de esta mujer que no es una bestia pero que está sentada sobre la bestia, peor todavía, tal como está pasando hoy, la religión oficial corrompida, vestida de púrpura, llevando el misterio de su iniquidad en la frente, bebiendo el cáliz de su abominación, aprovechando en beneficio propio la sangre de los mártires y prostituyendo, corrompiendo, adulterando la religión; esa es la Roma que hoy con sus halagos y encantos quiere seducir a la Iglesia fiel, a la religión que ha permanecido fiel. Por eso debemos pedir no ser engañados, para no caer en la seducción de esa gran ramera que lo único que quiere es que forniquemos con ella, que bebamos, embriagándonos con la sangre de los santos mártires. ¡Misterio de iniquidad! Pero ahí lo tenemos y nos toca sufrirlo hasta que culmine y sea la hora de la segunda venida de Nuestro Señor.

En ese momento, el mal parecerá haber vencido al bien y la Iglesia verdadera vencida por la falsa, la religión prostituida, y utilizando el nombre de católico, de Dios, y de Roma, pero ya San Pedro siendo Papa de Roma lo escribía; no dice Roma, dice Babilonia, capital de la corrupción, de la prostitución religiosa y moral y, desde aquí, desde Babilonia. ¡Cuidado! Sabiendo interpretar las Escrituras sirvámonos de ellas para conservar nuestra fe, que también según está significado en el Apocalipsis, cada vez más es reducida a su mínima expresión, la elección de las ciento cuarenta y cuatro mil vírgenes, es decir, las que no fornicaron con la gran ramera, no corrompieron su fe; por eso son vírgenes.

Pidamos a Nuestra Señora que acelere su triunfo que será el triunfo de Cristo Rey y que seamos fieles testigos de Nuestro Señor en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, porque no hay otra Iglesia, aunque el Anticristo se siente sobre la cátedra de Pedro, como de hecho lo dice claramente Nuestra Señora en La Salette con la cara entre las manos llorando; no está riendo, está derramando lágrimas por todo lo que hoy está pasando. Su triunfo será nuestra gloria y de ahí la gran persecución, de una parte, y por otra, seducción y promesas como el obispado o el cardenalato para aquellos sacerdotes imbéciles.

Monseñor Castrillón fue premiado con el cardenalato por haber sido uno de los tres canonistas que propugnaron la libertad religiosa en Colombia, vestido ahora de púrpura e invitándonos a que bebamos de esa profanación del cáliz de sus abominaciones. Imploramos a Nuestra Señora luz y fe en estos tiempos terribles. Roma está siendo hoy prostituida; hace lo indecible por absorbemos y Dios nos dé la cohesión y la firmeza, para no dejarnos engañar. Los europeos son ingenuos, ellos no tienen la malicia indígena nuestra, o la oriental, por lo que a veces los gringos, incluso los alemanes, los suizos y los

franceses nos parecen, a veces, tontos; el latino tiene esa malicia indígena (gracias a Dios) es una ventaja cuando se la utiliza para el bien, pues crea frutos de santidad: por oposición, es un peligro que un colombiano sea hoy en Roma la voz cantante, el contacto para reducirnos y envolvernos en la abominación en la cual ellos están, porque no tenemos absolutamente nada que pedir, ya que no estamos haciendo nada que no sea conforme a la sacrosanta Tradición Romana y Apostólica.

Entonces, ¿qué nos pueden dar? y ¿a qué precio?, porque una ramera no da nada si no se le paga. El precio será la apostasía, por eso en el fondo no hay nada de qué hablar, simplemente dar testimonio íntegro de la verdad y ese es nuestro deber y para eso tenemos que prepararnos.

Que la Santísima Virgen, como a niños indefensos, nos cubra con su manto, porque el resistir no será producto del esfuerzo humano; es imposible resistir sin la ayuda de Dios, sin la ayuda de Nuestra Madre del cielo y a Ella debemos invocar, a su Corazón doloroso e Inmaculado con la intención expresa de *que acelere* su triunfo. +

+++++

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA

4 de febrero de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Escuchamos en el Evangelio de hoy una de las parábolas de Nuestro Señor. Las parábolas son semejanzas, comparaciones que hace de una realidad espiritual, sobrenatural, difícil de discernir, y que a través de un ejemplo con una imagen concreta de la vida real, podemos de algún modo entender y sacar provecho para nuestra alma. Esa es la razón de las parábolas, ayudarnos a entender las cosas de Dios, la realidad espiritual que a veces cuesta comprender.

Vemos, pues, en la parábola de hoy, la explicación del origen del mal en el mundo, y si se quiere en la Iglesia misma. Aunque los predicadores toman el campo como el mundo, sin embargo también es la Iglesia, pues la Iglesia está en el mundo. Además, dice la parábola al iniciar, "semejante al reino de los cielos" y más semejante al reino de los cielos que el mundo es la Iglesia, entonces, es la explicación del mal ya sea en el mundo o bien en la Iglesia, porque también la Iglesia está conformada por hombres tanto en su parte jerárquica como en el resto de la comunidad de los fieles.

El mal siempre ha sido una de las grandes objeciones filosóficas y metafísicas. Y cuando digo metafísica, hablo en sentido filosófico, no en el que se le quiere hoy aplicar en Colombia a la gnosis, que usurpa este nombre de metafísica para engatusar a la gente. El maniqueísmo estaba basado en ese error, al no saber explicar el motivo del mal, le atribuyen principio, un origen tal como sí lo tiene el bien; estableciendo luego que existe

un doble origen o principio, uno para el bien y otro para el mal, iguales de poderosos los dos.

Y es un error, porque el bien puede existir sin el mal, pero el mal no puede existir sin el bien, porque el mal es un defecto del bien, es una corrupción del bien, es una deficiencia del bien, es una deficiencia del Ser; pero para que haya esa deficiencia del bien tiene que existir el Ser y el Ser en sí mismo es bueno. Ese principio filosófico da luz sobre el origen del mal; así como no puede existir un cáncer si no es en un ser vivo, y muriendo el paciente se acaba el cáncer y cualquier otra enfermedad, se acaba juntamente con el sujeto, porque el mal requiere la vida, requiere el Ser y el Ser y la vida los da Dios, luego es absurdo que haya un doble principio, uno bueno y otro malo en igualdad de condiciones, como pensaban los maniqueos.

Entonces, como el mal es una deficiencia del Ser en cualquiera de sus manifestaciones como es la misma vida, la salud y la felicidad, no debe escandalizarnos al punto de querer erradicarlo intolerantemente. Como lo muestra la parábola de hoy, vemos que si Dios sembró el bien y viene alguien y siembra el mal, ese es el demonio, el maligno, y nosotros mismos, cuando seguimos las inspiraciones del mal y de la maldad; ese es el origen del mal y del pecado en el mundo. Del mal aun dentro de la Iglesia, en los fieles, y éste es también el origen del fariseísmo, cuando aun predicando la sana doctrina o defendiendo la verdad, no se viva conforme a ella sino que al contrario, sirva de escudo para encubrir el mal y, peor aún, perseguir el bien. Qué mayor maldad que perseguir la verdad en nombre de la verdad; he ahí la cizaña. Qué otra cosa peor que utilizar la obediencia, la misma autoridad para el mal y no para el bien, no para la verdad, no para Dios en definitiva y eso en todos los órdenes, tanto en el natural como en el sobrenatural.

¿Por qué otras causas creen que anda mal el mundo? Porque hay malos gobernantes que buscan sólo su propio beneficio; lo mismo ocurre en todas las profesiones: malos médicos, malos abogados, que no cumplen con sus deberes, con aquello que se predica; y cuánto más grave será si lo trasladamos a una institución divina como es la Iglesia; un sacerdote que utilice el confesionario para corromper, un obispo que utilice su rango para abusar de la Iglesia y no para predicar el Evangelio, y lo mismo que se dice de un obispo, qué decir de un cardenal, e incluso de un Papa. Ejemplos tenemos que colman la medida, que son extraordinarios, pero se dan. Hay entonces una ley superior que lleva a decir a San Pedro: "Antes que obedecer a los hombres hay que obedecer a Dios". Dios es la verdad, es el bien.

No se puede, pues, so pretexto de quien ordena, detenta y ejerce la autoridad, obedecer al mal, obedecer al error, porque entonces estaríamos obedeciendo a los hombres y desobedeciendo a Dios y la obediencia como virtud sobrenatural exige que esté al servicio de Dios. Esta prioridad debe entenderse muy bien; en el caso de la Iglesia muchas veces se nos echará en cara, como lo hicieron con monseñor Lefebvre, el reproche de que desobedece al Papa, desobedece a la Iglesia, a la jerarquía. Como nos puede pasar a nosotros, y se les puede decir a ustedes: ¿Somos acaso desobedientes? No. Porque hay el deber de obedecer para el bien y la verdad, mas no para el error, y no hay jerarquía en la

Iglesia, y en ninguna institución humana autoridad para mandar obedecer al mal: un padre que quiera violar o prostituir a una hija ¿tendría ella que obedecerle en nombre del cuarto mandamiento? Absurdo. Y ¿en nombre de la obediencia tendríamos entonces que obedecer a los obispos, a la jerarquía y aun al mismo Papa en contra de lo que la Iglesia siempre ha dicho, en contra de lo que los otros Papas, incluso santos, han dicho? Absurdo.

Es una situación anormal, extraordinaria, pero a los males extraordinarios se aplican soluciones extraordinarias y esa solución extraordinaria es la que optó monseñor Lefebvre encabezando la Santa Tradición: mantenernos fieles a lo que desde antaño los Papas anteriores han recomendado; permanecer fieles a lo que siempre se ha enseñado; alejar toda innovación aunque se quiera imponer obediencia por vía de autoridad y mantener así la estructura de la Iglesia, no queriendo hacer otra Iglesia paralela sino manteniéndola hasta que se aclare la situación, hasta que vuelvan las cosas a su cauce.

El caso es el de quien va conduciendo un automóvil y tiene mareo o infarto; si quien va al lado pierde tiempo y no toma el timón, se mata. Lo mismo que un automóvil puede ser un avión o simplemente una nave, un barco en plena mar. Si el capitán muere por infarto o lo que sea, ¿se dejará ir a la deriva? Aquel más capaz tiene que tomar el timón y llevar la embarcación a buen puerto. De otro modo, sucumbe. Algo parecido está pasando en la Iglesia, si desaparece la buena orientación, la buena doctrina, si el capitán del barco que es el Papa no cumple con ello por el motivo que sea, si por un misterio de iniquidad no cumple con su deber, ¿no hay que tomar el timón y llevarlo a buen término para que no zozobre, no se hunda la embarcación? Pues simplemente eso es lo que ha hecho monseñor Lefebvre en beneficio de la Iglesia, de las almas, no dejarlas a la deriva, no dejarlas sin Dios, sin religión, no dejarlas llevar por mal camino y esas son verdades fáciles de evidenciar.

Si hoy se obedece, ¿qué pasaría? Dejaríamos de decir primero la Santa Misa de siempre para decir una misa querida por el enemigo, por los protestantes, comenzar a decir que ya el infierno no es tal infierno porque no es un lugar, ni hay llamas allí; que prácticamente no hay infierno, que el pecado ya no es tal porque cada uno buenamente según su conciencia sabrá qué es lo bueno y qué es lo malo y lo que para uno es bueno para otro es malo y poco importa; que todas las religiones salvan, que en todas las religiones se rinde un culto debido a Dios ¡mejor dicho! Suficiente para ser no solamente un hereje, sino un apóstata. Evidentemente, no se puede obedecer en contra de las Escrituras y de la Tradición.

En el Antiguo Testamento vemos cuan celoso es Dios con su culto, que reprueba y abomina los otros cultos y que recrimina a su pueblo con palabras duras cuando se asocia a esos cultos. Y entonces comparando a esa Israel la considera una mala mujer que fornicación con otros cultos que adultera con otros cultos; cuántas veces hasta el cansancio podremos ver en el Antiguo Testamento ese trato, para que nos demos cuenta del celo que tiene Dios por las cosas que atañen al culto divino, que no es cualquier culto, no es cualquier oración, no es cualquier sacrificio el que pide Dios. El sacrificio de Abel no era

lo mismo que lo ofrecido por Caín y la nueva Misa que se asemeja al sacrificio de Caín no es igual a la Misa de siempre que es el sacrificio de Abel, y eso es lo menos que podemos decir, porque si nos ponemos a comparar, no acabaríamos. Por otra parte, ¿dónde está la santidad sacerdotal?, ¿cómo andan los sacerdotes?, ¿qué Iglesia representan? De la santidad de los religiosos, ¿qué ejemplo se da?, ¿y a todo eso le vamos a decir que es Iglesia y que es de Dios y que hay que obedecer? No señor. Nuestra respuesta es una santa intransigencia, una santa desobediencia aparente, para obedecer a una verdad superior, y que no nos debe escandalizar el mal que vemos, ya que tiene por autor a Satanás.

Dios nos pide tener paciencia para no arrancar incluso el trigo queriendo erradicar el mal, y esperar el juicio de Dios, la hora de la siega. Ese es el juicio que debemos esperar, no debe importarnos el juicio de las autoridades actuales que representan a la Iglesia -y vaya cuan mal la representan-, sino el juicio de Dios. Es allí donde quisiera ver a todos aquellos que nos tratan de herejes, de desobedientes. Quiero ver a esos cardenales, obispos y sacerdotes que hoy nos escupen, quiero verlos allí, delante del juicio de Dios, allí donde se verán las acciones.

Ahí será la hora de la verdad y esa debe ser nuestra garantía, actuar dando testimonio de la verdad y no de cualquier verdad, sino de la verdad sobrenatural que es Cristo y dejar todo a ese juicio de Dios, soportar el mal de la hora presente por terrible que sea, sin escandalizarnos, y esperar la siega y que ese sufrimiento nos santifique, nos acrisole y nos fortifique en el dolor, para que seamos virtuosos, santos. La santidad y la virtud sólo se forjan en el sufrimiento, en el dolor, eso es la cruz y no hay santidad ni santificación posible sin la cruz, esto es lo que nos enseña Nuestro Señor crucificado.

Pidámosle a Nuestra Señora, a Ella, que fue la única que se mantuvo de pie ante la crucifixión de Nuestro Señor para que nosotros podamos tener ese valor que tuvo Ella, esa fe que tuvo Ella, y que sostenidos por Ella, soportemos esta segunda crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo en su Iglesia, que es su cuerpo místico. +

+++++

DOMINGO DE SEPTUAGÉSIMA

11 de febrero de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Con este domingo de Septuagésima, se inicia el ciclo de la Pascua: segundo ciclo de la Pascua que gira alrededor de la Resurrección de Nuestro Señor, y que es la fiesta más solemne, más importante del año litúrgico aunque no la más popular, como la Navidad. La fiesta más importante de todo el año litúrgico es el domingo de Pascua, el domingo de Resurrección y nos preparamos a esa Resurrección, a esa Pascua, con la Cuaresma: cuarenta días de ayuno, penitencia y oración. Con la Septuagésima nos introducimos levemente en esa preparación: mortificación del cuerpo como dice San Pablo, "yo someto mi cuerpo, mortifico

mi carne para que después de haber predicado no sea yo inducido en tentación y sea réprobo".

Todo católico debe mortificar su cuerpo, sus sentidos, sus apetitos y el mundo de hoy enseña lo opuesto totalmente: placer, gozo, diversión. Mientras que el cristianismo nos dice sujeción, represión, mortificación del cuerpo con todos sus sentidos, el mundo de hoy predica lo contrario. Lo que demuestra una vez más el carácter y el sello anticristiano de la civilización moderna. Mucho menos entonces se comprenderá el significado de la Semana Santa, de la Cuaresma y de este prelude a la preparación de la Cuaresma con estos domingos iniciados hoy con la Septuagésima, o setenta días de preparación antes de la Resurrección.

Así como setenta años estuvo el pueblo de Dios en el cautiverio de Babilonia, lo mismo estamos nosotros, como cautivos a lo largo de este mundo hasta que se produzca la Pascua de Resurrección de todos nosotros, cuando Nuestro Señor venga a juzgar y culmine todas las cosas para la mayor gloria de aquellos que El ama; esa es la motivación y la esperanza que tenemos: vamos a resucitar al igual que Nuestro Señor y resucitar como bienaventurados, no como réprobos. El sentido de la Septuagésima y después de la Cuaresma es, pues, la mortificación y la penitencia simbolizadas con el color morado.

En el Evangelio de hoy vemos la parábola de los obreros que reciben todos un denario. Esta parábola pertenece al género simbólico. Un símbolo es una cosa real que representa otra cosa real. Las imágenes de las parábolas a través de un ejemplo que podemos ver o entender representan, muestran, una realidad sobrenatural, espiritual de las cosas de Dios, que no son tan fáciles de entender, que son verdaderamente un misterio. En apariencia, si juzgamos por la parábola parecería injusto lo que hace este Paterfamilias, quien les paga a todos por igual, cuando unos habían trabajado todo el día y los últimos apenas un rato, y, sin embargo, no fue injusto, porque lo convenido había sido que por todo el día pagaría un denario.

No comprendemos la bondad de Dios y no comprendemos la gran moraleja de esta parábola llena de esperanza, para que no desesperen aquellos que son llamados al último momento, a la última hora, y no se enorgullecen los que son llamados desde el primer instante. Ese denario en definitiva vendría a ser el cielo igual para todos, convertidos desde el primer instante o en el último. Qué gran esperanza nos transmite la parábola de hoy, que al mismo tiempo es una lección contra el orgullo. Aquellos que han sido convertidos desde la primera hora y aquellos que sean llamados tarde, si oyen el llamado de Dios se salvan igual que los otros que fueron llamados desde el principio. Vemos que la bondad de Dios está muy lejos de una interpretación puramente material, igual a como en apariencia se puede juzgar si miramos las cosas así, como juzgaron los obreros que trabajaron todo el día en la viña.

Esta parábola tiene una gran dificultad. Algunos, yo no lo creo así, dicen que es una "extrapolación", para en cierta forma esquivar la dificultad que tiene al terminar: "Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros; muchos son los llamados y pocos los escogidos". Que los primeros sean los últimos y los últimos sean los primeros, no habría mayor dificultad, viendo lo que aconteció con el pago igual para todos, la salvación igual para todos sin importar si fueron contratados temprano o tarde; en ese sentido quedaron igualados y así es la igualación de la vida eterna, el cielo de la salvación tanto para los

primeros como para los últimos, todos quedan equiparados. Pero la dificultad sigue al decir que: "muchos son los llamados y pocos los escogidos", y la mayoría tiende a malinterpretar diciendo que son pocos los que se salvan, cuando de eso precisamente Nuestro Señor no quiso jamás manifestar ni una palabra. Respecto a la salvación, si son muchos o pocos quienes se salvan y quienes se condenan, es un gran misterio de Dios.

Aquellos exégetas y predicadores, que los hay muchos y no de ahora sino desde mucho antes de que se produjera esta crisis, la mayoría interpretaba que eran pocos los que se salvaban, y no se dan cuenta que por interpretar estas palabras tomadas al pie de la letra, caen en el error de la predestinación protestante, que dice que: Dios llama a unos para el cielo y a otros, para condenación, al infierno; es el gran error de la justificación protestante y calvinista. Dios no llama a la salvación a muchos, nos llama a todos y todos no son muchos; Dios llama al cielo a todos los hombres y por eso murió por todos los hombres. La obra de la Redención es para todos los hombres, aunque a la hora de la salvación ya no sean todos sino muchos, como cuando se dice en la consagración del cáliz "pro vobis et pro multis", no son pocos, aunque eso tampoco nos permita decir que son muchos, sencillamente no hay que tomar al pie de la letra "muchos los llamados y pocos los escogidos" como si fueran muchos los llamados (no todos) y pocos los que se salvan, lo que sería un grave error.

Lo que Nuestro Señor quiere hacernos ver es que son muy pocos los escogidos de Dios en el sentido de la perfección, de la santidad. Son pocos los que hacen buenas obras y esa es la interpretación que da Santo Tomás; dentro de ese número de hombres que hacen buenas obras pocos son los santos, pocos son los píos, pocos son los virtuosos. Hay una gradación en la perfección cristiana, una cosa es ser virtuoso, otra cosa es ser pío y otra cosa es ser santo porque el camino que lleva al cielo es estrecho, pero es ancho el que lleva al infierno; así entonces. Nuestro Señor pudo decir "muchos los llamados y pocos los escogidos"; pocos, muy pocos los que siguen esa vida de virtud, menos aún esa vida de piedad y mucho menos esa vida de santidad a la cual Dios nos llama.

Pidámosle a Nuestra Señora, a la Santísima Virgen, que esta crisis que desoía a la Iglesia nos sea provechosa en sus efectos purificadores. Así como los metales se purifican y como el oro se acrisola en el fuego, así nosotros y la Iglesia misma conformada por hombres se purifique con el fuego de esta crisis, ya que bien mirada y sobrenaturalmente llevada es una crisis purificadora para aquellos pocos escogidos que quieren seguir el buen camino, mientras la mayoría va por el ancho de las malas obras. Que sea Ella, la Santísima Virgen María, quien nos ayude a mantenernos firmes, de pie, sin escandalizarnos de lo que acontece con los hombres de Iglesia dentro de la Iglesia, con su jerarquía, y del peligro que corremos por la presión que se ejerce sobre ese residuo fiel ante la prostitución de los demás.

Hago referencia a las dos mujeres de las que habla San Juan en el libro del Apocalipsis: la mujer vestida de sol que pare en el dolor y que por eso no es la Santísima Virgen María, como creen muchos erróneamente, con falsa piedad y poco seso. La Virgen no alumbra en el dolor; otra cosa es que esta imagen de la mujer parturienta que representa la religión fiel y perseguida en los últimos tiempos sea un símbolo que se pueda aplicar a Nuestra Señora, no textualmente, porque sería herejía pensar que Nuestra Señora dio a luz en el dolor a Nuestro Señor. Y la otra mujer, la ramera o prostituta que cabalga sobre la bestia, que es la misma

bestia que salió del mar, el Anticristo, y vestida de color púrpura, llevando en la frente la palabra "misterio" y que asombró a San Juan, esa mujer ramera es la religión, esta mujer en el Antiguo Testamento ha sido el Israel de Dios, como buena esposa o como mala mujer, pura o adúltera, es toda la historia del Antiguo Testamento.

Por eso la mujer significa la religión y estas dos mujeres significan el estado de la religión y la Iglesia en esos dos polos, el de la corrupción, la prostitución y el de la fidelidad. De ahí la gran persecución de esa religión prostituida, la gran ramera que cabalga montada sobre el poder de este mundo bebiendo el cáliz de su prostitución, de su profanación, el cáliz leno con la sangre de los santos y de los mártires, como acontece hoy con la Roma modernista, progresista, que se ha prostituido, que persigue a la Roma eterna, a la Roma fiel, a la Roma que representa la Tradición Católica y que enarbola monseñor Lefebvre; esa Roma prostituida, corrompida, quiere destruir a la que es fiel. Ese es el peligro que corremos dejándonos seducir y esa obra de seducción -hay que decirlo-, la lleva a cabo el cardenal monseñor Darío Castrillón, colombiano zorro; lo que los europeos no pudieron hacer con monseñor Lefebvre, lo encargan hoy a un colombiano.

Colombia da para lo bueno y lo malo y de ahí la insistencia con que este cardenal está llevando a cabo su tarea, hacernos sucumbir, no me cabe la menor duda. Quien se acerca a una mujer corrompida, si no es para convertirla como lo hizo Nuestro Señor con la Magdalena, cae bajo su seducción, pagando el precio de la apostasía; por tal razón monseñor Fellay ha pedido que se rece durante un mes la oración de la consagración de la Fraternidad al Corazón Doloroso e Inmaculado de la Virgen María para que acelere su triunfo, el mismo que Ella prometió en Fátima, triunfo que no podrá darse sin la intervención de Dios; no será un triunfo por mano de elemento humano, será una intervención de Dios, que tenemos profetizada con el segundo advenimiento de Nuestro Señor. Sobre esto hay gran confusión y poca luz.

Sin embargo, los Padres de la Iglesia, durante los primeros cuatro o cinco siglos, tenían estas cosas como predicción común, por lo cual San Pablo, como todos recordamos, les dice que todavía no es el advenimiento de Nuestro Señor, les da los signos y les habla de un obstáculo que nosotros no sabemos cuál es concretamente, pero conjeturamos esto, para estar alertas, ya que vivimos un tiempo extraordinario, una situación extraordinaria. Pero la verdadera expresión, la verdadera palabra no es esa, esa expresión tiene validez en un lenguaje común, pero en el lenguaje exegético, bíblico y profético, quiere decir que vivimos tiempos apocalípticos, últimos tiempos; así denominan las Escrituras a esta época anunciada, y que lo menos que podríamos decir es que es extraordinaria, pero que bien mirada es apocalíptica, es una situación completamente anormal, fuera de los cánones de la Iglesia. Nos toca vivirla, purificarnos y esperar el triunfo de Nuestro Señor, el triunfo del Inmaculado Corazón cuando El venga a juzgar, por su aparición y por su reino, como dice San Pablo.

Pidámosle a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, que nos ayude a comprender todas estas cosas que se van aclarando a medida que los tiempos se van cumpliendo y que permanezcamos fieles a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana para salvar nuestras almas.+

DOMINGO DE SEXAGÉSIMA

18 de febrero de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos encontramos en el domingo de Sexagésima, con el cual nos vamos acercando a la Cuaresma. La Iglesia nos prepara a disponer bien nuestro espíritu y nuestro cuerpo en la oración, el sacrificio, la abnegación, la limosna. Prepararnos santamente durante la Cuaresma para después festejar la gran fiesta de la Pascua; este es un tiempo de introducción a la Cuaresma y la Cuaresma en sí misma es una preparación para la Resurrección de Nuestro Señor. No olvidemos que así como Él resucitó, también resucitaremos nosotros, de ahí que nuestra estancia en este mundo, en esta tierra, no deja de ser una Cuaresma, una preparación para el cielo.

En este domingo consideramos la parábola del sembrador, parábola que Nuestro Señor mismo les explica a sus apóstoles; esa semilla que es la palabra de Dios, la palabra que salva, que debe caer en terreno fértil para que produzca fruto, este es el mensaje de esta parábola. Es muy extraño que un sembrador riegue la semilla a diestra y siniestra, absurdo por naturaleza, pero justamente Nuestro Señor quiere mostrar que la palabra de Dios Él la esparce por todas partes, a derecha e izquierda, a lo largo del camino, a través de toda esta vida, el problema es que no cae siempre en terreno adecuado, y que nosotros estamos allí estereotipados en alguno de esos sectores en los que cae la semilla y que divide la parábola.

Una semilla cae a la vera del camino, donde los que oyen la palabra pero que después se las arrebató el demonio para que, oyendo, no se salven. No hace falta solamente oír, hay que oír con atención, hay que escuchar, prestar atención a esa palabra de Dios y no tomarla distraídamente, alegremente, porque así no da fruto; por eso la arrebató el demonio; eso pasa en muchas personas que oyen la palabra pero se las arrebató el demonio y yo no sé si en ese sector están incluidos todos aquellos que como en Colombia, siendo católicos, naciendo católicos, hoy forman una legión, una manada -son como animales en manada- de protestantes, de todos los matices. Oyeron la palabra de Dios, pero el demonio se las arrebató; se dedican a predicar un Evangelio que no es el de la Iglesia, que no es el de Dios.

Después, vemos que la semilla cae entre piedras; Nuestro Señor explica que no echa raíces, es decir, que la palabra de Dios no se arraiga, no se enraiza, no tiene raíces, no tiene profundidad, cae superficialmente y así tampoco produce fruto, porque la palabra de Dios tiene que caer en lo hondo, en lo profundo de nuestra alma, penetrarla, vivificarla, que la fe arraigue, que no quede a flor de piel, que no quede sin raíces hondas y profundas; la estabilidad de un árbol depende de la profundidad de sus raíces, con lo cual Nuestro Señor muestra cómo esa semilla también deja sin frutos a quienes la escuchan, porque no echa raíces.

Otra parte de la semilla cae entre espinas; Nuestro Señor nos dice que queda sofocada por los placeres, los deleites de esta vida y los halagos del mundo.

Una cuarta parte cae en terreno fértil y da fruto. Por otra parábola sabemos que Nuestro Señor dice de ese fruto, que unos dan treinta, otros sesenta y otros dan el cien por cien, incluso el fruto no es parejo aun cayendo en terreno fértil, eso nos muestra el misterio. Como Dios predica para todos los hombres, para eso instituyó su Iglesia, para que predique la palabra de Dios y, oyéndola, el hombre se salve. Sin embargo, la semilla no cae en terreno fértil y ese terreno es el de nuestras almas, porque oímos sin prestar atención, no echa raíces; los halagos y apetencias de este mundo sofocan esa semilla, por falta de virtud, por falta de abnegación; por eso entre las condiciones esenciales y para que la semilla, la palabra de Dios, produzca fruto, se requiere que se oiga, que se preste atención, que se escuche, que arraigue en nuestra alma, que ahonde, la penetre, la vivifique y después, tener cuidado y solicitud para que los vicios de este mundo no nos hagan sucumbir. Debemos entonces, estar alertas, diligentes, vigilantes, para que así dé fruto y salvemos nuestras almas.

No debe extrañarnos que en esta parábola Nuestro Señor haya dicho, después de haberles advertido, que oigan, que escuchen, que entiendan, que hablaba en parábolas para que no entendieran; a simple vista sería una gran contradicción y la única explicación es el sentido irónico en el cual Nuestro Señor se sitúa, al decir que hablaba en parábolas para que no entendieran, es como el ejemplo de una madre que manda al hijo a llevar un vaso o un plato a la cocina y en lugar de decirle que tenga cuidado para que no se le rompa le dice "que se te rompa". La ironía se usa como estilo indirecto, pero a veces es mucho más preciso para decir verdades, mucho más breve; es un llamado de atención que sitúa en el plano de la reflexión para que pongamos cuidado y prestemos atención.

Nuestro Señor habla en parábolas, ejemplificando con imágenes sensibles de orden cotidiano que nos ayuden a comprender una realidad sobrenatural desconocida; por eso no hay ninguna contradicción y queda esclarecida esa aparente oposición que pudiéramos encontrar en la interpretación del Evangelio de hoy. De ahí la necesidad de explicar el Evangelio, de la predicación por parte de los ministros de la Iglesia siguiendo a los Padres de la Iglesia, siguiendo el juicio y el veredicto de la Iglesia y no inventándose por su cuenta alegremente explicaciones que no tienen un respaldo en la Iglesia y en sus Santos, aunque a veces entre ellos haya discrepancia, pero no como interpretan los protestantes, cada uno a su gusto desconociendo olímpicamente la autoridad de la Iglesia, de allí su pecado y su error.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nuestra alma sea tierra fértil abonada con muy buenas disposiciones para que la semilla, la palabra de Dios, fructifique en nuestras almas y así podamos salvarnos y con el buen ejemplo ayudar a salvar a los demás.+

+++++

DOMINGO DE QUINCUAGÉSIMA

25 de febrero de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Este domingo de Quincuagésima es el preludio de Cuaresma. Con los domingos de Septuagésima, Sexagésima y Quincuagésima, la Iglesia nos prepara para la Cuaresma que

comienza con el Miércoles de Ceniza y que nos conduce, nos lleva al misterio de los misterios, la Pascua de Resurrección. Y para prepararnos bien a la Resurrección, ese misterio fundamental de nuestra fe, la Iglesia nos invita a la oración, al sacrificio y a que vivamos también la Pasión de Nuestro Señor y su crucifixión antes de resucitar. Este el significado y simbolismo de la Cuaresma que con el prelude de estos tres domingos nos vayamos adentrando en ese espíritu de sacrificio de la Pasión de Nuestro Señor que debemos tener presente a todo lo largo de nuestra vida.

La religión católica es inconcebible sin sacrificio, sin Pasión de Nuestro Señor. Lamentablemente el mundo pagano festeja para estas fechas todo lo opuesto, el carnaval que es un festival pagano de la carne, es una fiesta antiquísima que ha sido imposible erradicar, ni siquiera con todos los siglos de cristianismo, por lo que en muchos lugares se hace durante estos días reparación ante el Santísimo, por los desmanes que se cometen en estos días cuando debiera ser lo contrario, una preparación para la Cuaresma. Eso nos demuestra cuan opuesto es el espíritu católico al espíritu del mundo, son antagónicos y esos dos espíritus están en nosotros, el espíritu del mundo y de la carne simbolizados por el viejo hombre, y el espíritu católico simbolizado por el nuevo hombre.

Ese es el combate permanente que sostendremos durante toda nuestra vida, de ahí que debamos estar alerta para que no venza en nosotros el espíritu de la carne, espíritu del viejo hombre. Ese es el ejemplo que nos han dado los Santos, la lucha y la victoria sobre la carne, y ese es el espíritu que se intensifica en la Cuaresma. No es que la religión pida que seamos masoquistas; simplemente la religión católica es una religión con espíritu de sacrificio, el sacrificio de Nuestro Señor, su inmolación al Padre Eterno por nuestros pecados, la víctima inocente. Ese es el significado del sufrimiento cristiano católico y aun el de las víctimas inocentes como pueden ser los niños sin uso de razón, como el sacrificio de los Santos Inocentes y eso explica lo que el mundo no entiende por no tener la fe y la concepción católica de las cosas; cuando le reprocha a Dios el sufrimiento de personas inocentes, juzgan de acuerdo al mundo para reprocharle. De ahí la necesidad de que sepamos ofrecer los sufrimientos a imagen de Nuestro Señor, por nuestros pecados y también por los de los demás. Los grandes Santos no sufrían solamente por sí, sino también por los demás, por la Iglesia.

Hoy, como nunca, hay que sufrir por la Iglesia, por todo lo que está aconteciendo dentro de la Iglesia, por la pérdida de fe, por la apostasía, por la corrupción de la religión, por la corrupción del orden social católico, por la destrucción de la familia y de las naciones católicas, por el mal ejemplo, los escándalos, el pecado institucionalizado. Siempre hubo pecados y maldad, pero nunca hubo el pecado como hoy, proclamado e institucionalizado con el descaro que se ve.

Antiguamente el pecador reconocía que era pecador, que era miserable, que estaba conculcando la ley de Dios; hoy es todo lo contrario, esa ley de Dios ya no se proclama, ya no existe, lo que existe es la ley del hombre, la libertad del hombre, la dignidad del hombre, los derechos del hombre, la religión del hombre y por eso es una religión que no implica sacrificio, que no tiene la noción de la Santa Misa sino de una cena al estilo protestante, porque, en definitiva, es una religión del hombre, que utiliza el título de católica, se sirve de

la reputación de la religión católica y se encubre bajo ese nombre, pero no es la religión católica, es la religión del hombre, no es la religión por Dios, por lo cual se la hace fácil, sin sacrificio, que "cada cual haga lo que quiera, es su conciencia la que determinará si está bien, si está mal".

Y así se conculcan los derechos más sagrados de Dios y se destruye todo principio de orden, de felicidad y de bienestar, por eso el mal y la gran amenaza que hay sobre el mundo, el castigo de Dios que tarde o temprano vendrá, esa purificación que tendrán el mundo y la humanidad. De ahí que nosotros debemos purificarnos sufriendo con paciencia estos males que afectan a la Iglesia, que afectan a la religión y que hacen que la Iglesia sufra en carne propia la Pasión de Nuestro Señor y que así, sufriendo el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia, salgamos acrisolados, purificados, como el metal que se purifica al contacto con el fuego.

Aprovechemos esta Cuaresma para que se intensifique el deseo de reparación, de purificación, de sacrificio, de inmolación; que dispongamos bien nuestras almas para poder regocijarnos después con la resurrección de Nuestro Señor, esa resurrección que también es promesa para todos aquellos que somos sus fieles. De ahí la importancia de la fidelidad a la gracia divina, la fidelidad a Nuestro Señor. Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, para que Ella nos ayude a permanecer siempre fieles a Cristo Nuestro Señor. +



PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

4 de marzo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Con este domingo se inicia la Cuaresma, habiendo sido precedido por el tiempo de la Septuagésima, tiempo en el cual la Iglesia nos recuerda y nos invita a asociarnos espiritualmente y a disponer nuestras almas para la obra de la Redención llevada a cabo por Nuestro Señor Jesucristo. El tiempo de Septuagésima es un prelude que nos prepara, que nos dispone interiormente, espiritualmente, para que participemos de ella. Con la Cuaresma, cuyo nombre indica una cuarentena, cuarenta días que nos separan de la Pascua de Resurrección, la Iglesia no solamente nos invita a prepararnos espiritualmente, sino a que de un modo efectivo y práctico nos asociemos durante estos cuarenta días a la obra de la Redención de Nuestro Señor.

Esa asociación práctica quiere la Iglesia que sea a través de las obras de penitencia, ayuno, abstinencia, privaciones voluntarias, sacrificios y tribulaciones con las cuales nos asemejamos y nos identificamos con la cruz para poder asociarnos, ser socios de Nuestro Señor en su obra Redentora, para redimir del pecado a la humanidad. Esa es la idea de la Cuaresma y en eso consiste la preparación durante todo este tiempo, durante esta cuarentena. El miércoles de Ceniza es una transposición del espíritu de penitencia pública, de penitencia colectiva por los pecados graves y públicos. Durante esos cuarenta días se imponía penitencia a los pecadores públicos, para que hubiese una reparación pública y pudieran ser

admitidos, después de reconciliados, el jueves Santo; el Obispo bendecía las cenizas y los instrumentos de mortificación, los cilicios, para que esas personas hicieran penitencia durante cuarenta días, con cilicio y ceniza.

Posteriormente se difundió a todos los fieles, una extensión y una transposición, porque antiguamente era sólo para los pecados y los pecadores públicos. Penitencia que tanta falta nos hace hoy, porque los pecados manifiestos hay que repararlos públicamente ya que el mal ejemplo queda en la sociedad cuando notoriamente se peca de un modo grave y escandaloso. Hoy vemos que es todo lo contrario, el pecado público está a la orden del día proclamado en las calles, la prostitución; pues qué otra cosa son esas manifestaciones de "gays", para no decir la palabra más chocante en castellano, que valdría la pena decirla, para que nos dé asco y repugnancia.

Pero hasta allá llegamos, hasta la entronización pública del pecado y no de un pecado público grave natural, sino peor, antinatural y por eso nefando, para dar un simple ejemplo de cuan pervertida está nuestra sociedad, que ya no es una sociedad católica, sino una sociedad impía, pagana, que ha renegado de Dios.

La sociedad y el mundo constitucionalmente ya no son católicos, sino impíos y peor aún, han renegado de Cristo, de la Redención de su Creador. De ahí la gravedad, de ahí los castigos que vienen y vendrán para que se purifique este mundo y por eso en este tiempo de Cuaresma nosotros deberíamos acentuar más, por lo menos de corazón, con el espíritu, esa oposición entre el mundo de hoy y el mundo católico.

Lo que nos pide la Iglesia, el Evangelio, como otrora, cuando los pueblos se guiaban por Evangelio, que era el paradigma de las leyes, de los Estados, de los pueblos y de los reinos; eso tuvo un nombre mal denominado como Edad Media, pero que fue en realidad una edad de esplendor espiritual y de santidad, aunque hubo pecados, porque siempre habrá pecados mientras estemos en esta tierra, pero el pecado no era erigido como hoy, con derecho de ciudadanía.

Una cosa es ser pecador y reconocerlo y otra cosa es esgrimir el pecado como una bandera a la cual se tiene derecho basándose en la libertad del hombre, en la libertad de conciencia, o en la dignidad de la persona humana. Eso ya es una subversión, es proclamar el mal impugnando el bien; hay una completa revolución y un completo trastrocamiento de todo el orden establecido por Dios y es en ese orden completamente subvertido en el que vivimos hoy y por tal motivo un verdadero católico no puede estar de acuerdo con el mundo de hoy, porque si lo está será arrollado por él, y de ahí el gran sacrificio, la gran abnegación y la gran valentía de poder permanecer fieles a Cristo en un mundo impío y apóstata. En esta santa Cuaresma, como nunca, debemos hacer sacrificios, ayunos, abstinencias, privaciones voluntarias, para poder expiar un poquito de nuestros pecados que si no los expiamos aquí los expiaremos en el purgatorio -si es que nos salvamos-; también expiar por todos esos desmanes públicos que dan escándalo y corrompen a los inocentes y los llevan al camino de la condenación.

Escuchábamos en el Evangelio de hoy la triple tentación de Nuestro Señor Jesucristo, tentación que tuvo lugar después de haber ayunado durante cuarenta días y cuarenta noches, y llevado por el espíritu al desierto, a la soledad, una vez bautizado. En realidad, Él no tenía ninguna necesidad de bautizarse, lo hacía para dar el ejemplo a seguir. Se va al desierto, a la soledad, para mostrarnos que después de recibir un sacramento tan grande como el bautismo no debemos de alegrarnos en las cosas del mundo, sino ir a regocijarnos en la soledad con la intimidad de Dios, ese es el desierto. No nos imaginemos que fue un desierto como el Sahara, era una montaña, una cueva en una montaña, cerca de Jericó, donde estuvo Nuestro Señor retirado y ayunando.

A los cuarenta días es tentado por el demonio, cuando retorna el hambre de una manera atroz, según dicen los sabios que antiguamente practicaban ese ayuno -práctica que ya se ha perdido-, porque ese ayuno no es que sea sobrenatural, es del todo natural y tiene su química, su técnica, que consiste en que después del tercer día cesa el hambre y el cuerpo comienza a alimentarse de sus propias reservas, pero no puede ser extendido a más de cuarenta días porque vendría la muerte. Cuarenta días es lo que aproximadamente dura vivo un glóbulo rojo, esa es la explicación de cómo naturalmente no sólo Nuestro Señor sino también Moisés y muchos en el Antiguo Testamento hicieron ese ayuno. Imitación de ese ayuno es la parodia del Ramadán de los musulmanes, que vergüenza debería darnos. Ellos, en su error, son más firmes en sus tradiciones que nosotros los católicos. Lo que ahora nos presenta la Iglesia como ayuno es muy mitigado por la misma debilidad del ser humano; entonces hagamos esos ayunos mitigados y minimizados por esa condescendencia que tiene la Iglesia con sus hijos débiles, por lo menos tratar de cumplirlo, hacer el deber ya que en ese esfuerzo espiritual Dios se complace, nos hacemos más dignos y aceptos a Dios, es como una pequeña sonrisa que le da un bebé a su madre; hagámosle ese gesto, esa pequeña sonrisa a Dios a través de esas pequeñeces, de esos sacrificios, para que seamos más aceptos a Dios.

Satanás aprovecha entonces el momento crucial para tentar a Nuestro Señor Jesucristo y Él permite la tentación para darnos un ejemplo. Él hubiera podido sacar a patadas a este sinvergüenza, pero no, aceptó el reto y la humillación, y no lo sacó a patadas, sino que lo dejó, y no solamente lo dejó sino que permitió que lo llevase volando hasta el pináculo del monte donde le mostró todo el poder del mundo.

Qué humildad la de Nuestro Señor y qué gran ejemplo quería Él darnos en esta triple tentación, que a la Iglesia y a cada uno de nosotros nos llegará el día, la Iglesia será tentada de igual modo; ¿cuál era el objeto de esa tentación?, ¿por qué Satanás quería tentar a Nuestro Señor? Hay una sola explicación, la duda infernal que tenía el demonio de saber si ese Cristo era o no era Dios; por eso le tienta, porque si él supiera que era Dios jamás lo tentaría, pavor le daría; y si supiera que era un simple hombre tampoco le hubiera tentado, era uno más del montón.

¿Por qué tenía la duda Satanás? Simplemente porque él podía conjeturar con su inteligencia angélica que era Dios, pero no podía creer que era Dios, podía conjeturar naturalmente, pero sobrenaturalmente él no podía creer, por la sencilla razón de que los demonios y las almas condenadas no tienen fe y sin la fe ni los ángeles ni los hombres ni criatura alguna puede tener la certeza de que el hombre Jesús es Dios, solamente por la fe; y

si se la tiene por conjetura como la tienen los protestantes, no es fe, es conjetura natural, pero no es producto de la fe porque la fe me la da Dios a través de la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, fuera de la cual no hay salvación. Ese es un dogma esencial que dicho sea de paso, es negado hoy por la jerarquía de la Iglesia.

¿Por qué negado? Negado por el ecumenismo que convalida todas las falsas religiones, en pie de igualdad, con derecho a salvación al igual que la Iglesia Católica, designio masónico judaico. Lo que la masonería y el judaísmo siempre han aborrecido ha sido que la Iglesia se proclame la única depositaria de la verdad, con absoluta exclusividad; eso no lo toleran el modernismo ni el progresismo ni la masonería judaica, ni lo tolera el liberalismo. Y de ahí el odio a la Tradición, a la Sacrosanta Tradición, de ahí el odio a la Iglesia y de ahí la grave responsabilidad de aquellos jercas que se asocian no a Cristo sino al Anticristo para impugnar los dogmas fundamentales de la religión Católica, Apostólica y Romana. Por eso nosotros somos los verdaderos católicos apostólicos romanos, porque guardamos la Tradición Católica, y Tradición Católica Romana con la Misa romana, con la Misa de San Pío V, que es la Misa romana, que es la Misa de los Papas de Roma; por eso el odio contra la Misa tridentina, contra la Misa llamada de San Pío V, la Misa de siempre que es la Misa romana, del rito romano y de ahí la gran persecución y el gran pecado de la jerarquía actual que se niega a reconocer eso y dicho sea de paso también, que Roma verbalmente ha negado esa condición.

La Roma actual, donde todo se permite menos ser católico, apostólico y romano íntegro y por eso la persecución a la Santa Misa romana tradicional, por parte de las más altas jerarquías de la Iglesia Católica, o lo que aparenta ser la Iglesia Católica, porque para ser Iglesia y pertenecer a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana hay que ser fieles a Nuestro Señor, fieles a la Tradición, fieles a los apóstoles y ellos son infieles, desertores encubiertos bajo el título de la autoridad y de la investidura, cosas que no utilizan para Dios, sino para Satanás, desconociendo que toda autoridad viene de Dios; eso es dogma de fe, la autoridad no viene del hombre, ni aun en el orden natural y he ahí que con el nombre de Dios crucifican a Dios; esa es la Pasión de la Iglesia, que se sirve a Satanás y se cae en esa *tercera* tentación.

La primera tentación fue la de ofrecer el pan para saciar el hambre haciendo un milagro y así descubrir Satanás si era o no Dios, porque solamente Dios hace milagros; eso lo sabe bien el demonio, aunque él hace parodias y no milagros, aparentes milagros, prodigios, que no hay que confundir con milagros. Nuestro Señor le dice: "No sólo de pan vive el hombre..."; no seamos pancistas, no pensemos con la barriga sino con la cabeza. "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios", ese es el verdadero pan de vida y que debe ser el pan nuestro de cada día, la palabra de Dios, sin tergiversaciones, sin compromisos, sin adulteraciones, como hoy se hace, adulterando la palabra de Dios, adulterando la verdad, adulterando el pan de vida que es la palabra de Dios ¡Cuan criminales son aquellos que hacen eso!

La segunda tentación, no estando satisfecho el motivo por el cual Satanás tentó a Nuestro Señor: le toma y lleva hasta el pináculo del templo donde le desafía a que se tire, pues escrito está que "no dejará Dios que tropiece con ninguna piedra y mandará a sus ángeles..."

¡Maldito el demonio que conoce al dedillo las Escrituras! Parecido a los protestantes, que no las conocen al dedillo, pero las conocen más que algunos católicos; aunque ese conocimiento tampoco sirva porque hay que darle el verdadero significado y Satanás aquí estaba invirtiendo el sentido.

Nuestro Señor pronto le replica con otro pasaje de la Escritura: "Escrito está: no tentarás al Señor tu Dios". Porque no hay que tentar a Dios exponiéndose al peligro, ponerse al borde del abismo y decir Dios me va a salvar; ponerme en ocasión de peligro y de pecado y decir Dios me va a socorrer. Eso es tentar a Dios y eso y eso es lo que hace el demonio, por lo que Nuestro Señor, lejos de revelar su identidad, lo confunde más a Satanás, y el bandido, ya viéndose derrotado, no pudiendo sacarle palabra, expide diabólica y maquiavélicamente el último recurso, la *tercera* tentación: hacerse adorar como si fuese Dios; toma a Nuestro Señor y lo lleva a un monte muy alto desde donde le muestra el poderío de este mundo, manifestándose como el príncipe.

Nuestro Señor, quien le hubiera podido decir: "Este mundo no es tuyo, no seas mentiroso", según comentan algunos Padres antiguos, Nuestro Señor le concedió que en cierta forma fuese el dueño o el príncipe de este mundo, que tenía dominio, poder; porque cuando él fue creado como ángel de luz tenía por encargo todo el cosmos y el universo reinante o por lo menos a su cargo la vía Láctea o el sistema solar, o simplemente esta tierra. Por tanto, como príncipe de este mundo pudo ofrecerle todo aquello, por el poder que, aunque caído, ostentaba como ángel.

Nuestro Señor, lejos de dejarse tentar por el poderío, las riquezas y el oro del mundo, le ordena: "*Vade, Sátana; scriptum est enim: Dóminum Deum tuum adorábis, et illi soli sérvies*" (Vete de aquí, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y sólo a El servirás). Y fue vencido el demonio, y los ángeles sirvieron a nuestro Señor.

Debemos tener presente esa triple tentación para no caer en ella, para que la Iglesia, al igual que Cristo, siendo el Cuerpo Místico de Cristo, no caiga tampoco en esa triple tentación, porque si miramos los acontecimientos vemos que está cayendo no ya en la primera y la segunda, sino casi en la tercera. Procurar pan, que la Iglesia sea la solución económica de los pobres, que la Iglesia sea una institución socioeconómica y no sea para proveer el pan de vida de la palabra de Dios, en eso se han convertido los progresistas; la teología de la liberación es producto ideológico de esa primera tentación.

La segunda tentación que Nuestro Señor se lance, se despoje, se tire al abismo. ¿Y es que no se ha tirado ya al abismo la Iglesia con el Concilio Vaticano II, despojando a la Iglesia de lo sacro, de lo santo, de lo sublime, para bajar al abismo del hombre y ser la religión, los derechos y la libertad del hombre? Despojar a la Iglesia de su Misa, de su culto, de sus Santos, arrojándose al abismo de lo mundano; ese es un hecho evidente para aquel que tenga un mínimo de fe.

Y la tercera tentación es la de adorar a Satanás por aceptar el imperio, el dominio, el poder, las riquezas de este mundo. ¿Acaso no vemos a la Roma de hoy embebida, maniatada con el poder del mundo sacrificando a Dios para terminar por adorar a Satanás y al Anticristo? ¿No

es esa la obra que llevan a cabo hoy cuando persiguen a la Santa Tradición, cuando persiguen a Monseñor Lefebvre, y a Monseñor de Castro Mayer? Dos Obispos que quisieron permanecer fieles a Nuestro Señor.

Si yo tuviera una entrevista con el Papa o con un Cardenal, le diría: ¿A qué Iglesia pertenecen, a la de Cristo o a la del Anticristo, a la de Dios o a la de Satanás? Porque no hay término medio, mis estimados hermanos; la verdad es una y es indivisible: o se ama a Dios o se le odia; ese es el infierno, odiar a Dios. Y si ellos persiguen la Santa Misa romana y nos persiguen a nosotros, bienvenida sea esa persecución, pero sin ningún compromiso, sin componendas, para que muramos íntegros dando testimonio con nuestra sangre de la fidelidad a Nuestro Señor; allá ellos con su pecado, con su adoración a Satanás por los poderes de este mundo que da asco ver como se esgrime el poder en el Vaticano, para la gloria de este mundo y no para la gloria de Dios; por eso no sería ningún honor hoy pertenecer al cardenalato, tener grandes puestos, porque todo eso implica una corrupción, haberle vendido el alma al demonio, "todo esto te daré si de rodillas me adorares". Ellos han recibido del demonio ese poder de este mundo con sus reyes para adorarlo y crucificar a Nuestro Señor. ¡Qué deicidio! Peor que el de los judíos. Eso nos lo debería hacer ver la fe y la meditación en este tiempo de Cuaresma que se inicia este domingo con la triple y fallida tentación, para que no caigamos en ella y sepamos mantenernos fieles a Cristo, a Dios y a la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, el ser fieles como Ella ante la Pasión y la Crucifixión de Nuestro Señor. Mientras los demás apóstoles se fueron corriendo despavoridos, Juan estaba pegado a la falda de la Santísima Virgen María; que así estemos nosotros como San Juan, pegados a la falda de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, para permanecer de pie y firmes ante la segunda crucifixión de Nuestro Señor en su Cuerpo Místico, la Iglesia. +



CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

25 de marzo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo: En este cuarto domingo de Cuaresma, el Introito, que comienza con el *Laetáre*, "alégrate", permite en razón de su liturgia las flores en el altar y los ornamentos rosados si los hubiere, como una mitigación del espíritu riguroso de la Cuaresma: el ayuno, la abstinencia, el sacrificio. Es como un refrigerio litúrgico, espiritual, invitación a cierta alegría antes del paso final hacia la Pasión y Muerte de Nuestro Señor; eso quiere decir *Laetáre*.

El Evangelio nos presenta en este domingo la multiplicación de los panes, cómo Nuestro Señor se retira a la soledad y la muchedumbre le sigue con curiosidad para ver qué va a hacer ese hombre admirado por sus obras y milagros. Se retira tanto al principio como al final para hablar con Dios porque la verdadera espiritualidad está en el retiro, en la soledad, porque los

hombres somos bulla, ruido, inquietud y Dios no está en el ruido, sino en la soledad, en la calma, en la paz. Buscar esa soledad para estar con Dios, porque los hombres no hacemos sino desparramar, hablar, por lo que nos perdemos en el mundanal ruido, como bien lo decía en verso el poeta Fray Luis de León: "¡Qué descansada vida la del que huye del mundanal ruido, y sigue la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido!".

Esa añoranza por la soledad en compañía de Dios, la soledad que el hombre de hoy no quiere, no soporta, no entiende; el hombre moderno tiene miedo a la soledad porque tiene miedo de sí mismo, al no tener a Dios encuentra el vacío de su existencia y trata de compensarla con el vicio, el juego, el alcohol, la prostitución, la diversión o lo que fuere, hasta la misma televisión. Por eso la gente ve tanta televisión, por el vacío interior, porque si estuviéramos verdaderamente llenos de Dios, la televisión nos molestaría, nos fastidiaría, sería un martirio, un suplicio y ese debe ser el termómetro para marcar nuestro grado de espiritualidad y por ende de nuestra unión verdadera con Dios.

De qué nos sirve tener la gracia santificante, que es una participación de la naturaleza divina de Dios, si no la vamos a dejar florecer en nuestra alma, marchitándola, reduciéndola a su mínima expresión, hasta que la perdemos por culpa de la televisión. Eso nos debe hacer reflexionar; no seamos tan vacíos, tan vacuos, tratemos de llenarnos de Dios y guardarlo en nuestra alma; para eso comulgamos, para eso recibimos los sacramentos, para vivir de la gracia y no para vivir del mundo ni de las cosas del mundo ni de la televisión.

La muchedumbre sigue a Nuestro Señor en la soledad y después de tres días aquella gente se encuentra en medio del campo, sin nada que comer. Pero Nuestro Señor, que es delicado, pregunta a sus discípulos qué hay para comer. Sus discípulos responden que ni doscientos denarios servirían para dar medio bocado a cada uno; entonces recurre a los cinco panes y a dos peces que tenía por allí un muchacho y hace acomodar a la multitud, cinco mil hombres, como algunos Padres dicen, sin contar las mujeres ni los niños, y bendice esos panes y esos peces y comienza a repartirlos en signo de humildad con la ayuda de sus apóstoles.

Así, todo el mundo come y se sacia y no solamente se sacia, sino que sobran doce canastos que Nuestro Señor hace recoger. ¡Qué signo de hombre pobre, recoger lo que sobra! Santo Tomás dice que también lo hizo para que vieran que no se trataba de una fantasía, una fantasmagoría, sino que el milagro hecho era una realidad la multiplicación de los panes y de los peces; les acentúa sobre los panes, porque eso nos recuerda el pan de vida, la Eucaristía. Cómo Nuestro Señor multiplica su cuerpo, que es nuestro pan celestial, y lo multiplica en esa forma milagrosa, estando allí presente. Este milagro, es una prefiguración del milagro Eucarístico, la multiplicación del cuerpo de Nuestro Señor en la Eucaristía, que es el centro de los sacramentos; porque los otros sacramentos dan la gracia, pero este sacramento es la misma gracia, es Nuestro Señor en persona, con su sustancia, y que a veces lo olvidamos.

Esa Eucaristía es la Santa Misa, porque la comunión es la consecuencia, es la participación en esa Eucaristía, en esa multiplicación del cuerpo de Nuestro Señor, junto con su sangre, alma y divinidad, no lo olvidemos. De ahí lo necesario de la verdadera Santa Misa, que garantiza esa multiplicación, porque la nueva deja muchas dudas y es más, teológicamente,

aunque no lo digan otros sacerdotes, yo lo puedo decir basado en la opinión de Santo Tomás de Aquino a la cual me remito: que la nueva misa, por la adulteración en la fórmula de la consagración del vino, es inválida, y aquel que crea saber más que Santo Tomás de Aquino, que venga y lo refute. Porque las cosas hay que decirlas tales como son, y allá que digan lo que quieran; pero basado en Santo Tomás de Aquino, la nueva misa es inválida por la adulteración de la fórmula consagratória del vino y si no, estudien, porque los fieles también deben estudiar; la Teología no es atributo únicamente del clero, como erróneamente creen algunos curas clericales, que quieren absorber toda ciencia.

La Teología es para todo aquel que es capaz y tiene la fe; y todos, en cierto modo, somos capaces, aunque en diverso sentido, porque hasta el catecismo es una Teología, muy incipiente, muy rudimentaria, pero es Teología; así que los fieles que tienen capacidad, deben estudiar.

La importancia de la Santa Misa es pues la multiplicación del cuerpo de Nuestro Señor. Y por eso este milagro que El repite en dos ocasiones, nos prefigura esa Eucaristía, esa multiplicación, para darse como pan de vida, pan celestial para ser comido; pero en vez nosotros asimilar ese pan a nuestra sustancia, se produce lo inverso, es para que El, recibido, nos transforme en El mismo. La comunión nos debe llevar a la transformación de nuestro ser, de nuestra alma, a semejanza del Ser Divino y del alma de Nuestro Señor; esa alma que tiene existencia humana, pero que está sostenida en el Ser Divino y no es como creen muchos por la falta de filosofía; niegan la existencia del alma de Nuestro Señor, por no distinguir entre el ser y la existencia, pero eso es ya una lección de filosofía.

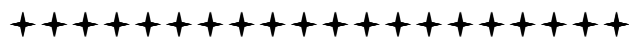
Sin embargo, la existencia se ve por la realidad histórica, existencia humana pero con Ser Divino. Ese es el misterio de Nuestro Señor y de ese Ser Divino; El nos quiere hacer partícipes dándonos su cuerpo, su sustancia, su persona en la Sagrada Hostia consagrada en la Santa Misa, porque de la nueva no hay garantía alguna.

Dice Santo Tomás, basándose en los Santos Padres, que El tomó esos cinco panes para hacer el milagro y también para demostrar que la materia no era producto del demonio como creían los maniqueos que dividían en igualdad de prioridades el bien y el mal, el principio de lo bueno y el principio de lo malo y todo lo que era espiritual pertenecía a Dios y todo lo que era material al demonio; luego, la carne y el mundo son del demonio. Eso creían los maniqueos, gnósticos; y por esta razón Nuestro Señor se vale de esa materia sensible para demostrar que si El obraba una acción divina, Dios no iba a obrar algo con materia que fuese del demonio; refutaba así al maniqueísmo al cual perteneció San Agustín en su juventud; después se convirtió.

Pero, para que veamos cuan arraigado estuvo ese concepto, hoy palpamos las secuelas cuando escuchamos decir: tener hijos en el matrimonio es pecado; error de origen maniqueo; se oponen al matrimonio porque ven en él pecado, por no aceptar las cosas tal como las propone la Santa Madre Iglesia sin sacar cabalas de falsas filosofías, concepciones que conculcan el dogma y la fe.

Nuestro Señor mismo sin reparos se vale de esa poca materia, para mostrar que El sin necesitar de ella, pudiéndose valer de su divinidad, la utiliza. Y cuando lo vemos orar nos podemos preguntar el porqué unas veces ora para hacer los milagros como si no fuera Dios y otras veces no ora y lo hace imperativamente. Al respecto, dice Santo Tomás que justamente cuando unas veces ora, es para mostrar su humanidad y cuando no ora, es para mostrar su divinidad y así en esas dos fases muestra que El es verdadero hombre y verdadero Dios.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, nos conceda meditar todas estas cosas en provecho de nuestra vida espiritual y prepararnos mejor en esta Santa Cuaresma identificándonos con la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. +



PRIMER DOMINGO DE PASIÓN

1 de abril de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este primer domingo de Pasión entramos en la etapa más profunda de la Cuaresma: la etapa de la Pasión de Nuestro Señor; por eso se velan las imágenes como signo del luto, signo de que se oculta Nuestro Señor, tal como lo expresa el Evangelio de hoy: Nuestro Señor huye, se esconde de los judíos que querían apedrearlo por haber afirmado que El era Dios. Es el modo de ocultarse Nuestro Señor, quien ciertamente pasó entre ellos haciéndose invisible para evitar se anticipase la hora que El tenía prevista, en la cual moriría por nosotros.

Deducimos entonces cuan encarnizada es la lucha, la antítesis entre los judíos perversos, pérfidos y apóstatas, ante Nuestro Señor; es una lucha ineludible, una lucha que no se puede desmentir como se hace hoy, que el judaísmo se opone intrínseca y categóricamente a la religión católica, a la divinidad de Nuestro Señor y esa oposición los hace llevarlo a sufrir la Pasión hasta su muerte. Y esa oposición no dejará de existir hasta que ellos se conviertan. Y no será para que como hoy digan desde Roma o toda la jerarquía desde el Vaticano, falseando la religión católica, queriendo hacer ver que no hay tal oposición entre cristianismo y judaísmo, y quien lo niegue, no será católico. Esto lo creará un católico imbécil que no conozca su religión, y los imbéciles se condenan en el infierno, porque la estupidez culpable tiene su castigo.

La oposición debida al odio a la verdad y a la Verdad Encarnada que es Nuestro Señor, es un pecado contra el Espíritu Santo, porque Nuestro Señor se les proclama como Dios que conoce al Padre, enviado del Padre, que Abraham deseó ver su día; el día de Aquél: "Yo soy el que soy", Jehová, Yahvé, que significa eso precisamente y que en esa palabra de cuatro letras sin las vocales (ya que los judíos no las escribían), esas cuatro consonantes que nosotros decimos Yahvé o Jehová, las cuales contienen el misterio de la Trinidad y de la Encarnación. Ese es el misterio

de la Trinidad que conocían los mayores, como explica Santo Tomás, pero que el pueblo creía solamente de un modo implícito; entre esos mayores estaba Abraham, por eso dijo Nuestro

Señor que: "Abraham deseó ver su día", porque evidentemente conocía la Encarnación y para conocer la Encarnación hay que conocer la Trinidad.

No es como erróneamente dicen muchos catequistas, teólogos y predicadores, que el misterio de la Santísima Trinidad es exclusivo del Nuevo Testamento; esa es una torpeza teológica; la fe es una y la misma y para que la fe sea la misma, tiene que estar basada en los mismos misterios fundamentales, y éstos, en la religión católica son: la Santísima Trinidad y la Encarnación; si es la misma fe la del Antiguo Testamento, tenían que conocer de algún modo esos dos misterios. Pero vemos cuánta es la ignorancia, pues Santo Tomás lo enseña; pero, claro, si la gran mayoría de los teólogos no conoce a Santo Tomás y se dedican a repetir como maestras de primaria, sin profundizar, predicando tonterías acerca de lo que no saben. Sería imposible que Nuestro Señor dijera que Abraham deseó ver su día si éste no conociese el misterio de la Trinidad y de la Encarnación; sería negar las palabras explícitas del Evangelio, que es inspirado e infalible.

Verificamos una vez más cuan esparcida está la ignorancia en aquellos que debieran ser luz del mundo, porque el primer deber de la Iglesia es dar luz, el primer deber del sacerdote es dar la luz de la fe, de los misterios de Dios, de la Revelación de Dios y no llenar de errores a la gente, no dedicarse a un apostolado que más tiene de turismo, paseo y diversión que de estudio, para poder llevarles luz a los fieles y cultivarles esa fe y que crezcan en la esperanza y puedan vivir en caridad, conociendo la Santa religión y defendiéndola. Definitivamente hay una claudicación que viene de siglos atrás y que se manifiesta en la mala formación del clero como lo demuestra la ignorancia aberrante del pueblo que por no saber ni conocer su religión cae en el fetichismo o en una religión de charlatanes y estafadores, como las que hoy pululan; santerías donde se vende desde la cruz hasta perfumes con poderes "mágicos". ¡Qué vergüenza!

Más bajo no puede decaer la luz espiritual cuando debería brillar en el mundo a través de la Iglesia, de los sacerdotes; pero, ¿cómo va a enseñar alguien si no aprende primero?; y por eso la jerarquía ha claudicado su misión pues, ¿qué se puede esperar de un obispo que ha tenido una mala formación sacerdotal, si es un ignorante? Nada justifica el ser bruto, es contradictorio y aberrante un sacerdote en estas condiciones, ya que se *exige* un mínimo de inteligencia y capacidad para poder instruir al pueblo y para que instruyéndolo en las cosas de Dios se santifique; porque la santificación de los fieles no es beatería, consiste primero en el conocimiento de la verdad que lleva a amarla hasta convertirse en una devoción y no en beaterías sentimentales, que no nutren, ni llegan al alma y nos engañan.

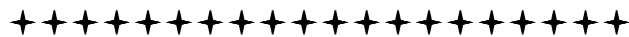
La verdadera devoción, la verdadera piedad está basada en una sólida doctrina de la verdad, en Dios, y aumenta la fe y nos hace vivir de las tres excelentes virtudes teologales: fe, esperanza y caridad; así se vive en el amor de Dios.

Eso es lo que quiere la Iglesia durante esta Cuaresma, que nos preparemos para la Pascua, viviendo sobrenaturalmente la Pasión de Nuestro Señor. De modo que si se habla de Pasión de Nuestro Señor, es porque alguien lo llevó a padecerla hasta matarlo; fue su mismo pueblo judío, deicida, que no quiso convertirse y en cambio conculcó la verdad; porque odiaban la luz pecaron contra el Espíritu Santo. A esto los llevó el odiar la verdad, impugnar la verdad, y

no aceptar la verdad, la luz, a ser hijos de las tinieblas del infierno. Eso es el infierno hoy negado por Juan Pablo II, negación que sólo haría un hereje, ya que no se puede negar el infierno, diluirlo ni dudarlo, ya que es un dogma de fe y eso, que lo diga el Papa, es inadmisibile.

Pues esa contradicción nos hace pensar que también esto forma parte, no solamente de la Pasión de Cristo sino también de la Iglesia, que a imitación de Nuestro Señor, su Cuerpo Místico sufrirá y está sufriendo su pasión y su agonía; por eso hoy, no debemos dudarlo, sufrimos la pasión de la Iglesia de la mano de la misma jerarquía así como fueron los jefes de la sinagoga, de la Iglesia del Antiguo Testamento los *que* crucificaron a Nuestro Señor; la Historia se repite en ese sentido, por mano de la misma jerarquía que vuelve a crucificar a Nuestro Señor en su Cuerpo *Místico*. Con decir esto no invento nada nuevo, pues ya es tema ventilado en libros, incluso en idioma español hay uno titulado "La Pasión de la Iglesia", que narra lo que muy brevemente he dicho. Y es el mismo Nuestro Señor quien lo deja consignado en palabras de las Sagradas Escrituras... imisterio de iniquidad!

Imploremos, entonces, a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, poder permanecer de pie ante la crucifixión de Nuestro Señor y ante la crucifixión de la Iglesia hoy. +



SEGUNDO DOMINGO DE PASIÓN (DE RAMOS)

8 de abril de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Entramos en la semana mayor, la Semana Santa, la semana más solemne del año. Con ella nos adentramos en el misterio de la Pasión, de la derrota y de la muerte de Nuestro Señor que escandalizó a los apóstoles y que escandaliza al mundo. Un Dios que muere en el patíbulo es un misterio, ya que murió como hombre porque como Dios, como Divinidad, no podía morir. Por tanto, en el cuerpo inanimado, mal llamado cadáver, no podía haber putrefacción. Pero en su cuerpo, por estar unido a la Persona Divina, allí estaba su divinidad, aunque no el alma humana que se separó del cuerpo; aunque estuviera muerto permanecía allí su divinidad; ese es un misterio de fe.

El misterio de la Santa Misa que reproduce y separa, bajo la doble consagración, el cuerpo de la sangre, es el centro de la religión, del culto de la fe católica y por esto es tan combatida por Satanás. Porque si él venció naturalmente a Nuestro Señor, Nuestro Señor a su vez lo derrotó a él sobrenaturalmente; ese es el gran misterio católico y de la Iglesia, que así como Nuestro Señor fue derrotado naturalmente y venció sobrenaturalmente, lo mismo le ocurrirá a la Iglesia, a la que hoy vemos derrotada ante el mundo y ante el poder del mundo, pero esa es una derrota natural.

La victoria será sobrenatural, una victoria de la fe. No es una victoria de conquista, del mesianismo material, de combate material, como querían y quieren los judíos y muchos católicos que reducen la religión a sus ambiciones políticas; otra cosa es que la política esté

subordinada a la religión, a la Iglesia; pero, ¿cuántos no hacen apostolado en nombre de la política y no en nombre de Cristo? Cosa que es un grave error.

Nuestro Señor se anonadó, pero no como interpretan muchos sacerdotes que de teología poco saben: que Nuestro Señor se anonadó por el hecho de encarnarse; eso es una estupidez. El anonadamiento no está en el hecho de encamarse, porque en el hecho de encamarse está justamente la grandeza de Dios, que sin dejar de ser Dios asume la naturaleza humana; el anonadamiento consiste en tomar una naturaleza humana en la cual Él interrumpe la participación de la gloria divina, para ser apto al sufrimiento y a la muerte.

En eso está el anonadamiento, en no asumir esa naturaleza gloriosa por el contacto de la naturaleza divina; esa es la diferencia. Se anonadó, haciéndose siervo, súbdito del sufrimiento y de la muerte para redimirnos; porque si Él no obstaculiza esa participación de la gloria de su divinidad en el cuerpo de naturaleza humana que Él tomó, no hubiera podido morir en la Cruz, no hubiera habido pasión por nuestra redención, para rescatarnos con un precio. Y tal precio fue el de su sangre y la sangre es muerte, la efusión de la sangre es la muerte, representa la muerte.

En la Santa Misa hay la efusión de la sangre sacramentalmente, sacrificio incruento, no cruento. Y es en la consagración del cáliz donde se hace mención de la efusión, del derramamiento de la sangre y no en la del pan y por eso dice Santo Tomás que eso era esencial a la consagración. Si nos atenemos a la opinión de Santo Tomás la nueva misa es inválida, porque adulteró esa fórmula de la consagración de la sangre al adulterar las palabras que expresaban la efusión; adulteración que consiste en cambiar "muchos" por "todos"; así de simple y de sencillo como es la verdad, sin vericuetos, pero desgraciadamente hay poca teología en el clero y vemos que si falta la luz de la ciencia divina, tal como es la teología, viene la repercusión, ya que un seminario, lugar de formación del clero, no es para pasársela jugando al fútbol sino para estudiar, para poder después aclarar y enseñar a los fieles, y defenderlos ante la crisis teológica y religiosa.

En esa efusión de la sangre que Nuestro Señor derramó por todos, pero que Él sabía que no todos se iban a beneficiar. Viendo que la eficacia no era para todos, sino que intervenía el libre albedrío, por la libertad del hombre, dijo: "Por vosotros y por muchos", y no por vosotros y por todos, ahí está la gran diferencia existente; hay otras que no voy a mencionar, bástenos por ahora ésa.

Nuestro Señor se anonadó, pero también resucitó por su propio poder y Él nos pide que le sigamos en esa muerte y esa muerte nosotros la pasamos sacramentalmente por el bautismo, que es una muerte sacramental y una resurrección también sacramental y sobrenatural del nuevo hombre. Estimados hermanos, la vida católica cristiana en desarrollar la gracia recibida en el bautismo desarrollo consiste la santidad, como lo hace ver San Luis María Grignon de Montfort.

Pidamos a Nuestra Señora que podamos llevar esa vida sobrenatural basada en la fe y en la gracia que recibimos en el bautismo; que se desarrolle plenamente en nosotros y cuando esto

PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

22 de abril de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos encontramos en este Domingo de Quasimodo o in Albis, después de Pascua. Por seguir al sábado in Albis, que era el día en que los catecúmenos, después de misa, dejaban los vestidos blancos que como muestra de esa pureza bautismal habían recibido el sábado en la noche de la vigilia de la Resurrección, durante toda la octava permanecían con esas vestiduras que dejaban allí mismo donde las habían recibido.

Hoy la Iglesia nos exhorta a permanecer en esa pureza y santidad que evoca la Pascua, mirar hacia el cielo, que si bien vivimos en esta tierra es de paso, como un puente que hay que pasarlo y que sería locura hacer morada en él. El mensaje de la Pascua es ese paso de la muerte a la gloria de Nuestro Señor, la manifestación de su divinidad, la prueba de la divinidad de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, con exclusión absoluta de todo falso credo o versión. Hay que profesarlo públicamente en este tiempo de apostasía ecuménica, de herejía ecuménica, que conculca la divinidad de la Iglesia Católica por una aberración y falta de fe, tanto en la jerarquía como en el clero.

No se proclaman estas verdades solemnemente en la Pascua, y para mí sería una claudicación y un grave error no hacer el debido llamado de atención, que es lo que deben hacer cardenales y obispos, proclamar la Pascua de Nuestro Señor, su victoria, su resurrección, lo que implica que todo lo demás en materia de religión es falso, como lo son todas las otras religiones y credos y creencias que hoy se propagan en nombre del ecumenismo y de la libertad religiosa.

Hay una falta de fe profunda y una falta también de virilidad para defender la fe en medio de estos errores y tinieblas que socavan las verdades esenciales de la doctrina católica y que por no afirmarlas, por no recordarlo, por no tenerlo presente se va perdiendo la fe y nadie dice absolutamente nada. "Todos somos hermanos, todos somos buenos, todos nos salvamos". ¡Qué herejías! Una detrás de la otra. No somos todos hermanos en la fe, solamente es hermano en la fe el católico, el que tiene a Dios por Padre y a la Virgen por Madre y los protestantes no tienen a la Virgen por Madre. ¡Cuáles hermanos mayores los judíos! Si son deicidas que persiguen a Nuestro Señor. Cuántos errores y poca luz; eso un católico no lo puede aceptar y no lo debe manifestar so pena de claudicar.

Hoy vemos en el Evangelio cosas sorprendentes, los apóstoles encerrados en el cenáculo, con miedo, con pavor ante los judíos malvados que los querían matar y ellos escondidos; tenían fe, pero una fe débil; no habían sido confirmados en esa fe porque no habían recibido la plenitud del Espíritu Santo. Por eso tenían miedo. Esa es la fe que tenemos nosotros, una fe de timoratos. No era sólida en la gracia, en la plenitud del Espíritu Santo, de la confirmación. ¡Qué vergüenza! Una fe endeble. Deberíamos tener una fe fortalecida, como de confirmados, pero hay una claudicación en la confirmación de la fe.

Y vemos que después, cuando los apóstoles fueron confirmados, salió San Pedro y ya no tenía miedo, tampoco los otros apóstoles temían ni a los judíos ni a nadie. Esto nos sirve de ejemplo, porque si los apóstoles tuvieron miedo, cuánto más nosotros que somos más insignificantes que ellos; de ahí la necesidad de recordarlo para mantenernos firmes y fieles como le dice Nuestro Señor al incrédulo Santo Tomás: "¿Si no metes tu dedo en mi llaga, no crees?". ¡Qué cabeza dura! Es decir, si no veo, si no palpo no creo; el mismo que antes de la captura de Nuestro Señor había dicho que había que ir a Jerusalén y morir con El. Qué valiente fue; quizás en gracia de eso Nuestro Señor le perdonó y le dijo ocho días después "mete tu mano en mi costado y no seas incrédulo, sino creyente".

Y él reconoció allí la divinidad de Nuestro Señor e hizo una proclamación de fe: "Señor mío y Dios mío". Esta misma proclamación la debemos hacer nosotros cada día para no perder la esencia de la religión católica que está en Nuestro Señor y de un modo único y exclusivo como lo dice la epístola de hoy, como lo dice el Evangelio de hoy, y que es la condenación de los protestantes, ellos que solamente hablan de las Escrituras y este Evangelio les da de bofetones a ellos que se creen sabios y que son brutos e ignorantes, que convencen a gentes más brutas y más ignorantes que ellos, como dice el dicho "católico ignorante, seguro protestante".

Por tal ignorancia religiosa, hoy Colombia está invadida de protestantismo; ignorancia católica en el pueblo a través de los años, sin predicadores que despierten esa conciencia católica basada en la verdad. Está bien hacer novenas, pero la religión no se compone sólo de novenarios, se compone de la doctrina católica, porque si no, terminando una novena le colocan otra vela al diablo valiéndose del indio amazónico, el brujo y el curandero, santerías con ungüentos de lo uno y lo otro, pirámides de buena suerte, ignorancia crasa que se paga con infidelidad y apostasía; católico ignorante es seguro protestante, por culpa de un clero mediocre y sin teología.

El sacerdote tiene el deber de estudiar, porque la Iglesia es luz, eso significa el cirio pascual, la luz de Cristo que debe iluminar al mundo. ¿Pero si el clero no ilumina con la verdad cómo entonces el mundo y la gente van a mantenerse en la verdad? El principal deber de la Iglesia y del clero es ser la luz de Cristo, luz sobrenatural. ¿Y qué es lo que vemos sino un clero decadente, que Dios vomita porque no es ni frío ni caliente, sino tibio? Esto forma parte de la crisis desoladora en la cual un pequeño rebaño tendrá que mantenerse fiel como un faro, dando luz en medio de la tempestad.

Dice también el Evangelio leído hoy, que solamente se perdonan los pecados con el sacramento de la penitencia o confesión, cosa que niegan los protestantes; ellos que "saben tanto", que lean a San Juan, a ver qué hacen con ese sacramento: "Se perdonarán los pecados a aquellos a quienes los perdonéis; y se les retendrán a aquellos a quienes se los retengáis". ¿Qué respondería Lutero o cualquier otro protestante contra estas palabras textuales? Esto lo tienen que saber bien los fieles para defenderse. La otra bofetada; no todo lo que hizo Nuestro Señor está escrito, porque muchas cosas hizo el Señor y solamente se escribieron algunas para que den luz y verdad, luego no solamente es la Biblia o las Sagradas Escrituras, sino también la palabra que no está escrita y que es la Tradición, son las Escrituras y la Tradición, la revelación escrita y la revelación oral. La Tradición de la Iglesia conculcada y

rechazada hoy por el modernismo de cuño protestante que impera dentro de la Iglesia o de lo que cree denominarse Iglesia, pues al profesar tales herejías deja de ser Iglesia.

La Iglesia es santa y pertenecemos a ella por la fe, pero si perdemos la fe, dejamos de pertenecer a ella; no todo el que dice "Señor, Señor" se salva ni es de Dios, porque la fe de Nuestro Señor es lo que da testimonio en nosotros, como dice San Juan; ese testimonio tiene que darse proclamando la fe, pero para proclamarla hay que tenerla y no puede ser una fe cualquiera, tiene que ser una fe firme, consolidada en el Espíritu de Dios, en el Espíritu Santo. Esa es la fe que puede vencer al mundo y no lo que quiere hacer hoy la falsa Iglesia atribuyéndose las prerrogativas de la verdad y de Dios para destruirla; no una Iglesia que se convierte al mundo sino que vence al mundo con la fe. Pero se ha claudicado en esa fe, por eso insisten en hacer desaparecer toda distinción entre Iglesia y mundo y vemos cómo contradicen las Escrituras, tanto en la epístola como en el Evangelio de hoy.

No es ningún invento, son deducciones de una simple lectura de los hechos con un poco de fe en lo que hoy acabamos de leer. Si queremos vencer al mundo tendrá que ser con la fe, porque no será con otra cosa, dinero, armas o violencia que se nos prometió, sino con la fe y la fe en Cristo Jesús, el Verbo de Dios, la Palabra del Padre Eterno. Que nos queden grabadas estas verdades para mantenernos fieles y podamos, aun viviendo en este mundo, no estar adheridos a él, sino con la mirada puesta en el cielo, en las cosas de Dios, en las cosas del Padre Eterno y poder sufrir con paciencia toda esta miseria; iniquidad ya anunciada por las verdaderas apariciones de Nuestra Señora, en La Salette, Fátima, Lourdes y Siracusa; no debemos perder el horizonte, el norte, nuestra mirada en Dios, en el cielo y no en tan miserable y efímera tierra, y vivamos desprendidos de todo lo terrenal deseando y anhelando las cosas de Dios por encima de todo.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos ayude a perseverar en el amor a Nuestro Señor y que conservemos en nuestro corazón todas estas cosas que son para nuestra salvación y para la mayor gloria de Dios. +

+++++

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

29 de abril de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este segundo domingo después de Pascua el Evangelio nos muestra a Nuestro Señor ante los fariseos definiéndose a sí mismo como el buen Pastor.

Es impresionante ver a través de todo el Evangelio la disputa, dialéctica y oposición permanente, constante e insidiosa hasta el odio, de parte de los fariseos, de parte de los superiores y quienes guiaban al pueblo judío, y cómo Nuestro Señor no rehuye, sino que siempre va directo al grano: "Yo soy el buen Pastor". Solamente Dios es bueno, la bondad por esencia, todo lo demás es bueno por una participación de la bondad de Dios, pero lamentablemente el hombre, los ángeles, espíritus puros, con la libertad que tanto los ángeles

y nosotros tenemos, conculcamos, contradecimos esa bondad y he ahí el origen del mal y del pecado.

Nuestro Señor además les dice que solamente El es el buen Pastor que da su vida por sus ovejas y que Él conoce a sus ovejas y ellas lo conocen a Él, como Él conoce al Padre y como el Padre le conoce a El. De ahí la importancia de conocer a Dios, de conocer a Nuestro Señor, de reconocerlo, y ese conocimiento y reconocimiento se hace por la fe y Dios se da a conocer por la revelación que Él hace de sí mismo a través de la palabra, del Verbo y ese Verbo es Cristo. Así como el hombre se da a conocer a través de la palabra, Dios se da a conocer a través de su palabra que es el Verbo Encarnado, que es Nuestro Señor Jesucristo. En ese conocimiento mutuo que hay en Dios entre el Padre y el Verbo, nos reconocemos nosotros también, y esta es la importancia de conocer a Dios a través de la revelación. Esa revelación se encuentra en las Sagradas Escrituras y en la Tradición de la Iglesia, revelación escrita y revelación oral y aun la revelación escrita fue primeramente oral y después escrita; de ahí la importancia de la Tradición, de la revelación oral que no se puede dejar de lado.

Pero, desafortunadamente, esa Tradición oral hoy es dejada de lado como la dejaron de lado los judíos, tanto la oral como la escrita, para seguir su propia tradición, sus propias costumbres, sus propias tradiciones, sus propias cabalas y estupideces. Si el hombre no sigue a Dios y sigue a su propia estulticia, su propia estupidez es el castigo por no seguir la divina sabiduría, que es la palabra de Dios.

La estupidez es un pecado grave, es un pecado contra la verdad, contra la luz, contra el don más excelso del Espíritu Santo, que es el de la sabiduría. Por lo que en este mundo impío y alejado de Dios y que conculca los derechos de Dios y proclama los derechos del hombre, no hay sabiduría. Y donde no hay sabiduría no puede haber ni inteligencia ni ciencia, otros dos dones del Espíritu Santo y allí donde no hay ciencia ni inteligencia ni mucho menos sabiduría, ¿qué otra cosa puede haber? Caos, la estupidez del hombre endiosado, pues no pasamos de ser imbéciles, peores que animales.

Esa es la triste realidad del mundo y de nosotros si nos alejamos de la sabiduría divina; de ahí tantas injusticias y calamidades. No se puede rechazar la verdad, no se puede conculcar la verdad y en eso consiste el gran pecado contra el Espíritu Santo: impugnar la verdad conocida, revelada, manifestada, y esa luz es Nuestro Señor que ilumina a todo hombre que viene a este mundo si el hombre no conculca y no rechaza esa luz; pero vemos en la historia de la humanidad el continuo y permanente rechazo a la luz, el mismo pecado de los fariseos que eran los pastores, los dirigentes de la sinagoga, de la verdadera Iglesia del Antiguo Testamento.

Nuestro Señor les reprocha a los fariseos que sean unos mercenarios, asalariados, es decir, que no apacientan desinteresadamente al pueblo manifestándole la verdad, sino que lo hacen por vil interés en la prebenda o el provecho, o para decirlo más vulgarmente, para satisfacer los propios apetitos: comer, beber, vivir bien. "¡Mercenarios!", les reprocha en la cara Nuestro Señor. En cambio, el buen pastor da la vida por sus ovejas, no huye cuando ve que viene el lobo, cuando hay dificultad, sino que afronta y defiende al rebaño. ¿Y acaso no sucede eso con el clero, con la jerarquía en general de la actual Iglesia Católica, los obispos,

los cardenales, los preladados, los príncipes de la Iglesia? ¿Qué hacen, no son hoy unos mercenarios? ¿No están allí por vil interés de la prebenda, del beneficio, del usufructo y menos por enseñar la verdad que rechazan y no conocen? Son unos brutos, lo que les interesa es el puesto como a los políticos.

Es un hecho, estimados hermanos, los obispos debieran ser la luz del mundo, que conozcan la doctrina y la defiendan y no esa sarta de mercenarios que no saben dónde están parados, lo único que les interesa es vivir bien; el mismo pecado de los dirigentes del pueblo elegido y que lo comete hoy la jerarquía en general, sin negar la excepción que confirma la regla. Pero ¿dónde está el clero? ¿Dónde la jerarquía de la Iglesia Católica que defienda el rebaño y lo apaciente con la luz y si es necesario muera con las ovejas? Brillan por su ausencia; de allí el estado calamitoso y deplorable de la Iglesia Católica hoy, por esa deserción de la jerarquía ante la verdad.

Por no seguir el ejemplo del buen pastor, convirtiéndose así en fariseos, cuánta gente no se pierde por el mal ejemplo de los sacerdotes corruptos, degenerados, homosexuales; porque hay que decirlo, eso es lo que se ve y da vergüenza. Por lo mismo, debemos pedir a Nuestro Señor que haga algo prontamente, porque esto es el colmo como consecuencia de haberse alejado de la verdad, por haber perdido el interés en las cosas de Dios; cuando se pierde el interés por las cosas de Dios, queda todo lo ancho del mundo, con las facilidades que hoy otorga para hacer lo malo, lo perverso, lo corrompido; por radio, televisión, periódico o cine se transmite cuanto porquería se ocurra publicar; y para Dios, el olvido. Así va el mundo, todas estas abominaciones claman a Dios porque se ven dentro del clero y dentro de la jerarquía.

También hace Nuestro Señor en este Evangelio la gran promesa que no debemos olvidar: "Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo recoger; y oirán mi voz, y se hará un solo rebaño y un solo pastor". No debemos olvidar esta promesa. Ese es el verdadero ecumenismo y no esa aberración que quieren llevar a cabo hoy: reunir a todos los hombres, mas no en la verdad, no bajo el mismo redil, no bajo el nombre de Cristo. Es una pantomima, una parodia, cuando no la antítesis de esta gran promesa; de ahí la herejía del ecumenismo que como toda herejía es la transposición de una verdad sobrenatural llevada al plan terreno y natural, naturalizando esa realidad sobrenatural.

Ese es el actual ecumenismo: una parodia. No necesariamente se puede estar conscientes de eso, pero la realidad objetiva y el trasfondo son así, porque no puede haber unidad fuera de Nuestro Señor. Esa es la gran promesa que se realizará tarde o temprano en el reino de Dios, cuando "venga a nosotros tu reino y se haga tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo", y consta en el Padrenuestro. Esa fue la gran esperanza de los primitivos cristianos, por eso esperaban ansiosos el reino de Nuestro Señor, ese reino que los judíos quisieron hacer carnal convirtiéndolo en un dictador mucho más prepotente que los emperadores del imperio romano y al estilo del orgullo de los hombres, error del cual nacen también las sectas protestantes.

El verdadero reino de Dios en esta tierra es el que los hombres de Iglesia han dejado de predicar hace ya mucho tiempo, a pesar de las palabras de Papas como San Pío X, o el mismo

Pío XII quien en más de una ocasión llegó a alzar sus ojos esperando el reino de Nuestro Señor y no para miles de años después. Nuestro Señor quiere reunir a todos los hombres bajo su cetro, reunirlos en su Iglesia, reunidos en su verdad, porque El es Rey y porque tiene otras ovejas que no son de este aprisco; esa es la gran promesa que debemos tener siempre presente y a la cual colaboramos todos aquellos que permanecemos fieles a Nuestro Señor, fieles a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, rechazando el ecumenismo herético y el progresismo igualmente herético, para ser fieles a Nuestro Señor, esperando que más pronto que tarde se realice esa gran promesa.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos ayude a consolidarnos en la fe, a robustecernos en la fe para poder permanecer fieles a Nuestro Señor Jesucristo y a su Santa Iglesia. +

+++++

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

6 de mayo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Antes de hacer el comentario a este Evangelio me veo obligado a decir algo que no quiero, pero llega el momento en que es imposible callar; todos han visto cómo ahora los periódicos publican que Juan Pablo II como Papa de la Iglesia pide perdón a los ortodoxos; no es el primer perdón, ya lo hizo con los judíos también.

¿Qué son los ortodoxos? Gente que se ha separado de la Iglesia, que no reconoce el papado, que cayó primero en el cisma y después en la herejía por no aceptar el *filioque*: la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo que, al no aceptarlo, niegan implícitamente la Santísima Trinidad y esa es su herejía, amén de no aceptar el papado, luego son cismáticos y herejes. ¿Cómo un Papa pide perdón a los herejes? Pedirle perdón al demonio, es inconcebible, a mi modo de ver poco importa, pero sí hacen falta en la Iglesia obispos que clamen al cielo en defensa de la fe católica, en defensa del papado, por estas aberraciones que nos toca ver, porque un verdadero Papa no puede hacer eso.

Es imposible que los cardenales, que los obispos, que toda la jerarquía de la Iglesia no cuestione una actitud de esas; haciéndolo está poniendo en tela de juicio su legitimidad, eso es lo que compete. Porque no se puede marranear a la Iglesia en esa forma, y digo que no importa lo que yo diga pues soy un simple cura, pero un obispo tiene que hacerlo; si yo fuera obispo estimaría que no cumpliría con mi deber si no lo hiciera; eso es grave. Por el momento me siento en la obligación de advertir a los fieles y creo que Dios permite esto como el colmo, es como el ejemplo de un hombre al que su mujer le está siendo infiel y se lo dicen y no lo cree hasta que al fin se la encuentra en cualquier esquina con el otro; así mismo vemos nosotros lo que no debíamos ver, la infidelidad que contraviene la autoridad del Papa. El está en la Iglesia Católica para confirmarnos en la fe y no para traicionarnos en la fe, no para vendemos con el enemigo o ¿entonces la Iglesia acaso se equivocó con los judíos? ¿con los ortodoxos? ¿O es que no hay herejías?, ¿es que ya no hay Iglesia? Eso no puede ser. En mi

concepto claudican aquellos que teniendo la autoridad en la Iglesia, como son los cardenales y los obispos, no lo digan públicamente. La legitimidad en la Iglesia se pierde cuando el ejercicio se conculca como lo vemos hoy.

Ocurre en la monarquía y sobre todo en la española, que un rey se ilegítima por su ejercicio cuando éste va en contra de lo que es y representa; no que se equivoque. Lo mismo ocurre en la Iglesia, no me la puedo poner de ruana porque soy Papa; eso es inaceptable y, si se acepta, es una claudicación en la fe. Eso es lo que tendrían que hacer los cardenales, pues no se está pidiendo perdón por un pecado personal a una persona ofendida, sino que está pidiendo perdón a la jerarquía ortodoxa que desde hace más de doce siglos está en la herejía y en el cisma; luego son ellos quienes tienen que pedir perdón a la Iglesia para volver a donde salieron y no al revés.

Y si quienes tienen que ver esto no lo ven, nada que hacer, no valen explicaciones tontas, es preferible decir que no se entiende, porque desgraciadamente en la Tradición se está volviendo costumbre explicar lo absurdo y eso no debe ser. Lo absurdo no tiene explicación, y no se puede hacer venia ante cosas que conculcan el honor de Nuestro Señor Jesucristo, eso es abominable, la sana teología no puede aceptarlo. Por eso considero un deber decirlo, si hay fieles que se molesten lo lamento, pero más molesto es lo que hace Juan Pablo II. ¿Por qué escandalizarse por estas palabras y no escandalizarse por las cosas que hace el Papa? Esa es una actitud propia de un fariseo. No se puede pasar en silencio una abominación, porque hacerlo demuestra el grado a que se ha llegado. Claro, a monseñor Lefebvre no le pedirían perdón -él es el más desgraciado de la Iglesia-, a la Fraternidad tampoco, pero la aberración es así, una falsa piedad y los católicos aceptan eso sin que pase nada. En el fondo, lo que comprueba esto es la falta de fe, quien tiene fe se indigna, pues no son acontecimientos nimios, no son errores ni de segundo, tercero o cuarto orden, son errores que conculcan la santidad de la Iglesia, conculcan el honor de Nuestro Señor. Por eso clama al cielo y es un deber advertirlo para quienes quieran verlos, pues hay quienes pueden perderse por seguir lo que dijo el Papa: por ejemplo el infierno, no creerlo porque ahora lo dijo el Papa que el infierno no existe, y que a los judíos hay que pedirles perdón, etcétera; este es un ejemplo del porqué no podemos obedecer a Juan Pablo II, porque si le obedecemos dejamos de ser católicos; sencillamente contraviene todo lo que la Santa Iglesia ha enseñado, enseña y enseñará.

En el Evangelio de hoy vemos cómo los discípulos no entendían al igual que en otras ocasiones, lo que Nuestro Señor quería decirles, quería revelarles, porque todo lo que Nuestro Señor decía era una revelación de las cosas de Dios, de los misterios que están en Dios, de esa participación que Dios nos hace con su presencia. El, antes de la Pasión les manifiesta que no le verán por un tiempo y que después lo volverán a ver porque va hacia el Padre. Ellos no lo comprenden, no entendían lo que les quería decir. San Agustín interpreta de manera genial y de modo diferente a la de muchos otros Padres de la Iglesia; él ve en estas palabras de Nuestro Señor una esperanza o motivo de esperanza que proféticamente Nuestro Señor prometía a sus apóstoles y a su Iglesia, anunciándoles, además, que ese tiempo sería como un dolor de parto con tristeza, pero que todo desaparecería como cuando una mujer da a luz, que todos sus dolores se convierten en gozo, lo mismo para la Iglesia.

Y Él decía que ese tiempo, que es poco realmente comparado con la eternidad, al cual se refería Nuestro Señor, es la historia de la Iglesia desde la Ascensión de Nuestro Señor, después de la Resurrección hasta su Segundo Advenimiento; de ahí la esperanza, la promesa y el motivo de alegría a pesar de las tristezas y dolores como de parto. Así San Agustín concatena esta esperanza a través de la Historia, dos mil años que ya han pasado, que nos presagian el Segundo Advenimiento de Nuestro Señor: "un poco de tiempo y no me veréis y otro poco de tiempo y volveréis a verme porque voy al Padre".

Él compara así toda esta Historia que nos toca vivir, como esos dolores que presagian una gran alegría, que es la venida de Nuestro Señor Jesucristo, la cual por cierto tenemos muy olvidada. Los hombres de Iglesia hace rato que no se acuerdan de esto y sin embargo, el mismo San Agustín, basado en esto, lanza la esperanza y la alegría después de tantos dolores para la Iglesia, después de tantas vicisitudes, contratiempos, herejías, cismas, errores, como hoy podemos ver, y que no se han visto nunca, que se multiplica el error y las herejías sembrando confusión, pero entre más se agudiza el mal, más próximo está el triunfo del bien; es una contradicción, pero ese es el misterio de la Cruz.

En el máximo dolor, en la máxima derrota de lo que pueda acontecer naturalmente, está la victoria sobrenatural; en la muerte de Nuestro Señor está la derrota del mal y de Satanás. ¿Cómo en un mismo punto se producen dos cosas distintas? Ese es el gran misterio incluso de la Iglesia; de ahí la necesidad de ver las cosas con fe. Porque, mirado humanamente, Nuestro Señor fracasó, murió en la Cruz miserablemente, y eso espantó y escandalizó a los apóstoles y a los gentiles quienes escuchaban escépticos la predicación hecha a ellos de un Dios que murió en la cruz, cuando los dioses son gloriosos, reinan y gobiernan, pero no sufren, no lloran ni mucho menos mueren; pero ahí está el misterio, derrota natural, muerte natural y vida sobrenatural, victoria sobrenatural y en el momento más neurálgico.

Por lo mismo todo lo que hoy vemos, tan calamitoso y escandaloso dentro de la Iglesia, donde hacen falta Atanasios que hablen, que digan con la autoridad que tienen obispos y cardenales. No es suficiente aquella autoridad participada que tiene un simple sacerdote, quien predica y habla como un portavoz del obispo, que es el que tiene a cargo la predicación oficial de la Iglesia, como magisterio de la Iglesia; pero notamos la ausencia de ese magisterio, esa enseñanza de parte de los prelados; estamos como huérfanos, sin luz, esa luz que debe dar la Iglesia para iluminar junto con Nuestro Señor Jesucristo a todo hombre que viene a este mundo. Como dice San Juan al comenzar su Evangelio y que es el que se lee al final de cada Misa, "luz del mundo"; hoy prácticamente esa luz está como extinguiéndose, si es que queda un faro, una pequeña luz en medio de la oscuridad y de las tinieblas.

Porque hay cosas que inducen a confusión; no me gustaría decirlas por miedo a no ser entendido, a ser mal comprendido, pero hay cosas que si las hace otra persona no tienen importancia, pero si las hace un jefe o un superior cobran importancia y trascendencia y eso no es indiferente; nada hay indiferente si lo hace un superior y entre más alto sea su cargo mucho mayor es la repercusión de lo que hace o deja de hacer y de decir; esa es la gran responsabilidad de la jerarquía tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural; no quisiera mencionarlo y pasar de largo, pero son los mismos medios de comunicación quienes lo divulgan en todo el mundo.

El papa Juan Pablo II pidiendo una vez más perdón a los enemigos de la Iglesia, a los ortodoxos, ¿qué puede pensar la gente?, ¿quiénes son ellos? Los ortodoxos se separaron de la Iglesia al no aceptar la autoridad del sumo pontífice, por no aceptar el papado de la Iglesia y considerar que su patriarca, el de Constantinopla, era igual que el Papa de Roma o Patriarca de Occidente y que era independiente en su jurisdicción, que lo hacía sumo pontífice. Y además negar el filioque, es decir, negar la Santísima Trinidad, como ya lo he dicho. La Santísima Trinidad es una cuestión de origen nada más y lo único que distingue a una Persona de otra es la procedencia en cuanto al origen; el Padre, que es ingénito, que no ha nacido, que no procede de nadie, engendra al Hijo y el Hijo procede del Padre que es su Verbo; el pensamiento del Padre es su Hijo, es su Verbo y ese Verbo que procede del Padre, en ese mutuo amor que se tienen el Padre y el Hijo hace que proceda el Espíritu Santo.

Entonces, si el Espíritu Santo no procede del Padre y del Hijo, no hay Trinidad y eso es **lo que niegan los ortodoxos**. Niegan la supremacía del pontificado del Papa, y niegan también este dogma esencial de la fe católica y ¿venimos a encontrar que hoy se les pide perdón? Una cosa es pedir perdón a título personal a una persona ofendida, sea judía o musulmana, pues no tengo derecho a ofender a nadie; pero que la Iglesia, en la persona del jerarca, pida perdón como Institución a los que son herejes y conculcan la Iglesia, lo menos que se puede decir es que lleva a confusión.

Ahora, no es posible que ningún obispo o cardenal denuncie y reclame que eso no se puede hacer en nombre de la Iglesia; he ahí el gran misterio y por eso no puedo hacer otra cosa que mostrar, aunque sea al reducido número de fieles que asisten aquí, para que tengan un poco de luz. Quizás Dios lo permite para que nos demos cuenta de cuan insensibilizados nos encontramos hoy, que aceptamos cualquier clase de cosas, que a los ojos de la fe no son compatibles con la Iglesia ni son compatibles con el sumo pontífice y que debiera llamar la atención no un sacerdote, no un fiel, sino aquellos que son príncipes en la Iglesia, que son igualmente obispos de la Iglesia y hacer ese llamado de atención para que la gente no piense ahora que da lo mismo ser católico que ortodoxo, que da lo mismo tener cualquier religión, que lo que importa es tener buena fe. ¿Pero qué buena fe puede haber si yo convalido cualquier creencia?

Dios es único y exclusivo como única y exclusiva es la verdad; otra cosa es que yo me confunda y tome el error por verdad; pero, entonces, aun así, tomando el error por verdad, no puedo decir que las otras cosas son igualmente verdaderas. Por ejemplo: que un musulmán piense que esa es la verdadera religión; él tiene que negar que la religión católica sea la verdadera y negar las otras, pero no aceptar que es igual y que igual se salva uno e igual se adora a Dios, sea musulmán, judío, católico, protestante; ese es el principio que niega la libertad religiosa, la exclusividad de la verdad dejándola esparcida en cada creencia, según la conciencia de cada uno; esa es una herejía terrible, un hombre tiene derecho a una mujer, pero no tiene derecho a todas, y mucho más exclusivo es Dios y eso no lo podemos olvidar.

El sacramento del matrimonio es un reflejo de la Iglesia, **por eso** en el Antiguo Testamento se podía tolerar la poligamia, pero queda excluida en el Nuevo Testamento; por eso San Pablo dice que es imagen de la Iglesia y esa exclusividad es la que se niega con el ecumenismo y con la libertad religiosa y las grandes confusiones a que se prestan con todas

estas actitudes de pedir perdón al uno y al otro, que equivale a ponerle una vela a Dios y otra al demonio.

Pidamos a la Santísima Virgen María que nos ayude a perseverar en la Iglesia, que sufre una persecución y será reducida a un pequeño rebaño fiel; eso lo dice Nuestro Señor, eso lo dicen las Sagradas Escrituras. Debemos tener mucho cuidado, porque el error está a la orden del día, la verdad está perseguida y recluida y de difícil difusión; luego se necesita una gracia muy especial para poder permanecer fieles a Nuestro Señor y a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, para no caer en el error en el que hoy caen muchos que se dicen católicos pero que no conservan la esencia de la religión católica, de la Iglesia Católica, y eso es lo grave y lo calamitoso. Que sea entonces Nuestra Señora quien nos consolide en la fe, para ser fieles a Nuestro Señor Jesucristo y a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. +

+++++

CUARTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

13 de mayo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos encontramos en el cuarto domingo después de Pascua. Durante estos cuarenta días que van de la Resurrección a la Ascensión, Nuestro Señor consolida, prepara y aconseja a sus apóstoles, diciéndoles y enseñándoles todo lo necesario para que la Iglesia perdure a través de los siglos. Gran parte de la tradición litúrgica y de la doctrina se compendia en este tiempo de los cuarenta días anteriores a su Ascensión. El personalmente instruye a sus doce apóstoles, a sus discípulos.

Pero por si esto fuera poco, promete el envío del Paráclito, es decir, del Espíritu Santo para que también dé a su Iglesia todo aquello que no podían comprender; mientras tanto, como lo dice Nuestro Señor en el Evangelio de hoy y que el Paráclito les diría, les anunciaría hasta el final de los tiempos. Y viendo Nuestro Señor la tristeza en la que quedaban sumidos los apóstoles por el anuncio de su partida al Padre, Nuestro Señor les muestra que debiera ser lo contrario, que convenía que El partiera, porque vendría el Espíritu Santo; que El los consolidaría, los fortalecería y que Él instruiría a la Iglesia. No es como dicen los protestantes, que niegan ese privilegio de la Iglesia y se lo atribuyen a cada uno de los fieles desconociendo esa obra santificadora del Espíritu Santo a la Iglesia; no a cada uno en particular, ya que la revelación es pública, es una revelación pública, es la transmisión pública, es una fe pública; no es una fe privada, no es una revelación privada y público es entonces el órgano que nos la transmite, que es la Iglesia a través de su Magisterio, como sabemos.

Pero los discípulos, igual que nosotros, considerando las cosas más desde un punto de vista sensible, de la partida, de la separación, estaban tristes; su fe todavía no estaba acrisolada, esa fe que se acrisola en el desierto, en el desamparo, en el sufrimiento, en el abandono, en la Cruz. Estaban tristes y la tristeza profunda es mala, es pésima, por eso Nuestro Señor les recuerda cómo es que ninguno le pregunta a dónde iba. Aunque ya se lo habían preguntado

les hizo el reproche, por estar embargados por la tristeza, para hacerles ver que convenía que Él se fuera al Padre y así enviar al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y esa es la misión del Espíritu de Dios, del Espíritu de Verdad, del Espíritu Santo, del Paráclito, del Consolador.

Aunque muchos dicen que esa traducción de Consolador no es muy apropiada, porque refleja cierto matiz de orden sentimental, que más bien Paráclito significa el que fortifica, que sostiene desde dentro y no un consuelo como paño de lágrimas; es un sostenedor, como una varilla de acero que sostiene la columna desde dentro para que no se doble, no se parta; esa es la obra del Paráclito, término que es difícil de traducir y que se traduce normalmente como consolador. Pero entonces no tengamos esa noción sentimental de consuelo, sino la de esa vida, de ese sostén que da el Espíritu Santo a la Iglesia, como alma que es, desde adentro, como también desde adentro se produce toda la obra de la gracia sobrenatural.

Convenía entonces que Nuestro Señor se fuera sin que estuvieran tristes, sentimentales y llorones, debido a la separación, sino que al contrario se robustecería su fe, porque la fe es de lo que no se ve; allí donde se vieran las cosas no habría fe, habría evidencia, que es muy distinto a la fe y eso nos debe servir de lección a nosotros. No esperar siempre los consuelos de Dios, no estar como los niños esperando que nos regalen caramelos para saber que somos queridos por nuestros padres. Dios nos da eso en la infancia espiritual, cuando todavía no estamos consolidados, pero después cuando estamos más grandecitos nos lleva por el camino árido del desierto, para que la fe se acrisole, se purifique, deje todo aquello que es superfluo, humano y sentimental y se acrisole en el Espíritu y en la Verdad y sea una fe pura, acrisolada y es cuando menos nos debemos quejar.

Aunque creamos que Dios nos abandona, el Espíritu Santo está allí; pero la mayoría de los humanos no entendemos eso y por no entender eso es que muy pocos son los que llegan a un alto grado en la vida espiritual, como dicen los doctores y místicos, porque se frenan, porque tienen miedo, porque no quieren sufrir con generosidad ese abandono aparente de Dios, esa lejanía de Dios y que puede llegar a ser como un infierno ese abandono de Dios, ese abandono que no es total, pero pareciera. En ese abandono transitorio se acrisola el alma, se purifica y en cierto modo pasa su purgatorio. No debemos entonces temer sino avanzar y dejarnos, entregarnos, abandonarnos en las manos de Dios con generosidad, para que la gracia fructifique en nosotros, y no que por nuestra bobería, por nuestra niñería, no queramos avanzar más, no queramos sentirnos separados de Dios, porque es la naturaleza con sus sentimientos, con sus sentidos la que frena al alma en su vuelo hacia Dios.

Esta es la razón por la cual hay pocos santos, porque la mayoría nos frenamos y Dios no nos quiere forzar y ahí nos deja; pero esa no es la obra perfecta que Dios quiere hacer en nosotros, sino que lleguemos a ser hombres adultos y perfectos y a esa edad adulta y perfecta se llega a través de esa prueba, de ese dolor, de ese sufrimiento. Por eso tampoco debemos escandalizarnos ante el sufrimiento que veamos en los demás, o en los sufrimientos de nuestra familia a través de una enfermedad o de una muerte en una edad todavía no madura, porque todas esas cosas fortifican, consolidan la verdadera fe, que lo espera todo de Dios, aunque nos sintamos sensiblemente abandonados de Dios. Pero es todo lo contrario, es cuando más cerca está de nosotros, cuando más nos asimilamos a Nuestro Señor. Por eso Él

les dice a los apóstoles que conviene que Él se vaya, por la gran esperanza de que venga el Espíritu Santo, el Paráclito, que continuará manifestando las cosas de Dios.

No todo lo que dice Nuestro Señor, como advierte en este Evangelio y como erróneamente creen los protestantes, está escrito. Hay la necesidad de la Tradición ya que en ella es donde está el depósito de toda aquella parte de la revelación pública que no está contenida en la Escritura. Hasta la misma Escritura antes de ser escrita era Tradición oral, por eso la Biblia en sí misma no se puede justificar como Palabra de Dios si no es por medio de la Iglesia. El Corán también dice que es divino, que es de Dios. Esta es la necesidad de la Iglesia y de su Magisterio ante la Escritura, la revelación escrita y que es Palabra de Dios; es así como tenemos la fe que nos viene a través de la Iglesia y por ende la necesidad de la pertenencia a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Pero a la verdadera Iglesia que siempre permanecerá en la verdad, en el testimonio que nos salva como verdad, como dice Santiago en la epístola, "hemos sido engendrados en la verdad"; luego, debemos guardar y conservar la verdad.

Que nuestra respuesta sea una respuesta de amor a la verdad, eso es lo que nos define, eso es lo que define a Dios, eso es lo que define a la Iglesia Católica, a la religión católica, sobre todo en esta confusión, en esta crisis, en este *mare magnum* de herejías que pululan por doquier; la verdad es Dios y la necesidad de esa fidelidad a la sacrosanta Tradición Católica donde está el depósito de esa verdad, de esa revelación de Dios.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, en especial este 13 de mayo en que nos recuerda las promesas de Fátima: el triunfo de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, el triunfo del reino de Dios y de la Iglesia; pidamos que podamos aprovechar este abandono de Dios en medio de esta crisis para que se acrisole nuestra fe, para que dejemos lo que haya de sentimental, de humano, de efímero en la fe y sea una fe pura y acrisolada como la fe de los mártires y que así nos podamos santificar y ayudar a santificar a los demás, dando buen ejemplo y devolviendo siempre bien aunque nos hagan mal. El bien siempre lo podemos hacer mientras seamos fieles testigos de la verdad, y para ser fieles testigos de la verdad, encomendémonos al cuidado de la Santísima Virgen María. Ella, que es la Inmaculada, que es pura, que permaneció íntegra, para que así, con su ayuda, podamos permanecer puros e íntegros en medio de esta corrupción y apostasía general. +

+++++

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

20 de mayo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de hoy Nuestro Señor nos exhorta a pedirle al Padre en su nombre. A sus discípulos les dice que no han pedido en su nombre, que todo lo que se le pide al Padre en el nombre de Nuestro Señor, el Padre lo dará.

¿Qué significa pedir en el nombre de Nuestro Señor? ¿Qué significa el nombre de Nuestro Señor? Que El es el Salvador, el único Redentor del universo, el único que nos salva y por eso hay que pedir en su nombre. Hay que pedir justamente lo que su nombre significa: la salvación del alma. Nuestro Señor les dice a sus discípulos que no han pedido a Dios en su nombre, no han pedido a Dios Padre su salvación.

Jesús significa Salvador, por tanto nuestra oración no puede ser otra que en el nombre de Nuestro Señor, pero no para pedir ganarnos la lotería, ser presidente de la república o reina de belleza, ni lo que fuere, sino para pedir una sola cosa: la salvación del alma y la salvación de las almas de los demás. Si pedimos salud, bienestar y cualquier otra cosa, tiene que estar supeditada en primer lugar a la salvación de nuestra alma y en segundo lugar a las almas de los demás. De esto depende a veces el fracaso en la oración: no pedirlo en nombre de Nuestro Señor, no hacerlo pidiendo la salvación de nuestra alma. Pedimos la salud, pero no para salvarnos, para vivir virtuosamente y dar ejemplo, sino para bailar, para gozar, para trabajar, para lo que fuere, para cosas incluso que pueden ser muy lícitas, pero que son efímeras, porque son cosas de este mundo y eso hay que tenerlo presente; hay que pedir la eternidad y la salvación del alma y todo lo demás va subordinado a ello.

¿Para qué querer dinero y salud si me voy a condenar? ¿Para qué querer el bienestar si me voy a perder? Y ¿para qué estar bien en este mundo si me voy a condenar? Luego, hay que pedir en el nombre de Nuestro Señor a Dios Padre que nos salve; si le pedimos eso, El nos salvará; no somos nosotros los que nos salvamos; es más, si fuera por nosotros, ya estaríamos todos condenados, de ahí la gran confianza que debemos tener en Dios Padre y El quiere que le pidamos la salvación. Quien se condena es porque no quiere salvarse, no quiere pedir la salvación de su alma, no quiere a Dios.

Es tanto el amor que nos tiene Dios Padre que Él mismo lo dice en el Evangelio, que El no pide por sus discípulos y por nosotros al Padre porque ya es sabido que el Padre nos ama, y nos ama porque hemos creído que Nuestro Señor salió de Dios y que es Dios. Hasta dónde llega, que no necesita pedirle a Dios por nosotros porque el Padre nos ama, Él es quien nos ama primero. Nosotros con nuestro amor no hacemos más que corresponderle cuando lo amamos; y al contrario, cuando lo injuriamos o lo despreciamos, lo odiamos; eso lo hacemos cuando pecamos mortalmente, rechazamos el amor de Dios y preferimos cualquier amor que no está cifrado en Dios, amor que será entonces hacia la criatura, hacia nosotros mismos, tomando las cosas creadas por Dios no como meras criaturas, no como medios, sino como fin último como si fueran Dios.

Así hace el avaro con sus riquezas, con el dinero; así hace el orgulloso con su propia voluntad, erige en dios su propia voluntad por encima de todo; el que manda, se entroniza en su poder y hace de ese poder su dios; y así hay muchos ejemplos de endiosamiento de la criatura y desacralización de Dios; ese es el pecado, el mal y, por lo mismo, el infierno.

No hay otro nombre; no puedo rezar pidiendo a Mahoma, pidiendo a Buda, a cualquiera de los representantes de todas las falsas religiones. Ni siquiera como hacen los protestantes; tengo que pedir en el nombre de Cristo y a Cristo me lo da la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, no me lo dan los evangélicos, no me lo dan los judíos, ni los musulmanes. Esa es la

necesidad de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana y no de una falsa Iglesia. Porque hay que decirlo, la Iglesia oficial hoy no es la Católica, Apostólica y Romana; es la Iglesia ecumenista que tiene a los judíos por hermanos, también a los budistas y a todo el mundo.

Tal como la olla donde se prepara el sancocho, todo le cabe, todo le entra y todo va bien. Esa no es la Iglesia Católica, y el que crea que esa es la Iglesia Católica, lo lamento pero está muy confundido; yo no pertenezco a esa Iglesia Católica que no afirma la doctrina Católica, Apostólica y Romana y que no tiene la liturgia romana.

Dice el apóstol Santiago en su epístola que tenemos que poner en práctica la palabra de Dios; pero, ¿cómo se va a poner en práctica si se diluye la Iglesia en un templo masón como es la ONU, allí donde va todo el mundo, todos los credos? Eso no debiera ser así, la Iglesia Católica, como la verdad, es exclusiva, rechaza todo lo otro y esa exclusividad está en el nombre de Jesús. Por eso es falso el ecumenismo que hoy se predica, va en contra del Evangelio, en contra de Jesucristo, en contra de nuestra salvación. Y hay que decirlo, porque si los obispos no lo dicen no están cumpliendo con su deber; alguien tiene que decirlo, porque hay que estar alertas.

Como dice Santiago, "no hay que dejarse corromper por el siglo, por el mundo"; y hoy en día se quiere una Iglesia mundana, no una Iglesia celestial, una Iglesia del cielo; se quiere una Iglesia del hombre y para el hombre, endiosando al hombre como si fuera Dios; ese es el principio que anima a la sociedad moderna: endiosar al hombre; si Dios existe es para el hombre, no es el hombre quien existe para Dios, se invierte el orden. Se predica, entonces, una falsa religión, guardando una apariencia de verdad, guardando una apariencia de autoridad y de prestigio no para predicar a Dios y a Nuestro Señor Jesucristo sino para predicar al hombre; no se puede excluir según el ecumenismo a ningún hombre, porque, según esto "nadie es más que otro", poco importa si es musulmán, judío, budista, evangélico, ateo, no importa porque "todos somos hombres".

Pero es que las cosas hay que mirarlas desde el punto de vista de Dios y no del hombre, porque somos criaturas; Dios es primero, es Dios el fundador de la religión, es Dios el dueño de la Iglesia Católica, no somos nosotros y por eso la jerarquía no tiene ningún derecho a destruir esos principios divinos que son de Dios; esa es la tristeza y el dolor que embarga nuestro corazón.

Pidamos pues en el nombre de Nuestro Señor, como lo decía también San Agustín: "Pedir en el nombre de Jesús es pedir la salvación, porque eso significa Salvador, salud-dador", el que da la salud, no como la pueden dar los médicos, sino la salud eterna, la vida eterna.

Imploremos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María. Ella es ultrajada cuando se ultraja a su Hijo y se ultraja a su Iglesia. Ella, es ultrajada con todo esto que está pasando dentro de la Iglesia. Que nos ayude a pedir en el verdadero y único nombre por el cual podemos salvarnos.

Que se pueda salvar el mundo por Nuestro Señor Jesucristo; que todos los hombres se acerquen, le quieran y le correspondan con fe y amor y se salven, no por otra cosa, porque en

otra cosa está la condenación eterna. Pidamos a Ella, a la Bienaventurada siempre Virgen María que nos ayude a perseverar en la fe, en el amor a Dios y a su Santa Iglesia. +

+++++

ASCENSIÓN DEL SEÑOR

24 de mayo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Tenemos este jueves la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo después de los cuarenta días seguidos a su Resurrección. Habiendo pasado estos días junto a sus discípulos instruyéndolos en las cosas de Dios, en los misterios de la Iglesia, durante estos cuarenta días de la presencia de Nuestro Señor antes de subir a los cielos. Esto significa también el cirio pascual y que hoy después del Evangelio de la Misa cantada se apaga como signo de esa Ascensión de Nuestro Señor a los cielos. No viéndolo ya más físicamente, pero sí dejándonos su promesa de que así como subió a los cielos volverá a esta tierra.

No se puede dejar en la oscuridad este doble aspecto de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. El sube a los cielos prometiendo la venida del Espíritu Santo, pero también nos promete que El volverá del mismo modo que ascendió a los cielos y ese es el mensaje que queda verificado en la lectura de los Hechos de los Apóstoles que escribió San Lucas y al cual hace referencia en la introducción.

Vemos entonces que la Ascensión tiene un doble significado: que Nuestro Señor después de su Encarnación, después de su anonadamiento, de hacerse nada, no por el hecho de la Encarnación en sí misma, sino por encarnarse en un cuerpo mortal y pasible de sufrimiento, para podernos redimir en la Cruz y así morir y resucitar, tomando esa carne no gloriosa como le correspondía en la unión hipostática, que quedaba por ese contacto divino glorificado de suyo; Él obstaculiza esa gloria para poder morir en la Cruz y redimirnos del pecado y salvarnos. Así, con la Ascensión, El va después de la Resurrección gloriosa de su cuerpo plenamente glorificado, asciende a los cielos, con su cuerpo glorioso tomado aquí en esta tierra de las entrañas de la Santísima Virgen María, para estar a la diestra de Dios Padre.

Diestra significa: con el mismo poder, con el mismo honor que el Padre por ser El Hijo de Dios, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que se encarnó y que asciende a los cielos para ocupar su trono con su cuerpo, con su humanidad gloriosa y que le rindan tributo los ángeles de los cuales El es Rey, Rey de toda criatura y de todo el universo, Rey de todo lo creado, de todo el cosmos. Como le gusta a la gente hablar hoy de cosmos, todo le rinde y le debe rendir tributo de pleitesía a Nuestro Señor, Rey del universo.

Y ese Rey es el que proclamó la civilización y la cultura católica, eso es lo que significa cristiandad, la civilización católica. Y esa civilización católica que tuvo lugar en España y de la cual nosotros somos herederos, tuvo un nombre que es la Hispanidad; ella es la civilización católica hispánica de la cual nosotros somos herederos. Ese es nuestro origen, que no está en la selva ni en el Congo ni en el Amazonas, sino en la transmisión de esa cultura católica a

través de la hispanidad. En eso consistió la conquista de estas tierras y no en las estupideces que hoy se dicen queriendo renegar de la madre patria, queriendo renegar como producto de la revolución, de la cultura católica hispánica hoy negada totalmente.

Esa civilización católica hispana tenía como ley fundamental de ese orden la unidad religiosa, proclamada social y políticamente; en eso consiste el odio satánico de la revolución, de los masones y del judaísmo contra España y la cristiandad que ella nos legó. Quien no conozca esto desconoce la historia de estas tierras y desconoce la Historia, que la Providencia ha querido favorecer con tantas apariciones, como en ningún otro lugar, que ha querido Nuestro Señor prodigarnos con su Santísima Madre; en ninguna otra parte del mundo hay tantos milagros y apariciones de Nuestra Señora como en estas tierras descubiertas por España.

Hoy vemos todo un panorama distinto al de nuestra unidad religiosa y no libertad religiosa, principio de la revolución de Satanás que quiere destruir el orden católico logrando mucho más; porque no se detiene allí sino que quiere destruir la Iglesia, que es lo que obstaculiza la proclamación de su reino y que su lugarteniente, el Anticristo, se entronice en la misma Iglesia una vez que ha sido vaciada de su contenido sobrenatural, religioso y divino. Es esta la crisis que estamos sufriendo y que, por lo mismo, sufre la Iglesia su pasión. Lamentablemente esto lo ven muy pocos hombres; la mayoría prefiere seguir lo que tonta y alegremente se transmite por las noticias pero que no es la verdad, porque ella está oficialmente hostigada. La verdadera Iglesia católica hoy está acosada y deriva en la persecución contra Monseñor Lefebvre, contra la Santa Misa de siempre del rito romano, la Misa de los Papas, de San Pedro, esa que es la Misa y no otra.

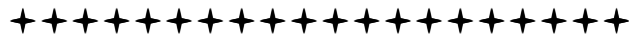
Nuestro Señor se va a los cielos, promete el Espíritu Santo, pero también promete que Él volverá al fin de los tiempos. Por lo que los apóstoles le preguntan cuándo restaurará a Israel y Él contesta que no les corresponde a ellos en definitiva conocer los secretos de Dios. Porque los discípulos esperaban esa restauración de Israel. Queda entonces así asociada con la segunda venida de Nuestro Señor. Ese Israel es quien configurará la Iglesia Católica más la conversión de los judíos al final de los tiempos, como un nuevo Israel, pero no antes, no sin la intervención de Dios, no sin la Parusía de Nuestro Señor. Esa Parusía es la que también producirá el triunfo del Inmaculado Corazón de María, promesa de Fátima, no antes de la gran apostasía, no antes del misterio de iniquidad, no antes de la gran tribulación.

Pero la gran esperanza está cifrada en la vuelta gloriosa de Nuestro Señor, y esa es la esperanza de los que quieren y guardan en su memoria el segundo advenimiento de Nuestro Señor, que está olvidado, que no se predica, que se predica mal, o que lo predicán de un modo erróneo y tergiversado como lo hacen todas las sectas protestantes.

La Ascensión es, pues, un motivo de esperanza en esta crisis terminal, podríamos decir, del mundo, sabiendo que volveremos a ver nosotros, o quizás más adelante; pero tarde o temprano volveremos a ver a Nuestro Señor bajar del cielo del mismo modo que lo vieron sus discípulos subir; eso es lo que dice San Lucas en los Hechos de los Apóstoles y ese es el objeto de nuestra esperanza. Yo diría el único motivo que nos puede mantener firmes en medio de esta gran apostasía, de esta gran pérdida de la fe, de esta Pasión de la Iglesia, Cuerpo Místico

de Nuestro Señor, pasión que acrisola con fuego purificador que por terrible que sea, nos santifica si tenemos esa firme esperanza. Ese es el mensaje *de* la Ascensión y no hay que dejarlo de lado o ignorarlo, aunque desgraciadamente se deja muchas veces por el motivo que fuere en la penumbra, en la sombra o en el olvido.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos ayude a permanecer expectantes para no sucumbir, teniendo en alto nuestra esperanza y nuestra fe. +



DOMINGO INFRAOCTAVA DE LA ASCENSIÓN

27 de mayo de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo: El jueves pasado fue uno de los jueves más solemnes del año litúrgico. Día de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo, que pasa desapercibido en medio de un mundo que no reconoce las fiestas de la Iglesia y lo convierte en un día más de trabajo.

Eso es lamentable y aunque personalmente no podamos hacer nada, sí por lo menos tener presente la importancia de la fiesta y el significado de la Ascensión de Nuestro Señor en cuerpo glorioso a los cielos, a la diestra del Padre, para ser reconocido también allí, Nuestro Señor, en toda su gloria y majestad por los ángeles. Saber que Nuestro Señor se llevó cautiva la cautividad, nos lleva cautivos en su humanidad, en su naturaleza humana, a nosotros que éramos cautivos del demonio. Nuestra esperanza debe ser, entonces, acompañar algún día a Nuestro Señor en los cielos; dirigir nuestra mirada hacia arriba dejando de lado las cosas de este mundo que son efímeras. Por más necesarias que nos *parezcan* son sólo un medio, no un fin; porque el fin de nuestra vida es Dios, es la eternidad, no es este mundo.

La gloria no está en este mundo sino en el cielo; el cielo es Dios, la presencia de Dios. Consiste en esto la visión beatífica, en gozar eternamente de la visión de Dios como Él la goza en sí mismo desde toda eternidad haciéndonos partícipes de ese misterio inefable. Pero, el mundo lo eclipsa, lo oscurece, cuando no lo niega como pasa hoy; por eso la necesidad de recordarlo, de tenerlo presente, de no dejarnos llevar por las preocupaciones aun lícitas que nos imponga el deber de estado y el medio en que vivimos, sin dejar de dirigir nuestras vidas hacia la eternidad; que todo se transforme en un medio de santificación, el mismo trabajo cotidiano, para que así nos orientemos hacia Dios. Esa es la obra de la Iglesia en el mundo, no para permanecer en este mundo, sino para santificarnos en el mundo y así podamos, con la ayuda de Dios, alcanzar el cielo.

Ese es el mensaje, esa es la idea que nos debe quedar de la fiesta de la Ascensión y debe ser el objeto de nuestra esperanza.

En la epístola de hoy nos recomienda San Pedro no olvidar la caridad que borra multitud de pecados. La hospitalidad, que es una manera de ejercer la caridad. La generosidad

la confirmación, siendo confirmados en la fe del bautismo en el Espíritu de la Iglesia, en el Espíritu de Verdad.

No nos debe inducir al error el que Nuestro Señor diga en el Evangelio que sube al Padre porque el Padre es mayor que El, el error de creer que El es inferior y que por ser inferior no es Dios, como creían o afirmaban los arrianos. Por eso se necesita teología, doctrina, para no interpretar herética o erróneamente las Escrituras, oscureciendo las verdades divinas. Entonces, ¿en qué sentido Nuestro Señor dijo y pudo decir que el Padre era mayor que El? Ciertamente no según su generación divina, eterna, pues en eso es en todo igual, entonces será y es en cuanto a su generación temporal, en cuanto asumió una carne, una naturaleza humana.

Entonces, en cuanto hombre, sí podía decir que era menor que el Padre, pero sin olvidar que El era la persona del Verbo; y en cuanto persona, es Dios, porque la persona de Nuestro Señor no es humana. No es que no tenga existencia humana como dicen tontamente muchos filósofos y teólogos, confundiendo la existencia con el ser¹, el ser que constituye en los seres inteligentes la persona, la existencia humana. Claro que la tuvo y es absurdo y herético negarlo; lo que no tuvo fue persona humana, pues su persona era divina, era de ser divino que asumió la naturaleza humana y le dio existencia y existió históricamente, por eso nuestra religión no es una imaginación, sino una realidad histórica, y así Nuestro Señor siendo en su persona divino, era su naturaleza humana y por eso confesamos en El una persona en dos naturalezas, una divina y otra humana y esa naturaleza humana existió real e históricamente.

Por eso convenía que subiera al Padre, para que así estuviera a la diestra del Padre esa naturaleza que Él asumió y que después de su Resurrección era gloriosa, porque antes fue pasible, para poder morir en la Cruz por nosotros y así, al subir al cielo, y enviar conjuntamente al Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, verdad que es negada por los ortodoxos. Es lo que niegan y por eso son herejes además de cismáticos además de negar el sumo pontificado de San Pedro perpetuado a lo largo de la Historia en los Papas como legítimos sucesores de la cátedra de Pedro en Roma, legítimos sucesores porque ha habido ilegítimos, poco más o poco menos cuarenta antipapas en la historia de la Iglesia; pero eso lo niegan los ortodoxos quienes no aceptan el papado y por eso son doblemente herejes.

Sube entonces Nuestro Señor a los cielos para mandar al Espíritu Santo; así como El fue enviado por el Padre, el Espíritu Santo es el enviado del Padre y del Hijo; por eso dice Nuestro Señor: "El que el Padre os enviará en mi nombre", y es el Espíritu de la Iglesia, es lo que hace a la Iglesia infalible, lo que la hace indefectible en el tiempo a través de la Historia y en la doctrina a través del Magisterio. Por eso la Iglesia es luz del mundo y por eso es una contradicción una Iglesia que no sea luz, que no sea verdad, que no sea Espíritu de luz y de verdad, conjuntamente con Espíritu de amor.

Por eso toda la confusión que ha creado el Vaticano II dentro de la Iglesia no es del Espíritu Santo, no es del Espíritu de Dios, no cumple la definición, porque no fue un concilio asistido por el Espíritu Santo, Espíritu de Verdad que lo haría infalible, y que fue el único concilio ecuménico que declinó, cosa abominable por cierto, ya que todo concilio ecuménico por

¹ Distinguir el ser como esse ut actus essendi, del ser (ens) como entes.

definición es infalible. Un concilio ecuménico no infalible es un absurdo teológico, y ese monstruo ahí lo tenemos diseminando el error, la confusión y las tinieblas, lo que denota que no es el Espíritu de Dios, el Espíritu de Verdad. Nuestro Señor lo recalca en el Evangelio de hoy: "El que me ama guarda mis mandatos; mi doctrina no es mía sino que la he recibido del Padre", como queriendo decir, lo que yo digo como Verbo del Padre, como Verbo de Dios no es mío sino que es de mi Padre, yo no lo puedo cambiar, no lo puedo adulterar, no puedo decir otra cosa.

Lo mismo le ocurre a la Iglesia que no puede cambiar ni modificar esos mandatos, esa doctrina, ese Espíritu de verdad; y si lo hace, por ese mismo hecho deja de ser Iglesia, de ser de Dios, para convertirse en una contra-iglesia en la sinagoga de Satanás, que es lo que quisiera el demonio y que es lo que obstaculiza para que reine a través del Anticristo; es el obstáculo que tiene con la Iglesia. Por eso trata de destruir la Iglesia, socavarla desde dentro, crear un concilio ecuménico que no cumpla la definición de infalible y que, por tanto, no es ecuménico; por lo mismo está plagado de errores y que son como monstruos de apostasía y de herejía. Así se disemina el humo de Satanás, como lo dijo el mismo responsable Pablo VI, quien firmó y avaló con su autoridad esos errores que están destruyendo a la Iglesia.

Debemos tener cuidado ya que el Anticristo entrará en la Iglesia -no en la verdadera-, para tomar el puesto de Dios y por eso tenemos que estar muy alertas y vigilantes y versados en la doctrina y la fe católica, para defender a la Iglesia Católica y que no nos presenten una religión falsificada y adulterada que sirva de sede al Anticristo y así nos mancomunen en el ecumenismo que alberga a todas las religiones, convertidos entonces en la contra-iglesia, en la sinagoga de Satanás. Ese es el misterio de iniquidad, esa será la abominación de la desolación, la gran tribulación que llegará a su culmen cuando reine e impere dentro de la Iglesia el inicuo, el Anticristo y eso hay que predicarlo y decirlo, no hay que ocultarlo para poder permanecer fieles testigos de la verdadera y única Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Porque "Roma perderá la fe y será la sede del Anticristo", lo dice Nuestra Señora en La Salette. Pero la verdadera Iglesia subsistirá reducida a un pequeño rebaño fiel a la Tradición Católica, Apostólica y Romana, fiel a los mandatos de Cristo, fiel a la doctrina de Cristo. Ese es todo el problema. Que el mal quiere destruir el bien y el bien está representado en la Iglesia Católica por todos aquellos que resisten el modernismo, el progresismo.

Nuestra única salvación será mantenernos firmes en la de Nuestro Señor, firmes en el Espíritu de Verdad, buenos, cuando no presentan batalla, cuando no son aguerridos, cuando no son soldados de Cristo, que para eso hemos sido confirmados en la fe, para ser sus soldados y no miedosos o cobardes; no como los mercenarios que están en la Iglesia por el interés de la prebenda, el prestigio, el poder; en fin, que no están por Dios; debemos estar por el verdadero amor a Dios para dar testimonio, y, si es necesario, morir por ello.

La Iglesia primitiva está llena de mártires. Los cuarenta primeros Papas casi todos lo fueron por confesar la fe; esa hilera de Papas mártires se interrumpió con Liberio, quien condenó a San Atanasio; hasta Liberio todos fueron mártires, porque la Iglesia es mártir. No podemos olvidar que salió del martirio de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz y quedó

coronada, plenificada como en el día de hoy con la venida del Espíritu Santo con Pentecostés. La Iglesia no es una cuestión de volumen ni de número, ya estaba toda constituida con los ciento veinte discípulos incluidos los apóstoles, porque estaba el Espíritu Santo. Entonces, no pensemos que es una cosa de multitudes, y que para ello debiera convertirse al mundo y a las multitudes pues para eso es luz del mundo, sino que ellas se tienen que convertir y no al revés, que la Iglesia se convierta al mundo como ocurre hoy que todo se adultera y se profana. Es una religión profanada, antropológica, de la revolución, en vez de ser la religión teológica de la Tradición.

Debemos tener claras estas cosas; es lamentable que no muchos las prediquen para alertar a los fieles, para que cuando venga el lobo no se lleve a las ovejas y estas sepan defenderse. Esta crisis se debe en parte a que los fieles no saben defenderse; durante años se ha predicado sin darles la esencia para defenderse cuando venga la prueba, cuando venga la persecución, cuando venga la adulteración de la religión, cuando la fe se esté extinguiendo. Como dice Nuestro Señor: "Si acaso encontraré fe sobre la tierra", y son pocos los sacerdotes que creen en los Evangelios, en las profecías; no tienen ni idea en dónde están parados ni en qué momento histórico están viviendo, y creen que todo es una cuestión de acabar y solucionar con cualquier gesto.

Solamente un milagro soluciona esta crisis, una intervención de Dios.

Roguemos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, Ella, que estuvo plena del Espíritu Santo desde el primer momento de su Inmaculada Concepción, Ella, que se mantuvo firme ante la crucifixión de Nuestro Señor mientras que los apóstoles huían. Sea entonces Ella quien nos haga mantener firmes en esta crucifixión de Nuestro Señor en su Cuerpo Místico, la Iglesia, hoy perseguida, para que nos mantengamos fieles con la llama del Espíritu Santo, Espíritu de Dios, de Verdad y de amor. +



PRIMER DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

10 de junio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Pasadas las fiestas de la Pascua, la Iglesia quiere iniciar con este primer domingo después de Pentecostés la celebración del misterio inefable más grande de nuestra religión, el misterio de la Santísima Trinidad, misterio de los misterios, que especifica absolutamente nuestra fe. Sin el misterio de la Santísima Trinidad no hay fe, no hay fe católica, no hay religión católica. Por eso es tan importante este misterio de la fe en la vida de la Iglesia y que hoy tiende a pasar desapercibido.

Porque no basta con creer en un Dios personal, en un absoluto, en un gran arquitecto, hay que creer que ese Dios absoluto además de ser infinito, eterno, inconmensurable, todopoderoso, es además Trino y sin esa Trinidad de las Personas en la sustancia divina no hay fe católica, no hay salvación, no hay vida eterna; de ahí la importancia de este inefable

misterio solamente conocido por revelación divina. Por eso no es lo mismo un judío, budista, musulmán o lo que fuere, que aunque crean en Dios, para tener la fe católica y salvarse, necesitan profesar y creer con todo el corazón que Dios Uno es Trino. Ese es un misterio que la mente humana no puede cobijar ni albergar ni comprender y de allí la necesidad de conocer y reconocer que sin profesar este misterio no se pueda ser católico. Y vemos cómo la Iglesia no lo coloca en primer lugar. Uno de los errores más graves, actualmente, es no señalarlo categóricamente.

Este misterio fue conocido desde siempre, aunque de distinta manera y modo y no como desgraciadamente muchos predicadores, aun personajes, dicen, pontificando en el error por no seguir a Santo Tomás de Aquino, que la Santísima Trinidad es un misterio revelado y conocido únicamente en el Nuevo Testamento; eso es una barbaridad. Santo Tomás mismo nos dice que la Santísima Trinidad fue revelada a Adán en la revelación primitiva, porque Dios no creó a la humanidad en el paganismo ni en la infidelidad, sino que después cayó por su apostasía, por alejarse del misterio de Dios, por alejarse de Dios y se perdió esa revelación primitiva quedando de ella múltiples vestigios en todas las falsas religiones del paganismo, vestigios que están latentes tanto en la China como en Egipto; en esa trilogía que vemos en todas esas falsas religiones, que son mitología, pero que guardan un vestigio de esa revelación primitiva, de esa Santísima Trinidad.

Por eso Santo Tomás dice que en el Antiguo Testamento los mayores, es decir aquellos encargados de conducir al pueblo elegido, como los profetas y los patriarcas, como Moisés, conocieron la Santísima Trinidad y por eso es que Nuestro Señor dice que Moisés deseó ver su día, no solamente la Trinidad, sino la Encarnación. Claro que no todo el pueblo conoció este misterio explícitamente, sino implícitamente en la fe de los mayores y que la distinción está en que después, con el Nuevo Testamento, se hace pública y manifiesta a todos esta revelación en la plenitud de los tiempos, con la venida de Nuestro Señor, con la Encarnación del Verbo y no porque no se conociera entonces anteriormente este misterio inefable, aunque haya sido por unos pocos, como eran los Patriarcas y los Profetas.

Porque si Jacob, Abraham y Moisés no hubiesen creído este dogma fundamental que especifica la fe teologal, la fe católica, no fuese entonces la misma fe. Es absurdo y en ese absurdo se ha caído y se cae por seguir errores, por falta de estudio; por falta de teología se pontifica en el error repitiéndose unos a otros; por no seguir a esa lumbrera que es Santo Tomás de Aquino. Eso nos demuestra cómo los errores se van difundiendo y no de hoy o de ayer sino desde hace años y siglos. Porque Santo Tomás no es de hoy, es del siglo XIII; pero es que aun dentro del clero hay una oposición a la verdad, a la luz, a la sabiduría y una propensión a la mediocridad, a la repetición.

Sin embargo esgrimen la cátedra de doctor, de teólogo, muy parecido a lo que pasó con los fariseos y escribas, pontificando para propagar el error y no para dar luz. Todos estos errores de algún modo se pagan y los estamos pagando la falta de luz y de sabiduría, sobre todo cuando Dios ha prodigado esa luz tan inmensa como es Santo Tomás de Aquino y que quede en un rincón olvidado, porque con el transcurso del tiempo se olvida y se va perdiendo esa luz -aun en el pueblo-, ese deseo de teología y de saber. Porque el pueblo tiene y debe conocer la teología; el pueblo y la Iglesia católica son teológicos, el catecismo ya es teología; otra cosa

es que la teología del pueblo no sea tan lucida o tan perfecta como la de los teólogos; pero, ¿cómo sin teología se va a poder decir que en Dios hay una sustancia en tres personas, si no tengo ni idea de lo que es persona ni sustancia, o esencia, o naturaleza? Todos esos conceptos los da la filosofía, no la teología, a través de la misma Iglesia. Eso es lo que confesamos, que en Dios hay una sola sustancia divina, una sola esencia, una sola naturaleza, un solo Dios, pero hay Tres Personas, esas Tres Personas que constituyen la Santísima Trinidad y de las cuales San Agustín dio una pálida imagen de semejanza en el alma del hombre, que nos puede ayudar un poco, no a entender ni a comprender, porque los misterios ni se entienden ni se comprenden, pero sí se vislumbran.

Como el alma es una en su esencia, en su conocimiento y en su voluntad, al conocerse y al amarse podríamos ver allí una manifestación, una imagen muy lejana de la Santísima Trinidad, porque el Hijo y el Espíritu Santo proceden por vías distintas; el Hijo procede del Padre por vía de la inteligencia, mientras que el Espíritu Santo por vía de la voluntad y del amor. Por vía de inteligencia quiere decir algo parecido a cuando nosotros captamos con nuestra inteligencia las cosas poseyéndolas en la cabeza no de una manera física sino intencional, conociendo al perro, al gato, al árbol y teniendo en la cabeza la esencia de las cosas, hay, una semejanza, hay un conocimiento por semejanza.

Así en Dios ese conocimiento que el Padre tiene de sí mismo a través de su Verbo que no solamente es semejante sino idéntico a Él produce, genera al Hijo. Y, así como nosotros por la voluntad queremos algo, nos dirigimos hacia el ser amado, nos volcamos hacia él, ese impulso, es movimiento que nos lleva a la cosa deseada o amada, así en Dios esa voluntad, ese amor, por ese impulso, por ese amor, por ese soplo procede el Espíritu Santo. No es que con esta explicación comprendamos, entendamos, pero es la explicación que da la teología para que por lo menos vislumbremos. San Agustín comparaba esa imagen del alma cuando se conoce y se ama a sí misma, con una pálida imagen de la Santísima Trinidad, Tres Personas distintas y un solo Dios verdadero.

Bajo esa Trinidad la Iglesia tiene el mandato de ir por todo el mundo y bautizar a todo aquel que cree, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; por eso la Iglesia es misionera, aunque al principio, y se van a extrañar, los apóstoles no bautizaban en el nombre de la Santísima Trinidad, sino en el nombre de Jesús y era válido entonces. Hoy ya no, por la explicación que da Santo Tomás; en un principio fue así: para que vieran el poder divino del nombre de Jesús, como dice en los Hechos de los Apóstoles o en algunas de las epístolas que les bautizaron en el nombre de Jesús. Hoy sería ilícito e inválido porque ya quedó suficientemente establecido el nombre de Nuestro Señor; entonces en aquella época, en un tiempo muy corto de la Iglesia se bautizó no en el nombre de la Santísima Trinidad, sino en el nombre de Jesús por la razón que acabo de argüir.

Es muy necesario que nosotros mantengamos presente lo que especifica nuestra fe junto con los otros dogmas que salen de allí, porque sin Trinidad no habría Encarnación. Sería imposible ya que se requiere que haya ese misterio de la Santísima Trinidad, ese misterio fundamental, básico y que especifica nuestra religión, por eso no basta un simple concepto de Dios como lo puede haber y lo hay en las otras religiones y aun en las religiones paganas; nosotros a veces no nos percatamos, no nos damos cuenta, no meditamos lo profundo de esa

realizada por el sacerdote en persona *Christi*, como *alter Christi*, otro Cristo que es sacramentalmente instituido por el sacramento del orden?

Todas estas cosas pasan inadvertidas, cuando no negadas por la nueva teología que (desacraliza) quita el carácter de sagrado a lo más sagrado que tiene la Iglesia Católica, lo más sagrado del testamento de Nuestro Señor, y de ahí la gravedad, desfigurando al sacerdote, no hecho ya para el sacrificio que da lo sagrado, *sacra dans*, dar las cosas sagradas. ¿Qué más sagrado que realizar en la misma persona de Nuestro Señor el mismo Sacrificio de la Cruz renovado, actualizado, sobre el altar de un modo incruento? Esa es la misión del sacerdote. Para venir a ser hoy comparado mundanamente a un hombre más y cuando se celebra la Santa Misa considerarlo como un presidente que preside frente a sus hermanos, realizando una *synaxis*, o un ágape; pero que no es un sacrificio, sino una mera conmemoración, recuerdo de lo que aconteció y muchas veces no ya de lo que aconteció en el Calvario sino del misterio Pascual, como hoy tanto se habla.

Y no del misterio Pascual católico, sino del misterio Pascual a la manera judía, esa es la síntesis que hacen los mismos teólogos de la nueva teología, de la definición de la cena eucarística, no como Misa ni Sacrificio, sino conmemoración o memorial de una Pascua al estilo judío. La prueba está en que las oraciones del ofertorio están calcadas de ese ritual de la Pascua judía, con lo cual se puede concluir basados en ese trabajo que se hizo hace poco y que la Fraternidad Sacerdotal presentó a Roma para mostrar la gravedad; y la síntesis que se puede hacer de ese trabajo, es que: la nueva misa por la voluntad de aquellos que la confeccionaron, no es más ni menos que el memorial de la Pascua judía.

Hasta allá se llegó y aunque algunos pretendan que sea el memorial de la Pascua católica, eso sería falso, no es el memorial de la Pascua de la Resurrección, sino de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo inmolado en la Cruz; no cambiemos los términos, en la teología del dogma cada palabra, cada concepto, tiene su peso específico y no es que no se pueda cambiar ni una palabra, es que hasta ni siquiera una coma y ni una tilde en las cosas que son de Dios y que es Dios quien nos las lega y encomienda para que la Iglesia Católica, Apostólica y Romana las guarde santamente y fielmente las transmita.

Esto es lo que hace la Tradición. Por eso no puede la Iglesia Católica sin Tradición Católica custodiar santamente y transmitir fielmente. Esa es su misión y para ello está investida de infalibilidad, no para proclamar nuevos dogmas ni nuevas verdades ni nuevas cosas, sino para proclamar aquello que en sustancia Dios reveló y que la Iglesia custodia y transmite a través de las generaciones hasta el fin del mundo, para que los hombres adhiriéndonos a la fe de la Iglesia, nos salvemos. Esa es la misión de la Iglesia y no otra; de ahí la importancia, sobre todo hoy cuando la misa romana es atacada y perseguida, esa misa que el Santo Papa Pío V, quien fue también inquisidor, canonizó, excluyendo toda posible equivocación o error; por eso es una misa canonizada, por eso es una misa a perpetuidad, por eso la podemos decir nosotros con toda tranquilidad y por eso es un crimen perseguirla, porque sería perseguir a la Iglesia, sería apuñalar el corazón de la Iglesia, sería traicionar a Nuestro Señor, sería falsificar su testamento, no sería cumplir su voluntad, no seríamos sus herederos; esa es su importancia.

SEGUNDO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

17 de junio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este segundo domingo después de Pentecostés, el Evangelio nos presenta la parábola de los convidados al banquete del padre de familia que se excusan. Parábola que, como todas, tiene algo de desproporcionado o de exagerado según el lenguaje humano, pero que quiere a través de esa aparente exageración, expresar, poner en evidencia una realidad sobrenatural de difícil acceso; ese es el motivo de las parábolas, darnos a entender con comparaciones o semejanzas de las cosas cotidianas, las realidades o misterios divinos, para que tengamos así cierta inteligencia de ellos.

Vemos cómo siempre en las Escrituras sale o reflorece ese día de convite, de cena, de gran fiesta e incluso muchas veces de banquete nupcial y podemos preguntarnos el porqué; la sencilla razón de ello es que la caridad, el amor, la amistad, no hay otra manera de expresarla mejor que con la de un banquete, la de una cena en la cual el dueño participa de su casa a sus amigos, a sus convidados, a quienes estima les abre las puertas de su casa y reparte lo que es de él. Hay una comunión. Mucho más cuando se trata de banquetes nupciales, que anuncian la unión de los esposos. Con lo cual Dios quiere también mostrarnos la unión, en primer lugar de la Iglesia con Dios, con el cielo, la unión de Dios con cada una de nuestras almas, en tanto miembros de la Iglesia. Esa es la razón por la cual aparecen en las parábolas estas fiestas, estos convites como en el caso de hoy.

Y vemos que todos los convidados, por razones aparentemente valaderas y justas, se dan por excusados; entonces el dueño de casa se irrita y manda a llamar a todo aquel que encuentre por allí en la calle, tullido, pobre, lisiado, enfermo, ante el rechazo o las excusas de los comensales que fueron primeramente invitados. Alude al pueblo judío, al pueblo elegido y a los gentiles en la Iglesia habiendo rechazado al Mesías el pueblo elegido. Es evidente que alude a ese hecho, que fueron los primeros convidados.

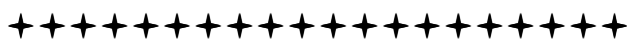
Hay una moraleja para todos nosotros, judíos o gentiles, para todo el mundo, para todos los hombres, que ante Dios no hay excusa que valga por justificada que sea; porque todo, absolutamente todo en el actuar humano público o privado debe encaminarse hacia Dios y si no es inútil, es pecado. De ahí la gran ira, la irritación, porque no hay excusa que valga ante Dios que nos ama, que nos invita a su banquete para que gocemos de El en el cielo y que nosotros estúpidamente, con razones que nos puedan parecer válidas, rechazamos el llamado de Dios, el llamado divino; nos disculpamos, "te ruego me des por disculpado porque tengo mucho trabajo, porque tengo una mujer, hijos, una familia, o lo que fuere; abandono a Dios por quehaceres humanos".

Por eso en primer lugar está Dios, hay que santificar los domingos, hay que preferir siempre en primer lugar a El y todo lo demás será válido y bueno si está encaminado a Dios y será mal y será pecado si no va encaminado a Dios. Y por eso termina y concluye este Evangelio que: "ninguno de los que fueron convidados ha de probar mi cena", aquellos que fueron invitados y que se excusaron, no gozarán del cielo. Debemos meditar; que no nos

acontezca a nosotros cuando por múltiples razones, aun valederas, dejamos a Dios en segundo puesto, para que ocupe al fin y al cabo el último; no demos a Dios esas excusas. Todo lo que hagamos debemos hacerlo encaminado a El.

Lo que se encamina a Dios en primer lugar es la salvación del alma, es el cumplimiento de la Ley de Dios por amor a Dios, como lo dice en la epístola San Juan, y que sea un verdadero amor que se refleje en el prójimo y no de palabra ni de boca, sino con obras, con hechos reales, que manifiesten y expresen esa caridad al prójimo por amor a Dios. Retengamos estas lecciones, porque somos muy dados, incluso los religiosos, los sacerdotes, no únicamente los fieles, todos somos dados por la fragilidad humana, por la superficialidad humana, por la falta de mortificación, nos dejamos quitar el tiempo que es para Dios; en vez de dedicar todo lo que hagamos para la mayor gloria de Dios, nos olvidamos de Dios, las preferimos a Dios y todas son excusas inválidas, excusa que es denegada, porque Dios es nuestro último fin y como fin último es nuestra felicidad, nuestra dicha. Y ¿qué hay ante eso?, ¿qué excusa válida puede haber ante nuestro último fin? Ninguna. Es lo que nos quiere demostrar el Evangelio de hoy de un modo patético con esta parábola.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos enseñe a corresponder como Ella, todo para Dios. Que no tengamos excusas. ¿Qué hubiera sido si Nuestra Señora se hubiera excusado en vez de dar el *fiat*, "hágase en mí según tu palabra"; y ni siquiera se atrevió a decir, "sí, yo quiero"; no, "hágase en mí según tu voluntad". ¡Qué respuesta afirmativa tan humilde, tan sumisa ante el Creador! Esa debe ser nuestra respuesta, humilde y sumisa ante la invitación de las bodas eternas, al banquete eterno que nos convida Dios Nuestro Señor. +



SOLEMNIDAD DEL SAGRADO CORAZÓN

22 de junio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Que en esta fiesta del Sagrado Corazón, la cual nos revela el amor que Nuestro Señor nos prodigó desde la Cruz, nos ayude a acercarnos más a ese misterio de amor que es la Redención: la salvación del alma.

Algunos padres o sacerdotes maristas, cordimarianos o del Sagrado Corazón, piensan ingenuamente que es una revelación que se hizo con [San Juan Eudes](#) y después con [Santa Margarita María Alacoque](#), que nos descubre los misterios de amor de Dios y de Nuestro Señor y que antes no se conocían. Es un error, porque el amor es esencial a la religión católica; otra cosa es que gracias a San Juan Eudes y a Santa Margarita, se recobró la memoria de este amor misericordioso de Nuestro Señor, dados los errores del Luteranismo, del Calvinismo, del Jansenismo, que hacían de la religión algo desprovisto de amor, donde la religión era miedo y no precisamente amor, parecido a lo que era en el Antiguo Testamento. Una manera de judaizar la religión católica, separándola o desproveyéndola del amor misericordioso de Nuestro Señor.

Así como Eva sale del costado de Adán, la Iglesia en la Cruz sale del costado de Nuestro Señor Jesucristo; por eso decimos que la Iglesia quedó constituida plenamente el día de la crucifixión, con lo cual la fiesta de hoy, del Sagrado Corazón, vendría también a ser la fiesta de la institución de la Iglesia en la Cruz, cuando Nuestro Señor fue atravesado por una lanza y de su corazón brotó sangre y agua y así, derramando hasta sus últimas gotas de sangre por nosotros, por su Iglesia Católica, Apostólica y Romana, fuera de la cual no hay salvación. Dogma que es negado incluso por la mayoría de los católicos y de los mismos sacerdotes.

Niegan este dogma fundamental con el ecumenismo, con la libertad religiosa y es algo esencial, nadie se puede salvar fuera de la Iglesia, fuera de Nuestro Señor Jesucristo, fuera de la Cruz y eso hoy no es proclamado por los católicos. Eso demuestra el deterioro de la fe que se va perdiendo.

Por eso la fiesta del Sagrado Corazón nos debe consolidar en la caridad, que esa caridad sea verdadera, caridad en la verdad. La caridad que no esté fundamentada en la verdad es falsa, es una falsa caridad, es un falso amor, porque la caridad y la verdad se identifican. Dios es la verdad y es la caridad, es el amor que llega en Nuestro Señor Jesucristo a crucificarse en la Cruz para salvarnos del infierno. Por eso no debemos olvidar que cada uno de nosotros tenemos un compromiso con nuestra alma: salvar nuestra alma. Esa alma inmortal que nos ha dado Dios y por la cual ha muerto Nuestro Señor en la Cruz, sufriendo lo indecible, lo imposible, lo impensable, lo inimaginable; de ahí que no debemos dejar derramar esa sangre inútilmente sino aprovecharla para que dé los frutos de salvación. Que no quede derramada inútilmente, como acontece con todos aquellos que rechazan el amor de Dios prefiriendo el infierno.

Pidamos a Nuestra Señora, la Virgen María, que nos ayude a comprender y a retribuir con nuestras vidas, con nuestros sacrificios, ese amor que Nuestro Señor Jesucristo nos prodigó desde la Cruz y ese amor que Dios nos tiene, por el solo hecho de habernos creado. Que retribuyamos con generosidad cuando llegue la hora del sufrimiento; que no se marchite nuestro corazón por falta de generosidad, sino que sepamos entregarnos a ese sufrimiento por amor de El, así como El se entregó. Eso es lo que nos enseña nuestra religión, aprender a sufrir por amor a Dios y a sufrir a nuestro prójimo y así santificarnos; por eso Nuestro Señor sufrió en la Cruz, por eso Nuestra Señora Corredentora sufrió al pie de la Cruz ofreciendo a su Hijo. Así nosotros también al pie de la Cruz debemos ofrecer nuestras vidas retribuyendo ese amor a Nuestro Señor. Que todas estas cosas se nos graben en el corazón con ocasión de esta fiesta y que nos ayuden a acercarnos más al amor misericordioso del Sagrado Corazón. +

+++++

LOS SANTOS APÓSTOLES PEDRO Y PABLO

29 de junio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Hoy conmemoramos la fiesta de San Pedro y San Pablo. El martirio de San Pedro y de San Pablo en Roma el mismo día. ¡Qué pérdida tan grande para la Iglesia!

Perder a San Pedro, el primer Papa, sobre quien Nuestro Señor funda la Iglesia, no por la persona privada de Pedro que era Simón hijo de Jonás Barjona sino por Petrus, cambiándole el nombre como piedra fundamental de ella, por haber confesado la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Es por la confesión de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo que Pedro es piedra y fundamento de la Iglesia; de ahí la necesidad de la confesión, de él no solamente como sumo pontífice con poder de atar y desatar en la tierra, sino también de todos nosotros como hijos de la Iglesia, la profesión de la fe. Y de fe sobrenatural, porque la misma profesión materialmente también la hizo Natanael, exacta, idénticamente y, sin embargo, no fue sobre él sino sobre Pedro. ¿Por qué? Porque Natanael lo hizo como una deducción de orden natural, como hijo adoptivo de Dios, pero no como el hijo de Dios, pues la confesión materialmente fue la misma. La una era por revelación de Dios, por vía divina, que fue la de Pedro, "eso no te lo ha revelado hombre ni carne alguna, sino mi Padre que está en los cielos". Mientras que a Natanael se lo reveló su propio ingenio, su propia deducción, naturalmente, no sobrenaturalmente, lo cual nos muestra que aun con la misma o parecidas fórmulas, si no es por el medio sobrenatural de la fe, no tiene el mismo valor.

En el mismo día, San Pedro, cabeza de la Iglesia, fundamento de la Iglesia, muere el primer Papa y muere el gran apóstol de los gentiles, que no era uno de los doce. En realidad apóstoles hubo trece, no doce, de los cuales uno fue un traidor y San Pablo, que fue el último, se convirtió, por así decirlo, en el primero, el primer apóstol de los gentiles, de las naciones, el gran perseguidor convertido en gran predicador. Y estas dos eminencias de la Iglesia naciente sucumben, mueren dando testimonio de Nuestro Señor el mismo día. Cuánta consternación no habría en la Iglesia, en la misma Roma, en los fieles, al ver que estos dos pilares morían el mismo día y, sin embargo, ellos sabían que "... las puertas del infierno no prevalecerán sobre la Iglesia". ¿Qué quiere decir eso? Que a pesar de las persecuciones, por atroces, crueles y sangrientas que sean, siempre quedará al fin y al cabo, vencedora la Iglesia. Y es por eso que la fe de aquellos fieles crecía en esa hora de prueba, del martirio de estos dos egregios personajes cuya fiesta celebramos hoy. San Pedro fue sepultado en la Colina Vaticana cerca del circo de Nerón y San Pablo fue sepultado cerca de donde fue decapitado en la vía Ostiense y el lugar es justamente donde se encuentra la Iglesia dedicada al apóstol.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos ayude a guardar el testimonio de la fe y que podamos perseverar en la fe de la Iglesia, en esa fe de San Pedro, en esa fe de San Pablo, esa fe que está siendo hoy adulterada, tergiversada, diluida como hoy se diluye todo, incluso la fe, se adultera todo. Los productos hoy día sufren una transformación en su sustancia y todo es "*light*"; lo mismo acontece con la fe, se la adultera en su sustancia convirtiéndola en una religión "*light*". Eso no puede ser; de ahí la necesidad de recordar los principios, el fundamento, no olvidar que la Iglesia se fundamenta sobre la fe y los sacramentos, que son la base, el sostén y de allí la confesión de Pedro, por la que es elegido y se convierte en el primer Papa. Y todos los Papas que le sucedieron en su gran mayoría fueron mártires en la Iglesia primitiva y todos santos sin interrupción hasta la condena de San Atanasio por Liberio. Este fue el primer Papa no santo por condenar injustamente al gran paladín de la fe, paladín del concilio de Nicea, que nos dejó en el Credo o símbolo Atanasiano lo esencial de la fe, que debemos recordar y tener presente para no sucumbir hoy

ante el ecumenismo que destruye y socava nuestra fe, la fe de la Iglesia Católica, por la cual murieron San Pedro y San Pablo y todos los mártires que hoy están en el cielo.

Y quién sabe si nos corresponda también a nosotros morir por lo mismo, si así Dios lo quiere, porque se avecinan tiempos cada vez más difíciles, tiempos eminentemente apocalípticos, de eso no hay duda. Quien dude de esto, está verdaderamente fuera del contexto histórico y religioso de la historia de la Iglesia y de los acontecimientos profetizados por las Sagradas Escrituras, por Dios mismo. Pidamos pues a Nuestra Señora que nos fortifique, que nos mantenga unidos en la misma y única profesión de fe, la fe de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana fuera de la cual no hay salvación. Que este sea el propósito, que ese sea el ejemplo que nos den los mártires en esta fiesta de San Pedro y San Pablo, dos pilares de la Iglesia primitiva que han derramado su sangre por proclamar su fe. +



FESTIVIDAD DE LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR

1 de julio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Este cuarto domingo después de Pentecostés coincide con la Festividad de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Fiesta que instituyó el papa Pío IX y que Pío XI la extendió a toda la Iglesia, solemnizándola; por tanto, prima sobre el domingo como fiesta de primera clase, reemplaza la Misa del domingo porque las fiestas de Nuestro Señor son las mismas que las del domingo en valor. ¿Y qué nos dice?

Nos recuerda la sangre de Nuestro Señor, su Sacrificio, su Muerte, su Pasión y nuestra Redención operada en la Cruz. Redimidos, rescatados, liberados de las garras del demonio, del infierno, de la condenación eterna del pecado. Por eso San Agustín decía que la humanidad era una humanidad condenada en ese sentido por la impronta del pecado, irremediable, irreparable, pero que eso nos mereció la intervención de Nuestro Señor y por eso él exclama: "¡Oh feliz culpa que nos diste tan grande Redentor!". A Nuestro Señor que nos redime en la Cruz y nosotros nos aplicamos esa Redención, sus frutos de salvación, asistiendo a la Misa.

Por eso no es lo mismo el Misterio de la Redención, que el Misterio de la Salvación. Y tampoco es lo mismo como acontece en la liturgia moderna, en la pseudoliturgia de una pseudoiglesia, de una pseudoreligión que quiere pasar como verdadera y equipara la Misa al Misterio Pascual y equipara la Redención al Misterio Pascual. Eso es un error. La Pascua, que es la Resurrección de Nuestro Señor, implica la muerte que tuvo Nuestro Señor en la Cruz; pero en la Santa Misa no se tiene simplemente simbolizada, o significada la Pascua, sino la muerte de Nuestro Señor en la Cruz y por lo mismo es un Sacrificio propiciatorio por nuestros pecados y no una simple conmemoración de lo que aconteció en la Cruz, de lo que le pasó a Nuestro Señor, como quería Lutero.

Con la Misa no anunciamos la Pascua, anunciamos la Muerte de Nuestro Señor y de modo indirecto la Resurrección. Directamente, evidentemente, objetivamente la Muerte y no la Resurrección. Entonces la Misa no es la conmemoración de la Pascua de Nuestro Señor y mucho menos la conmemoración de la Pascua del Antiguo Testamento de los judíos; eso es tergiversar, prostituir la Misa; eso fue lo mismo que hizo Lutero. Por eso para ellos es una cena, un ágape, pero no un sacrificio verdadero que se reactualiza, se renueva; se vuelve a hacer en cada Misa el mismo Sacrificio de la Cruz renovado incruentamente sobre el altar. La diferencia consiste en el modo: en la Santa Misa es incruento y en la Cruz fue cruento, hubo derramamiento de sangre.

Por lo mismo son esenciales las palabras en la consagración del cáliz que hacen alusión al derramamiento de la sangre de Nuestro Señor, porque fue a través de su Muerte y de esa separación, representada en la separación de la sangre de su cuerpo. La doble consagración significa la Muerte de Nuestro Señor, la significa y la realiza y esto hay que tenerlo presente, sin adulterar el significado de nuestra Redención, el significado de la Muerte de Nuestro Señor; debemos evitar que se confundan los términos.

Al confundir los términos se niegan las verdades esenciales definidas por el Concilio de Trento, porque detrás de todo esto hay herejía, y más que herejía hay una gran apostasía que muy pocos perciben. La mayoría de la gente, mucha de buena fe, sigue el error y por lo mismo hay que predicar la verdad para que si se está en el error de buena fe, oyendo la verdad se salga de él y eso es lo que en la misa de hoy se recuerda, nuestra Redención por el derramamiento de la Sangre, de la Muerte de Nuestro Señor en la Cruz para rescatarnos del infierno de la muerte eterna, de la separación eterna de Dios. Para que no odiamos a Dios sino que le amemos y eso es lo que quiere la Iglesia, que amemos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todo nuestro espíritu.

No es que el alma sea distinta al espíritu, como piensan los gnósticos, sino que nuestra alma es espiritual, porque las plantas y los animales tienen alma vegetativa, alma animal, pero nuestra alma no es vegetativa ni animal sino espiritual; es un alma racional y espiritual y por eso inteligente y libre para que con la inteligencia conozcamos a Dios y con la voluntad le amemos sobre todas las cosas. Ese es el primer mandamiento. Y demuestro ese amor cumpliendo al asistir al culto divino, al verdadero culto de Dios los domingos y no a una parodia de misa, una cuasi misa, una apariencia ya que no se define como lo que es, sino a la manera que la entienden los luteranos y los protestantes y esa no es nuestra fe.

Así que en esta fecha de la fiesta de la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor, nosotros, que bebemos de Ella cuando comulgamos, ya que en la Hostia, por concomitancia, está también la Sangre de Nuestro Señor, por eso no es necesario comulgar bajo las dos especies.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos beneficiemos de la Sangre de Nuestro Señor para que no sea derramada inútilmente y así salvar el alma y dar mayor gloria a Dios. +



SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

5 de julio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en este Evangelio la segunda multiplicación de los panes, es decir, que ya Nuestro Señor había multiplicado los panes en otra ocasión parecida. Se diferencian en el número de panes y de personas que comieron. Además de lo que recogieron de las sobras en canastos. Comparando estos dos milagros vemos que a menor cantidad de panes, mayor número de gente y mayor número de canastos con sobras, como para indicar que Nuestro Señor con menos materia difunde más el milagro que prodiga, en este caso el pan.

Pero como no sólo de pan vive el hombre; el pan multiplicado es la palabra de Dios y también Él mismo, que se multiplica en ese pan del cielo en la eucaristía, multiplicando su cuerpo a través de sus apóstoles, de sus sacerdotes; esa doble multiplicación, multiplicación de la palabra de Dios y multiplicación de su cuerpo en la Eucaristía. La Eucaristía no es la comunión, la Eucaristía es la Santa Misa, el sacrificio de la Santa Misa. La gente, al pensar en la Eucaristía, piensa en la comunión, y no es así, el sacramento de la Eucaristía es el que hace el sacerdote sobre el altar y la comunión no viene a ser sino el complemento de nuestra participación a esa Eucaristía, participando por la comunión. Por eso debemos tener sumo cuidado de no comulgar en cualquier misa, en cualquier Eucaristía que no me dé la garantía absoluta de la presencia real de Nuestro Señor; y aun así, no se puede comulgar aunque haya la presencia real en cualquier misa.

San Hermenegildo no comulgó de manos de un arriano aunque estaba realmente la presencia de Nuestro Señor allí. No se puede comulgar en una misa negra, no se puede comulgar en una misa protestantizada. La pureza del culto de la fe, no es cualquier culto, no es cualquier fe, tiene que ser un culto santo, propicio de la Iglesia; de ahí la gravedad de esa reforma litúrgica que afectó a la Santa Misa de un modo profundo, y más aún esa concepción que hay en la nueva que no corresponde absolutamente para nada con la concepción católica de la Eucaristía de la Santa Misa.

La Misa no es un simple memorial de la muerte de Nuestro Señor en la Cruz, es más esto. Es la reactualización, la realización de ese mismo sacrificio, de esa misma inmolación, de esa misma muerte bajo las especies sacramentales. No es puramente un símbolo, una imagen, sino que debajo de esa imagen, de ese símbolo, de esas apariencias o accidentes de pan y vino, están el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor, separado, inmolado. Por eso la doble consagración significa esa separación del cuerpo y de la sangre. Entonces, no es un puro símbolo como lo es para los protestantes y los modernistas. Así como la bandera es el símbolo de la patria, pero no es la patria.

En cambio, las especies de pan y de vino no son simplemente símbolos, contienen la sustancia del cuerpo y de la sangre de Nuestro Señor y por eso entonces está inmolado de modo incruento. Esa dimensión sacramental es la que en el fondo los protestantes y los modernistas no admiten; esa tercera dimensión, si lo podemos llamar así, en la que se conjugan el orden natural con el orden sobrenatural. Porque nuestros sacramentos son

signos que significan y producen aquello que significan, la gracia que significan. Eso no lo admiten los protestantes ni los modernistas, para ellos son signos no más, meros símbolos, pero no la realidad que ellos significan y producen. Los protestantes destruyen el sacramento, el orden sacramental, no habiendo para ellos sacramentos, simplemente símbolos, imágenes.

Y la nueva misa se define también para ellos como la conmemoración de la Pascua; esto es un error. La Pascua indica la Resurrección y la Misa significa la inmolación, la Pasión, la muerte; hemos sido redimidos por la Pasión de Nuestro Señor al derramar su sangre; otra cosa es que la resurrección implica la muerte, pero primeramente es la muerte y no la resurrección lo que se *realiza* en la Santa Misa. Menos todavía una Pascua como la del Antiguo Testamento, la Pascua de los judíos, eso no es lo mismo que la Santa Misa. O sea, figura de una figura, como todo en el Antiguo Testamento era una figura o prefiguración de la realidad que vendría, así que la Misa queda confinada a una figura del Antiguo Testamento que a su vez era figura de lo del Nuevo Testamento. Pero, ¿para dónde vamos? Para atrás como el cangrejo y por eso no es atrevido decir como opinión teológica personal, que está en cuestión la validez de la nueva misa ante quien quiera estudiar o debatir las cosas como se hacía en la Edad Media; por eso considero inválida la nueva misa, que teológicamente no tiene sustentación, no tiene fundamento teológico, por donde se la examine

Eso es lo que ha querido Satanás, deshacer, destruir aquello que lo derrotó y dejar relegado a una conmemoración figurativa de la Pascua, o a lo sumo de la muerte de Nuestro Señor, pero siempre un puro símbolo como hacía Lutero, mas no la reactualización, la renovación, la confección de esa inmolación sacramentalmente realizada sobre el altar y que hace que sea substancialmente el mismo sacrificio de la Cruz. Esto es lo que los protestantes no aceptan y por eso la nueva misa es protestantizante, por no decir herética; se puede sustentar que es herética basándose en la teología, en Santo Tomás, en la doctrina Católica, Apostólica y Romana. Por lo menos se debe tener presente que no se puede comulgar en cualquier misa si no da la garantía y que aunque haya presencia no se puede comulgar en cualquier rito, manoseando a Nuestro Señor, ultrajándolo y haciéndose partícipe de un ritual que no corresponde al espíritu católico; por lo menos eso.

Ese pan de vida que es Nuestro Señor mismo, que es su palabra, que es la que se multiplica, nos muestra a Nuestro Señor, cómo Él multiplica su palabra y su cuerpo en la iglesia por medios humildes y pobres. Entre menos panes más gente come y más sobras quedan, como para mostrar el no caer en la tentación de predicar la palabra por medios que la hacen infecunda como son la política, la riqueza y el poder. Aunque el poder y la política debieran ser católicos y las riquezas también, para favorecer la religión católica, la única verdadera y con derechos, la única que goza de la plena libertad.

Santos sacerdotes como el padre Emmanuel (1826-1903), en Mesnil Saint-Loup, Francia, que hizo resurgir toda una parroquia con el espíritu litúrgico renovando la fe en medio de una Francia apóstata por la Revolución francesa, y levantó una parroquia elevándola a esa santidad y todavía queda allí su fama. Decía él que es infructuoso a veces en la vida del católico y en la propagación de la fe en la Iglesia, invertir el orden que deben tener las cosas.

En primer lugar debe hacerse oración, en segundo lugar la predicación, y en tercero los sacramentos que se reciben después de estar bien dispuestos, adoctrinados con la predicación que surgía de la oración y no al revés. Por eso este pan multiplicado es la palabra de Dios, la palabra de Dios Nuestro Señor y también su cuerpo, que es el pan del cielo, el pan de vida, pero no se debe alterar el orden. Primero debe haber una oración que haga que la predicación surja y dé *efecto para* que comulguen, para que reciban los fieles los sacramentos y no sea infructuoso el oír la palabra conectada con el Espíritu de Dios, con el Espíritu Santo, para que sea una palabra de vida y no una palabra vana, hueca. Y para que esté en conexión con el Espíritu de Dios, tiene que estar entonces basada y fundamentada en la oración; no se puede adulterar ese orden ni cambiarlo, porque produce esos frutos de desolación que vemos hoy.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, que nos ayude a mantenernos firmes y fieles en el Espíritu de Dios, para que podamos así salvar nuestras almas y dar mayor gloria a Dios. +

+++++

SÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

22 de julio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en este Evangelio una advertencia rotunda y tajante, escalofriante, que nos hace Nuestro Señor. Que tengamos cuidado de los falsos profetas, los que tienen apariencia de ovejas pero son por dentro lobos rapaces. Esto no lo dice ninguna vieja chismosa, ningún cura furibundo, sino que lo dice, con toda ciencia, sabiduría y verdad, Nuestro Señor Jesucristo. Y ¿quiénes son esos falsos, mal llamados profetas?

Porque profetas hemos conocido en el Antiguo Testamento y la Iglesia se basa en esos profetas; luego no pueden ser ellos, y Santo Tomás nos dice que el último profeta fue San Juan Bautista. Cuando Nuestro Señor habla de los profetas no puede referirse a ninguno de ellos ni a profetas en el mismo sentido para el futuro, puesto que ya quedaba cerrada esa vía profética como fuente de la revelación católica, y Santo Tomás, interpretando este pasaje, dice que profetas son en la Iglesia los doctores y los prelados, es decir, los que tienen un lugar en la jerarquía de la Iglesia y que apacientan a las ovejas, a los feligreses. Profetas son los que predicán la doctrina de Dios a los fieles en la Iglesia; eso lo dice Santo Tomás.

Entonces ¿quiénes son los falsos profetas? Justamente, esos doctores y prelados de la Iglesia que no predicán la verdad, aquellos que no apacientan las ovejas. Y Santo Tomás dice que son falsos porque son mentirosos. Es decir, que Nuestro Señor apunta a los prelados, a los doctores en la Iglesia, a toda la jerarquía en la Iglesia que no cumpla con ese deber sacrosanto de profesar y enseñar únicamente la verdad, la fe, la religión católica, los dogmas de fe, y al no hacerlo son falsos profetas. Y peor aún, lobos rapaces con apariencia de ovejas, de corderos.

El cordero por antonomasia es Nuestro Señor; los que se presentan con apariencias de Nuestro Señor, con apariencias de santidad, de religiosidad, como dice Nuestro Señor, que estos falsos profetas no se presentarán ante el público como ateos, revolucionarios, o antirreligiosos, sino todo lo contrario, como hombres piadosos, santos, virtuosos. Es terrible pero es así, lo dice Nuestro Señor. Aparentarán, llevarán la piel de una oveja, pero por dentro, intrínsecamente son lobos rapaces, lobos que destruyen el rebaño, que pervierten el rebaño.

Dice también Santo Tomás que no son los simples herejes, es evidente que no son tampoco los mercenarios, aquellos prelados que procuran su propio provecho, su comodidad, los sanchopanzas que viven para comer y dormir bien a expensas de la Iglesia; y vaya que hay curas y obispos que se dedican a eso; lamentablemente, dice que no son ellos, porque a esos habrá que tolerarlos.

Dice definitivamente que son lobos de los cuales hay que huir, no tolerarlos, sino huir, porque el lobo come, destruye y el gran peligro es que no se presentan como son, sino con esa apariencia de santidad, como dice también monseñor Straubinger comentando este pasaje, esa apariencia de piedad y hace toda una descripción; eso es lo que engaña a las ovejas, porque si ellas vieran venir al lobo tal cual como es, saldrían huyendo; pero pasa todo lo contrario, piensan que es una hermana oveja y resulta que es el hermano lobo, y el hermano lobo es como en el cuento de Caperucita.

Parece mentira pero a eso se asemeja si queremos darle esa figura, para que se nos haga más patente eso que Nuestro Señor dice significar con esta advertencia para cada uno, tener cuidado con los falsos profetas. Su signo de distinción serán los frutos, los conoceréis por los frutos, los frutos son los hechos, las obras, la realidad, no son las intenciones ni la buena o mala voluntad y el buen o mal deseo, sino los hechos y contra los hechos no valen los argumentos. "Por sus frutos los conoceréis, el mal árbol no puede dar buenos frutos, ni el buen árbol malos frutos".

Nuestro Señor es muy concreto, no se va por las ramas, nos da una clara visión para que aprendamos a distinguir los falsos profetas, es decir, los doctores y prelados de la jerarquía de la Iglesia Católica -porque está hablando de la Iglesia-, que se convertirán en falsos profetas por no apacentar con la verdad que es Nuestro Señor Jesucristo, que es Dios, a las ovejas, a las almas; porque la verdad es la que nos salva, la que nos hace libres. Hay un compromiso con la verdad, esa actitud ante la verdad que debe ser el sostén con Dios y con todo; nuestra relación en el mundo con Dios y con las cosas es una relación de verdad y con Dios mucho más, puesto que es la verdad trascendental y es nuestra relación trascendental con Dios: Y cuando falla la religión es porque falla esa relación y los que no se convierten, es porque fallan en esa relación; no han escuchado el campanazo de la verdad, no han dejado que la verdad penetre en su corazón, o no la han seguido si es que la han escuchado, o no viven conforme a ella y de ahí el gran mal.

Esa veracidad se adultera, se tergiversa, se falsea por culpa de los falsos profetas, que no son cualquier *hereje*, sino que son los prelados, los doctores de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Eso lo dice Nuestro Señor, lo dice Santo Tomás, de los falsos doctores, cuyo

ejemplo, lamentablemente, de falseamiento, de adulteración, de corrupción de la verdad, lo vemos hoy más que nunca en esta crisis apocalíptica de estos últimos tiempos que nos toca vivir como purificación de la Iglesia.

Nuestro Señor insiste en que tengamos cuidado, "...no todo aquel que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos". Agrega Nuestro Señor, no solamente piel de oveja, apariencia de religioso, de bueno, de santo, de virtuoso, de *rezandero*, esto también se aplica a los protestantes que invocan "Señor, Señor" y los "aleluyas" y para arriba y para abajo, ¡no señor! Porque los frutos tienen que ser buenos y para entrar al cielo no basta decir "Señor", sino cumplir la voluntad de Dios; hacer la voluntad de Dios, las obras, porque no basta solamente con oír, conocer la verdad, sino que hay que ponerla en práctica; no basta decir "Señor, Señor", no basta decir "*totus tuus*" y dejar que la Iglesia se eclipse, se disgregue, se *degenere*. Decir Señor, Señor y dejar que esto se desmadre.

Y aquí corresponde tocar un punto delicado sin que quede la menor duda; al hablar así no se está en contra del Papa ni de Juan Pablo II ni de la jerarquía de la Iglesia, no sabemos qué pasa en el Vaticano, si hay impostores o no, si al Papa lo suplantán o no, pero lo que sí se sabe se ve por sus frutos y ningún Papa, ningún cardenal, ningún obispo puede negar la existencia del infierno, no se puede negar la exclusividad de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Esas son cosas que no puede negar ni Nuestro Señor Jesucristo volviendo a la tierra, ni un ángel del cielo, ni San Pablo, ni ningún apóstol, ni ningún Papa, entonces no estamos en contra del Papa. Soy más papista que el Papa, pero no podemos aceptar que el error circule en la Iglesia bajo el nombre, el peso y la autoridad del Sumo Pontífice, llámese Pablo VI, Juan XXIII o Juan Pablo II, o como quiera llamarse y que en el nombre de Su Santidad el Papa se deje circular el error.

Los frutos son los que hablan, los hechos. ¿Cuáles son los hechos? ¿De qué le vale a Juan Pablo II decir "*Totus tuus*, todo tuyo Señora" cuando deja desmadrar la Iglesia? Hay una grave responsabilidad de omisión por lo menos, no hace falta sumar herejías y errores que se digan o pronuncien, sino con lo mínimo, la omisión. ¿Qué pasa con un capitán que deje que el timonel haga lo que le venga en gana? No cumple con su deber y eso es grave, peor aún si llega a ser un falso profeta, un lobo rapaz vestido con piel de oveja.

Debemos tener cuidado, La Salette ya lo dijo: "Roma perderá la fe y será la sede del Anticristo". ¿Qué querrá decir, que habrá un impostor, que habrá un falso Papa, que habrá un verdadero Papa que caerá en la herejía y se convertirá en un falso profeta, en el pseudoprofeta del Apocalipsis? Eso no se sabe, pero lo que sí se sabe es que se debe tener cuidado en conocer bien los frutos y que no se avale el error y seguirlo porque se diga que viene del Vaticano, que viene de Su Santidad Juan Pablo II, porque no puede haber una contradicción con la verdad, con Dios. Por eso se ha dado en la Iglesia la infalibilidad al Papa y a todos los obispos en comunión con él, no para que profesen una nueva doctrina ni enseñen una nueva religión, sino para que digan públicamente la verdad que ha sido revelada y el depósito de la fe, para que expliciten, para que aclaren, para que hagan más lúcido eso que está contenido en el depósito de la fe de un modo implícito o no muy claro, pero no para inventarse otra nueva Iglesia, otra nueva religión.

Esto no es un invento, son los textos del mismo Vaticano I que lo dicen, y es Nuestro Señor en este Evangelio quien lo dice: "cuidado con los falsos profetas", con los falsos prelados que se pueden disfrazar de ovejas piadosas pero que son "lobos rapaces" y "no todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el reino de los cielos". No vamos a discutir lo que, como muchos dicen, pero "Juan Pablo II es piadoso"; mejor para él si es piadoso. Pero lo que no puede ser es que diga: "¡Señor, Señor!" y, teniendo la responsabilidad, deje que la Iglesia se *degenere* como se está degenerando en el orden de la fe, en el orden de la verdad, en el orden de la doctrina con sus repercusiones en el moral; que se degenere en una liturgia que vicia los sacramentos, en una teología que destruye el dogma. «No todo el que dice ¡Señor, Señor!». Hay que ver los frutos. Quede muy claro que no estamos en contra del Papa, estamos en contra de los falsos profetas a los cuales alude Nuestro Señor.

Defendemos el papado que es la roca sobre la cual está fundamentada la Iglesia; es la institución divina de la Iglesia, porque los Papas mueren, mientras que el papado permanece; es una distinción que hay que tener en cuenta y que hay que hacer para poder entender muchas cosas que a veces se nos hacen difíciles. De ahí la necesidad de estudiar, de leer para conocer nuestra doctrina, nuestra religión, para no volvernos protestantes, no ya saliendo de la Iglesia sino permaneciendo en ella. El católico modernista con buena voluntad es un protestante que se desconoce, piensa lo mismo que aquel que dice ser cristiano porque ellos a sí mismos no se dicen protestantes, sino que se dicen cristianos, usurpando este nombre.

Ayer asistimos a una conferencia dictada por el licenciado Luis Padilla, habló como no lo hubiera hecho ningún cura; habló del infierno, del mal, de la necesidad de convertirse, de la inminencia de los últimos tiempos, que recordaran que los judíos ya estaban en su patria desde el año 1948, que ya no estaban en la diáspora, y ese es un signo fundamental de los últimos tiempos. Habló también de la presencia de Nuestra Señora.

Por mi parte públicamente le reconocí que "como los sacerdotes no hablan y Nuestro Señor dijo que hablarían las piedras, por eso quizás un laico como usted dice lo que los curas debieran decir y no dicen". Pero claro, él, para no asustar a nadie, después de hablar del infierno, remitiéndose a Fátima, recordando lo que era el infierno, que era un lugar, que es un estado de separación del alma y un lugar, alguien le refuta que el Papa dice que no es un lugar sino un estado, y el pobre hombre, claro, cómo iba a decir en público algo que pudiera ir en contra de la imagen del Papa, tuvo que soslayar la cuestión diciendo que no, que él no dijo eso, que él afirmó que... y ahí salió como pudo.

Personalmente le recalqué que sí, que no pudo decirlo porque, claro, aquel que hable en contra de la autoridad del Papa enseguida ya es un excomulgado, un hereje, un desgraciado. Y no, no es así, el Papa tampoco puede abusar de su prestigio, de su autoridad, de su investidura para enseñar el error o por lo menos dejarlo circular como moneda corriente. Contra eso hay que declararse opositor, no contra la autoridad que representa o lo que es; ahora, si él es verdadero o falso, si es Papa o antipapa, eso no se sabe, si es un impostor o no, o si al verdadero lo tienen escondido por ahí como decían con respecto a Pablo VI, que el malo es quien aparece. Eso tampoco se puede saber y no importa en el fondo, porque lo que interesa son los hechos y nada más, y cuidado con la piel de oveja.

OCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

29 julio de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este Evangelio vemos la parábola del mayordomo infiel; parábola que tiene su dificultad sobre todo al alabar Nuestro Señor la acción de ese mayordomo y al decirnos a nosotros que ganemos amigos con las riquezas de iniquidad ¿Cuáles son esas riquezas que alaba Nuestro Señor? Esto nos lleva a la necesidad de meditar en las Escrituras, en las parábolas, para descifrar su contenido.

Es evidente que el mal en sí no es objeto de alabanza, ni el pecado ni el error, y si Nuestro Señor alaba en cierto modo al mayordomo infiel, del cual tenía malas noticias, que era dilapidador en su economato, es porque de algún modo hay algo bueno. No es que el mayordomo sea ladrón, porque el robo y la rapiña no se pueden alabar, es evidente que él como mayordomo podía, tenía facultad de condonar de algún modo las deudas que los acreedores a través de él habían contraído con el señor, contra el dueño; si no sería inválido que borrara cien y colocara cincuenta barriles, que borrara cien y colocara ochenta cargas de trigo; sería impugnabile esa escritura, o ese papel; luego se ve que tenía la facultad, de algún modo, de condonar o rebajar esa deuda.

Lo que Nuestro Señor alaba es la sagacidad, diríamos, la astucia o la malicia "indígena" con la cual este mayordomo actuó para no quedar en la calle ni tener que mendigar porque le daba vergüenza o tener que cavar la tierra porque no podía físicamente, y así de esta manera granjearse amigos después de ser despedido. Nuestro Señor alaba ese ingenio, esa astucia, en el buen sentido, para que la utilicemos y así ser más lúcidos que los hombres carnales que sólo piensan en este mundo; tener de qué vivir o subsistir y hacia lo cual dirigen toda su ingenio, toda su sagacidad y que la transportemos para ganarnos el cielo, la vida eterna. Que esa sagacidad que tienen los hijos de este mundo la tengamos los hijos de Dios, y que no seamos tontos, ni estúpidos ni imbéciles y dejemos perder el cielo sin aprovechar hábilmente las circunstancias, no para ganar el mundo, sino para ganar el cielo.

¡Hasta dónde llega Nuestro Señor para mostrarnos el camino eterno sin que lo perdamos!, abriendo las puertas a lo mal habido, al dinero, a las riquezas, a los bienes de iniquidad, no necesariamente por robo o rapiña, porque hay cosas mal habidas, mal obtenidas y que no obstante no son objeto de robo, ni de rapiña ni de hurto. Hay muchas cosas mal adquiridas por medios pecaminosos y el ejemplo más clásico es el de la prostitución y no es dinero robado, es justamente adquirido pero a través de un pecado; y cuántos otros ejemplos hay de dinero mal adquirido: toda la pornografía, el modelaje, los medios de comunicación, los anticonceptivos, las discotecas, las tabernas, a través de los cuales hacen dinero, pero es a base de un pecado y que no es precisamente el robo, como la misma droga y cuántos ejemplos más se podrían citar, pero se escapan.

Entonces todo ese dinero mal habido, mal adquirido a través de un pecado, de la corrupción de sí mismo, o de otros, también puede ser bien utilizado para ganar el cielo. Esa es la moraleja que quiere dejar Nuestro Señor, que aun con esas riquezas mal habidas, mal

adquiridas, sin ser robadas, se puede aun ganar el cielo si se utilizan, por ejemplo, haciendo limosna, ayudando al prójimo, haciendo obras de caridad y así borrar el pecado por el cual se ha obtenido, pecaminosa y malamente. Que quede claro, entonces, que lo que alaba Nuestro Señor en este mayordomo infiel es la sagacidad, para que los hijos de Dios sean iguales o más sagaces que los hijos de este mundo, para que no se peque de estupidez. A Nuestro Señor no le gusta la estupidez.

La estulticia es un pecado que viene de la lujuria. La estupidez, la estulticia, la bobería, la idiotéz. Y Dios sabe si en este mundo lleno de lujuria no existe también la estupidez por doquier conculcando la verdad y la sabiduría, la inteligencia, los dones del Espíritu Santo: sabiduría, entendimiento, ciencia, necesarios para mantenerse en la luz de la verdad, en el amor a la verdad para salvarse. Esa verdad que la Iglesia Católica, la religión católica, Nuestro Señor Jesucristo y no los falsos iluminados, los masones, los gnósticos, los brujos, sino la luz que da la Iglesia, la luz de la verdad sobrenatural, la luz de la fe que está hoy oscurecida en la Iglesia.

Gran tribulación, gran eclipse de Sol, de la verdad, de la luz. "*De labore solis*" -el eclipse de Sol-, lo testimonia la divisa que corresponde al actual pontificado de hoy según las profecías de San Malaquías. No es ningún invento personal pues la interpretación correcta es: el eclipse de Sol; basta con leer un poquito de latín, mirar en un diccionario de latín para ver cómo los romanos hacían o decían para significar el eclipse de la Luna y allí está diciendo *de labore lunae, solis* -el eclipse del Sol, el eclipse de la Luna- y no los trabajos de Sol, que no tiene ningún sentido, ningún contenido lógico que nos manifieste la realidad de algo, como estúpidamente circulan por doquier. Ese es un signo más de la falta de luz para la correcta interpretación.

No hay que pasar por ignorantes del abc latino, del latín, que es la lengua de la Iglesia, el oscurecimiento del Sol anunciado en las Escrituras. Eclipse de la Iglesia que nos ha correspondido vivir, porque la Iglesia²no irradia hoy la fe, no irradia ni por su moral ni por su doctrina ni por su fe. Al contrario, brilla por su ausencia, una decadencia atroz, falta de fe, falta de moral, falta de verdadera predicación, falta de amor a la verdad, verdadero pecado contra el Espíritu Santo, pecado contra el espíritu de verdad que es en Dios la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Ese espíritu de verdad no irradia hoy ni ilumina al mundo, ni brilla en la Iglesia, que está eclipsada, obnubilada, por sus malos pastores que se convierten así en los falsos profetas de los cuales Nuestro Señor nos advirtió con instancia suma que tuviéramos cuidado, porque no se presentan como lo que son, como lobos rapaces sino con piel de oveja, con apariencia de religiosidad, de santidad y de virtud, pero que son por dentro todo lo contrario. Es un hecho hoy, cuando la imagen de los sacerdotes y del clero es desastrosa. Es un escándalo permanente que hace perder la fe a la gente poco culta en las cosas de Dios; por ignorancia religiosa se convierten en carnada del protestantismo que invade a Colombia y al mundo, ese espíritu protestante. Vemos esta ciudad llena de sectas y los culpables de todo esto son los malos pastores que no predicán la verdad, que no cumplen con el deber de apacentar a las ovejas, dejándolas a merced del lobo.

² Suponemos que el autor se refiere a la iglesia conciliar. (Nota de la Administración del Sitio)

Tengamos presentes todas estas cosas y aprovechemos el ejemplo que nos da Nuestro Señor en la parábola de hoy, del mayordomo infiel, para que utilicemos sagazmente aun lo mal habido en beneficio de nuestra propia salvación ¡Hasta dónde llega la bondad y la misericordia de Dios!

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que interceda con su ayuda para ganar el cielo a través de su maternal intercesión en estos tiempos tan difíciles; que las almas se salven y no se condenen eternamente. +



NOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

5 de agosto de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este Evangelio vemos llorar a Nuestro Señor, llora ante lo que Él veía que le ocurriría a la ciudad santa, a Jerusalén, esa ciudad que Él tanto quería. Y nos puede asombrar el hecho de que un hombre llore, porque equivocadamente creemos que son únicamente las mujeres las que lloran, pero los hombres valientes también lloran, no quizá como las mujeres por fragilidad, por sentimentalismo, sino por una realidad dura y cruel. Realidad dura de lo que iba a acontecer a Jerusalén por no haber aceptado y reconocido al Mesías prometido, por no haber visto la presencia de Dios para abrirle sus puertas y, ante ese pecado, ante esa dureza del pueblo judío, Nuestro Señor con la ciencia que Él tenía y el don de ver tanto lo pasado como lo futuro, vio esa destrucción de la ciudad como castigo a la incredulidad del pueblo judío; la ciudad Santa, allí donde había el pueblo verdadero, único templo donde se adoraba verdaderamente a Dios en toda la tierra.

Por eso llora Nuestro Señor, con ese dolor, ese llanto de misericordia, de conmiseración por lo que luego aconteció con Vespasiano y Tito que destruyeron completamente la ciudad; del templo no quedó piedra sobre piedra y lo que queda del Muro de las Lamentaciones es la hondonada, como cuando alguien construye al borde de un precipicio y hace en ese borde un muro de contención, pero sobre la explanada no queda ni quedó piedra sobre piedra. Cumpliéndose literalmente lo anunciado por Nuestro Señor como castigo por no haber reconocido al Mesías, por eso lloró Nuestro Señor.

No podemos imaginar a las mujeres que se comieron a sus hijos para poder sobrevivir cuando Jerusalén fue sitiada por los romanos para obligarlos a rendirse o morir, durante meses en los cuales se agotaba el alimento, como se lee en la Historia de Flavio Josefo. Eso nos da una idea del horror de la situación como justo castigo por no haber reconocido a Nuestro Señor y eso le arrancó lágrimas de dolor, de conmiseración, de compasión ante esa dureza que caracteriza al pueblo elegido, los judíos, pueblo de dura cerviz.

El otro rasgo que también nos puede sorprender es la actitud de Nuestro Señor cuando entra al templo y con un látigo, a fuste limpio, sacude a esas alimañas, los ladrones que profanaban su templo convirtiéndolo en cueva de ladrones, en lugar de ser una casa de

oración. Esto que Nuestro Señor hace al comenzar y al finalizar su vida pública, esta es la segunda expulsión que nos relata San Lucas y que San Juan nos relata poco después de las bodas de Cana antes de iniciarse la vida pública de Nuestro Señor. No tengamos una imagen muy pueril de Nuestro Señor, muy boba, muy de mejillas coloradas, ojos azules y cara de niño bonito, no; Nuestro Señor es la virilidad; esas imágenes medio afeminadas no son la expresión de la virtud, de la virilidad, de la hombría de Nuestro Señor, por eso no nos debe sorprender ese gesto como de gladiador, de domador de leones con un látigo sacando a fuste del templo a esos personajes que se valían del templo para hacer negocios corrompiendo el lugar santo.

No tengo nada en contra del arte, pero éste debe expresar la realidad y desgraciadamente a los santos los pintan muy femeniles y afeminados, ellos no son señoritas de salón. San Juan el Bautista no era una caña que lleva el viento, para mostrarnos que era gente aguerrida, firme, viril y aun las mismas mujeres, la virilidad de Santa Teresa, o de una Santa Teresita que jamás se apoyó al respaldo de una silla por hacer mortificación; no nos dejemos engañar con esas imágenes todas coloreteadas que no expresan verdaderamente eso que los santos encarnaron y que desgraciadamente muchas veces, hasta los curas quieren imitar para parecer buenos, hablando suave como si fuesen niñas de quince años y de pura apariencia. Por eso no nos debe asombrar el gesto incluso violento de Nuestro Señor llorando, pero también por otro lado dando fuste; este es el celo que Él tiene por las cosas de Dios.

¡Qué no haría hoy! Nos sacaría a todos zumbando a latigazos por lo mal que anda el clero en la Iglesia, y los fieles que son los menos culpables porque siguen el mal ejemplo que dan los sacerdotes, los monjes, los preladados, la jerarquía; todo se deteriora, todo se corrompe, se convierten los templos en museos³

Dios destronado del altar para colocarlo en un rincón, son todas cosas que muestran el grado de deterioro que padece actualmente la religión y no nos damos cuenta.

Esa es la razón de nuestra existencia, mantener la pureza de la fe, de la religión, de la Iglesia, de la santidad, y que la Iglesia no se nos convierta en una cueva de ladrones, en un lugar de comercio, sino que sea el lugar santo, la casa de Dios, donde se reactualiza el santo sacrificio de la Misa, no una cena, un ágape, no la conmemoración de la Pascua, sino la renovación incruenta del sacrificio de Nuestro Señor en el Calvario producido sacramentalmente sobre el altar; y a eso comulgamos, no a un pedazo de pan, no a una galleta, sino al cuerpo y la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, presentes bajo la apariencia del pan y del vino, al cuerpo y la sangre de Nuestro Señor junto con su alma y divinidad.

Por lo mismo, no se puede comulgar de cualquier forma ni tampoco se lo recibe de cualquier modo, como quien reparte pan sino con un acto de adoración, de rodillas, en la boca, en estado de gracia, con el ayuno debido; y que recuerdo el ayuno, lo ha repetido monseñor Lefebvre, debe ser de tres horas y no de una, por respeto a Nuestro Señor; esa es la norma que nos debe regir. Otra cosa es que por excepción un día, por un descuido, el sacerdote permita una hora; nadie, después de haber comido, ha hecho la digestión en una

³ En Europa se pueden ver los grandes templos convertidos en museos donde incluso hay que pagar para entrar a ver la parte de donde están los tesoros, es decir, donde están las cosas pertenecientes al culto debido a Dios.

DÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

12 de agosto de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de hoy tenemos la parábola que Nuestro Señor dirige a esos hombres que se tenían a sí mismos por buenos creyéndose mejores que todos los demás; se tenían por muy religiosos. Es la parábola del fariseo y el publicano y que nos viene muy bien para que no cometamos el mismo pecado de soberbia religiosa.

Los fariseos eran la élite social y religiosa del pueblo judío, que encarnaba el ideal nacional en contra del helenismo y del dominio romano. Defendían, por decirlo así, el patrimonio del pueblo elegido, sintiéndose los sucesores del espíritu de los Macabeos quienes defendieron en un momento crucial el honor y la gloria de Dios, el culto verdadero, ante la profanación, y por esto murieron mártires cuando el emperador colocó una imagen, un ídolo, en el templo; pálida imagen de lo hecho en Asís con la imagen de Buda sobre el sagrario, de modo que si aquello fue profanación esto ya es apostasía.

Pues bien, los fariseos eran los guardianes del culto y de la religión, de las cosas de Dios y por eso se dedicaban a escudriñar las Escrituras y todo lo concerniente al culto. El publicano, un recaudador de impuestos, un "traidor" al servicio del César para recolectar los impuestos y así beneficiarse. Ser publicano entonces era lo más detestable que podían tener los judíos entre ellos y sin embargo, Nuestro Señor muestra que la oración del fariseo no es escuchada y la del publicano sí.

El fariseo que en apariencia era excelente, "gracias te doy"; qué cosa mejor que dar gracias a Dios, pero, "... porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros"; "ni como este miserable publicano", o "como esta rata", le faltaba decir. Sin embargo, Nuestro Señor mismo nos dice que no le escuchó; daba el diezmo (que eso es lo que de limosna eclesiástica por ley siempre se ha estipulado y que la Iglesia no ha urgido), o sea la décima parte o dividendos, o rentas que tenía, y ayunaba dos veces a la semana y no un ayuno mitigado, un ayuno a medias como el que hoy se hace y que ni aun así se cumple, porque nos cuesta no comer carne, hacer abstinencia, ayunar dos o tres veces al año, y es un ayuno mitigado por la debilidad nuestra. Antes el ayuno era riguroso: absolutamente nada durante todo el día, y dos veces por semana, es lo que hace el fariseo; aparentemente era muchísimo mejor que cualquiera de nosotros, qué ejemplo. Sin embargo, nada de eso le servía, su oración carecía de valor porque todas sus buenas acciones quedaban anuladas, sin valor sobrenatural por estar viciadas de soberbia, ¡la maldita soberbia! El maldito orgullo que todos llevamos dentro y peor, no cualquier soberbia, sino la peor soberbia que puede haber, la soberbia religiosa, la soberbia de los religiosos y de los fieles religiosos.

La palabra soberbia viene del latín *superbia*, *supra*, *creerse* por encima de los demás, mientras que humilde *humiltas*, *humus* del humus de la tierra, el humilde es aquel que se rebaja, que se siente poco, que se siente tierra porque venimos de la tierra, del limo de la tierra, del barro. Ese es nuestro origen material al cual Dios infunde el alma, y por eso la humildad es la verdad, reconocer lo que somos, criaturas hechas de barro, luego no tenemos

nada de qué enorgullecemos con respecto a los demás. Esa es la verdadera humildad y la verdadera oración: "Señor, soy un miserable pecador", sea rico o sea pobre, rey o basurero; "soy un miserable pecador", un hombre hecho de barro, de tierra. En cambio, el fariseo era soberbio religioso.

Esa soberbia religiosa la podemos tener todos nosotros y entre más religiosos peor aún, como en el clero; soberbia religiosa aun dentro del clero tradicionalista, y en los fieles; nosotros como tradicionalistas, en cierta forma como los fariseos detentores del verdadero culto, podríamos hacer esa comparación a muy justo título. Porque los fariseos no eran malos en su principio, degeneraron después; eso mismo nos puede acontecer a nosotros, grave peligro.

Dentro de la Tradición Dios ha permitido la caída terrible de sacerdotes y de fieles para que no nos enorgullezamos. Que si defendemos el verdadero culto y somos celosos de las cosas de Dios con santo celo, reconozcamos que no es por mérito propio sino que somos frágiles vasos de barro que guardan un tesoro, el tesoro de la liturgia, de la doctrina, de la fe, pero que somos barro; somos poca cosa, la verdad no nos pertenece. La verdad es para el bien común, como lo dice la epístola de hoy: la diversidad de espíritus, unos de profecía, otros de milagros, de doctrina, de interpretación, pero es el mismo espíritu para el bien común, para la verdad, no para que nos creamos los mejores, los santos; la verdad no está para que nos sirvamos nosotros de ella, sino para que sirvamos nosotros a la verdad.

Este es el pecado del fariseísmo religioso, convertir la religión en un medio de poder, de ambición de riquezas, de política; todo lo cual es costumbre en Colombia; politizar hasta la religión; ver la jerarquía de la Iglesia convertida al servicio de la política y peor, de la mala política, porque no sirve al bien común, y no es justa porque no tiene en cuenta los principios del Evangelio que deben iluminar y dirigir toda verdadera política y aún más aquella que se estime como una política católica.

De ahí que si yo me sirvo de la religión para tener poder, riqueza y prestigio, estoy cometiendo el pecado de la soberbia religiosa, del fariseo, sea rico o pobre, pues se puede ser pobre y soberbio. Aunque es mucho más fácil ser humilde siendo pobre, porque los mismos golpes de la vida nos hacen sentir que somos poca cosa y si tenemos resignación nos vamos por el camino de la humildad; en cambio es mucho más difícil ser humilde siendo rico, porque la riqueza me sitúa en un nivel superior, más difícil despegarme de esa riqueza, de utilizar esa riqueza para el bien común, por eso Nuestro Señor deliberadamente decidió vivir pobre y no rico en un palacio, para darnos el ejemplo. Lo que no quiere decir que ya en la pobreza sea humilde, porque puedo seguir siendo muy soberbio; así pues, si este país ha caído en la desgracia y aunque es un país potencialmente rico, somos pobres; aprovechemos esa penuria para despegarnos de cosas y así ayudamos en la humildad, sentirnos poca cosa.

Hay un cosa lamentable que debo decir, porque muchas veces la gente nueva que viene, se siente rechazada ya que los fieles más antiguos en vez de hacer un verdadero apostolado y explicarles, lo primero que hacen es mirarlos de arriba a abajo para ver quién es, qué hace éste, como si fuera publicano. No señor; y si viene mal vestido, con paciencia explicarle, que entre, que conozca, que vea, que si llegó aquí por pura curiosidad o por lo que fuera, Dios

escribe derecho sobre líneas torcidas; no cerrar la puerta, ese es el verdadero apostolado, la verdadera predicación. No olvidar que llevamos más de treinta años de errores y confusiones que se agravan y que no todos tienen la suerte de haberlo visto desde un principio, sin contar la gracia que se necesita. Entonces sepamos acoger a los demás y allá ellos si perseveran o no, pero que no sea nuestra actitud la que aleje a la gente para después quejarnos de que somos pocos.

Por muchos que seamos, siempre seremos pocos; por la misma situación de crisis, por el paganismo atroz del mundo; no nos hagamos ilusiones, nunca seremos multitud sino un pequeño rebaño fiel y en la medida que nos acerquemos al fin de los tiempos ese pequeño rebaño se irá reduciendo. "¿Acaso encontraré fe cuando vuelva?". Es lo que dice Nuestro Señor, y "Las puertas del infierno no prevalecerán". Dos afirmaciones aparentemente contradictorias; la Iglesia no será destruida, pero "¿cuando yo vuelva encontraré fe?". ¿Cómo es eso? Sencillamente: gran apostasía, un pequeño rebaño fiel, a eso se reducirá la Iglesia y por eso no prevalecerá el infierno sobre la Iglesia, porque la Iglesia no es una cuestión de números ni de cantidad, no es una democracia, no es la mitad más uno ni lo que piense el pueblo, ni el rey, ni nadie.

La Iglesia es Dios, su santa doctrina, la jerarquía que El instituyó y los fieles. Es más, decía San Agustín: "Allí donde haya un fiel, allí habrá Iglesia", y no importa que sea cura, obispo o un simple fiel, es decir, un bautizado que tenga la fe, allí estará la Iglesia. Y dice con mayor razón Nuestro Señor: "Allí donde dos o tres se reúnan en mi nombre, allí estaré yo, allí estará mi Iglesia". No interpretemos eso como definición de la Misa, porque una cosa es la presencia de Nuestro Señor, allí donde dos o tres estén reunidos en su nombre, y otra cosa es la presencia sacramental de Nuestro Señor en el tabernáculo, son dos cosas distintas.

Aunque estemos en la Tradición de la Iglesia, en medio de una apostasía como la que nos toca vivir, y aunque no sea evidente para todos y sí para nosotros, pues ¿qué es si no todo lo que hoy se vive en detrimento de la moral, de la fe, del culto, es decir, de la religión católica? Si bien se mira no queda ya nada en pie, nada es santo, nada es sagrado, todo profanado, la religión adulterada, del culto no quedan más que las formas, las cáscaras, no hay contenido. ¿Cuánta gente no va de buena fe a la nueva misa? Si es que rinde culto a Dios verdaderamente, si comulga, ¿estará comulgando a Nuestro Señor? No hay una mínima seguridad ni garantía de que esté rindiendo el verdadero culto a Dios, aun comulgando.

Y si nos atenemos a la definición de la Santa Misa que para ellos ya no es ni santa ni misa, ni tampoco un sacrificio, considerando que es simplemente un memorial, un recuerdo, y no el mismo sacrificio del calvario renovado sobre el altar sacramentalmente, pensando que es una reunión o conmemoración, como cuando yo festejo un cumpleaños: eso no es misa.

Y si consagro pensando que en la consagración no hay transubstanciación, no hay entonces la presencia real, no tengo la intención de la Iglesia. Todas estas cosas no me las garantiza la liturgia moderna, porque es una liturgia revolucionaria, contra la Tradición, y yo no puedo ir contra la Tradición sin caer por el mismo hecho en un cisma, en una ruptura. Hay un cisma en la Iglesia Católica, nos guste o no. No todo lo que se dice Iglesia Católica es católica; la Iglesia Católica no puede estar dividida. Entonces, quien separándose de la Tradición por

seguir la revolución, aunque piense que no está en estado de cisma y de ruptura con la Iglesia Católica, se divide. Esa es la teología, ser o no ser, otra cosa es que por ignorancia no me dé cuenta, sea o no sea culpable, esa es otra historia, si me doy cuenta o no, si tengo o no tengo la suficiente luz para ver las cosas como hay que verlas bajo la luz de la fe, sobrenaturalmente.

El simple hecho de oponerme a la Tradición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, crea un estado de cisma y ese estado de cisma quedó formal y objetivamente confirmado, cuando Pablo VI firmó todos los decretos del Concilio Vaticano II. Los errores del Vaticano II no son de interpretación, sino que son errores de principios, y un Papa no puede firmar, rubricar como Pontífice de la Iglesia Católica algo que en principio se oponga a la Tradición de la Iglesia: es inadmisibles. Eso debería estar claro después de más de treinta años, si no fue claro en su momento.

Lo lamentable es que esto no lo diga quien debiera decirlo, al menos los obispos, pues tienen la responsabilidad de apacientar el rebaño con la verdad y no pueden tolerar un estado de ruptura con la Tradición y no decirlo. Ya es hora de hablar claro -al pan, pan y al vino, vino- y que adoptemos una postura de verdad, de integridad y de fe delante de Dios, que la religión no es una cuestión de sentimientos y de pareceres; yo no voy a la iglesia para sentirme bien, yo voy a la iglesia por un acto de fe para adorar a Dios en espíritu y verdad. No se viene a Misa para cumplir con una rutina o para ser niños buenos. Asistamos a Misa en un acto de profesión de fe Católica, Apostólica y Romana de la única fe, de la fe sobrenatural, objetiva, y no de una fe subjetiva, sentimental, que nada tiene que ver con la adhesión de la inteligencia, movida por la voluntad bajo la acción de la gracia, a la verdad primera.

Pues bien, la Fraternidad enarbola la custodia de la Tradición y todos los que venimos aquí queremos mantenerla, pero no por eso somos mejores que los demás. Dios nos exigirá más en la medida en que nos dé mayores gracias y la cuota de cada uno es la fidelidad como respuesta a esa verdad y respuesta categórica. No es una respuesta a medias tintas, no es un "sí" con un "no" ni es un "no" con un "sí". "Sí sí, no no", hay una decantación y en esa decantación de la fe, en la respuesta y en la fidelidad está la prueba por la cual cada uno de nosotros pasa y por la que esta pasando la Iglesia en sus miembros, en sus fieles; ese prueba tan terrible de la cual Dios sacará un gran beneficio. Por eso permite el mal, porque como Él es todopoderoso, del mal puede hacer surgir el bien, como triunfo del bien sobre el mal; ese es el ejemplo que nos da Nuestro Señor en la Cruz, muriendo nos da ejemplo de vida, muriendo en la Cruz. De ahí la gran derrota del demonio, por derecho, porque todavía él sigue haciendo estragos hasta que Dios venga a ajustarle cuentas y por eso nosotros debemos aprovechar todas estas circunstancias y todos estos males.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, nos dé la humildad con esa oración del publicano. Que esta misma crisis sea un medio que Dios nos da para que nos santifiquemos y crezcamos en la fe. Dar verdadero testimonio de Dios con toda fidelidad y que esa fidelidad a la verdad, nos haga libres. "La verdad os hará libres", somos libres, no en la democracia sino en la verdad, y la verdad es la Santa Iglesia Católica, Apostólica y Romana, la verdad en Nuestro Señor Jesucristo, sintiéndonos como somos, pecadores, pero que llevamos un gran tesoro, el tesoro de la fe; dispuestos a defenderlo cueste lo que cueste sin caer en la soberbia

del fariseo creyéndonos mejores. Sea Nuestra Señora ejemplo de humildad a imitar, Ella, que se consideró la sirvienta, la sierva de Dios y fue enaltecida por su profunda humildad. Sigamos su ejemplo de humildad y seamos fieles a Dios y a su Santa Iglesia. +



ASUNCIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

15 de agosto de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En esta fecha la Iglesia Católica festeja el dogma solemnemente proclamado por el papa Pío XII en 1950. Dogma de la Asunción de Nuestra Señora en cuerpo y alma, al final de su vida terrena, sin determinar más, sino sencillamente, que Nuestra Señora después de su vida terrena fue asunta a los cielos en cuerpo y alma, es decir, gloriosa.

Hoy, pues, festejamos esa proclamación solemne del dogma de la traslación de Nuestra Señora resucitada en cuerpo glorioso al cielo y digo resucitada, porque si bien el Papa no quiso hablar en la definición si había resucitado o no, en la misma bula hace alusión a la muerte de Nuestra Señora, muerte que no debe sorprendernos. Aunque algunos teólogos dicen que no murió, pero otros, con Santo Tomás, dicen que murió no por causa del pecado, porque Ella era toda pulcra e inmaculada, sino para asociarse a la muerte de Nuestro Señor, que tampoco tuvo ningún pecado y, sin embargo, murió; y por ser Ella entonces corredentora al pie de la cruz, murió de amor, pero no sufrió corrupción.

Fue entonces una resurrección anticipada para ser glorificada en los cielos. Aunque esto de la muerte claramente no está definido, es una opinión teológica muy fundada y la más conveniente, pero quede claro que el mismo papa Pío XII sin comprometerse en definirlo, dice que los fieles no tenían inconveniente en admitir la muerte, para identificarse con Nuestro Señor que también murió y padeció por nosotros. De todos modos, con este dogma se proclama solemnemente la Asunción, la traslación de nuestra Señora en cuerpo glorioso, en cuerpo y alma a la gloria de los cielos.

No creamos que es un dogma nuevo; hay muchos dogmas en la Iglesia que se creen con verdadera fe sin ser proclamados solemnemente; ya esta verdad era creída, casi práctica y unánimemente desde el siglo VII y creída por haber sido enseñada por el Magisterio Ordinario Universal de la Iglesia quien también define dogmas pero no solemnemente. El Magisterio Ordinario de la Iglesia define, determina, por lo menos, el sentido y así se creen muchas verdades y esas verdades pueden ser solemnizadas con lói muías precisas y con una determinación más precisa que le acaba, que lo circunscribe, si podemos decir así, de una manera que no se pueda vulnerar ni mejorar. Hay otros dogmas que también se creen implícitamente, están contenidos en otros dogmas; el de la Asunción está contenido en el dogma de la plenitud de gracia⁴ que nos trae la Inmaculada Concepción, plena de gracia,

⁴ Esto unido a la bendición excepcional de la Virgen María que excluía la maldición de convertirse en tierra al ser bendecida entre todas las mujeres, implicaba ser preservada de la corrupción cadavérica por una resurrección anticipada y no convertirse su cuerpo en tierra.

llena de gracia. Al ser llena de gracia no podía tener Ella ninguna mancha que borrar, ni el pecado original ni ningún otro pecado actual, ni venial ni mortal. Y esa plenitud de gracia desde el primer instante de su Inmaculada Concepción es una gracia que nosotros no nos podemos imaginar.

Para tener una idea, pensemos que la gracia de todos los santos y de todos los ángeles no llega a la gracia inicial de Nuestra Señora en el momento de su concepción; y esa plenitud de gracia inicial, que después se acrecienta con la concepción del Verbo, cuando pronunció Ella su fiat y después se acrecentó más, cuando fue asunta a los cielos; entonces ya esa gracia inicial es mayor que la de todos los santos y todos los ángeles juntos.

Vemos entonces cuan horroroso es que los malditos protestantes nieguen esto, y digo malditos no por sus personas privadas, sino por el maldito y sacrilegio error de Satanás, que los tiene sujetos y obnubilados; pero lo digo para que se vea por contraste la perversión satánica del protestantismo y para que defendamos nuestra religión poniendo a la Santísima Virgen por delante, como un buen hijo que pone a su madre en alto y no se avergüenza de Ella como si fuese una mujer cualquiera. Esa plenitud de la gracia inicial que fue aumentando hasta la Asunción de Nuestra Señora es la consecuencia del privilegio de la maternidad divina, de la maternidad de Nuestra Señora; de ahí deriva por qué es la Madre de Dios, deriva toda la plenitud de gracia y de gloria que Ella tiene mucho más excelsa que la de todos los santos y todos los ángeles juntos y deriva, también, todo su poder. Por la grande y sencilla razón de que Ella es la criatura que Dios más amó y ama. Por todo esto y por ser la más amada de Dios es la privilegiada, y de ese privilegio que Ella tiene en su Inmaculada Concepción, de esa gloria que tiene en su Asunción, nosotros participamos en alguna medida como miembros de la Iglesia Católica, teniéndola a Ella por nuestra Madre.

Ella es la antítesis de Eva, y qué cosa curiosa, Eva al revés es ave, ¡Ave María! Es la antítesis. Eva fue maldecida y por eso volvió a la tierra, volvía al origen de su procedencia por el pecado, por la mancha. Nuestra Señora es la antítesis, es el culmen de las bendiciones. La maldición de Eva entraña la muerte, porque Dios hizo al hombre naturalmente defectible y por lo mismo mortal, aunque fue elevado a la inmortalidad. Perdió esa inmortalidad por el pecado original de Adán y Eva. Hay dos linajes, el de Eva: un linaje maldito; y el de la Santísima Virgen: un linaje bendecido. En el linaje de Ella, están todos aquellos que la reconocen como madre, que pertenecen al seno de la Iglesia y más aún, aquellos que se consagran a Ella, que rezan el rosario y que llevan el escapulario, que la veneran de un modo especial por esa plenitud de gracia, por esa exaltación, por esa bendición, y porque también está profetizado que Ella aplastaría la cabeza de Satanás y del linaje de Ella saldría Nuestro Señor que es Dios, que triunfa contra el mal.

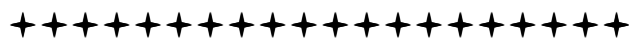
Por lo mismo la Iglesia, aunque sufra, es una Iglesia llena de esperanza aun en medio del sufrimiento, porque si la tenemos a Ella por Madre y somos de su linaje, vamos a ser odiados por el otro linaje antítesis de Ella. Los hijos de Eva, los que no reconocen a Nuestra Señora, no reconocen a Nuestro Señor, no reconocen a la Iglesia. Hay una enemistad hasta el fin de los tiempos, no nos extrañemos de que haya persecución, de que haya guerra religiosa, de que haya oposición; y no que ahora nos vengán a hacer bajar la guardia en el falso ecumenismo donde no hay enemigos, porque es mentira, el demonio existe, el mal existe y

los malos hijos existen y combaten a los buenos, a los del linaje de Nuestra Señora, como combatieron y mataron a Nuestro Señor.

No hay peor ignorancia que la de ignorar al enemigo, y no hay peor burla del enemigo, que la de hacernos creer que no existe; por eso Satanás ríe haciéndole creer al mundo moderno que no existe y es hoy más satánico que nunca; los juguetes de los niños son diabólicos, esas figuras monstruosas, esos dibujos animados en la televisión también monstruosos, inculturizando a los niños para que cuando vean volar a los demonios los tengan por sus ídolos y sus héroes. No entiendo cómo hay padres de familia que les compran un juguete monstruoso a sus hijos; realmente no se piensa, eso demuestra hasta qué punto se nos enseguece con la propaganda, el bombardeo, la desfiguración del arte, la destrucción de la realidad que Dios ha creado y eso viene del odio del infierno. Desgraciadamente los secuaces de carne y hueso, los hombres que no pertenecen y no quieren pertenecer al linaje de Nuestra Señora y que pertenecen así al linaje de Eva, maldecida, corrupta. Nuestra Señora es la antítesis y en Ella están todas las bendiciones.

"Bendita eres entre todas las mujeres". ¿Por qué esa bendición? Por ser la Madre de Dios, porque es "Bendito el fruto de tu vientre", que es Jesús, Dios. Así que hoy, con la Asunción, nosotros podemos proclamar con gozo, con regocijo, que tenemos una madre en el cielo, coronada en el cielo, venerada por todos los ángeles, omnipotente ante los ángeles, omnipotente por participación porque sólo Dios es omnipotente absoluto; pero a Ella por ser la Madre de Dios, Nuestro Señor le da todo ese poder de su gracia para que Ella sea el canal por el cual esas gracias nos lleguen, así como el agua nos llega a través del acueducto. Ella es así, el canal, el conducto por el cual nos llega esa agua pura del cielo, que nos salva y nos asemeja a Dios.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, ser sus verdaderos hijos, no como muchos que siguen falsas devociones, como lo dice San Luis María Grignon de Montfort, sino que seamos de los verdaderos y que podamos tenerle en nuestro corazón un altar privilegiado, para que Ella sea nuestro socorro y nuestro auxilio, sobre todo a la hora de nuestra muerte. +



UNDÉCIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

19 de agosto de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Escuchamos en esta parábola el relato del milagro que Nuestro Señor hace al sordomudo, lo cual está también consignado en el rito del bautismo, cuando recibimos la fe, imitando el sacerdote el gesto que hace Nuestro Señor con el sordomudo para que oiga y hable.

Vemos cómo Nuestro Señor no era un buscador de la fama, haciendo milagros para ganársela, como lo haría cualquier brujo de hoy, o cualquier charlatán. En consecuencia, Nuestro Señor lo lleva aparte, fuera del gentío, del tumulto y pide que no lo cuente, que no lo

diga a nadie; pero era en vano, porque entre más hacía esa recomendación, mas se divulgaba ese milagro que había sorprendido al pueblo. Y con este milagro del que la Iglesia toma parte para el rito del bautismo, Nuestro Señor quiere mostrar la génesis de la fe, el origen de la fe, cómo la fe entra por el oído, por la palabra de Dios.

Pero cómo van a tener fe si no oyen, y cómo van a oír si no predicán. De ahí la esencia de la predicación del Evangelio en manos de los apóstoles, de los obispos y de los sacerdotes como ministros auxiliares del obispo, que para eso están los obispos, para eso está la jerarquía de la Iglesia, para predicar la palabra de Dios que engendra la fe. Por tal motivo los predicadores de la Iglesia primitiva eran considerados padres de la Iglesia, porque engendraban en la fe, que no es primeramente algo natural, una creencia natural, tampoco es un sentimiento religioso natural que tengo en el fondo del corazón, no.

No es un sentimiento como pensaban los protestantes, un sentimiento vuelto confianza; ni como piensan los modernistas que es un sentimiento religioso del cual se tiene experiencia en el corazón, no. Tampoco es el sentimiento de la falsa beatería. Es una adhesión firme de la inteligencia a la verdad revelada. De ahí su importancia. Hay una relación de nuestro ser con la verdad. Por lo que Santo Tomás define el objeto de la fe diciendo que es la verdad primera, que es Dios, en cuanto Él es la verdad suma y primera. Esa adhesión *de* nuestro ser, de nuestra inteligencia a la verdad que es Dios *ventas* prima, a esa verdad primera de Dios, no natural sino sobrenatural, claro está, esa adhesión se opera por el movimiento de la voluntad guiado por la gracia, y es un misterio. Hay esa adhesión de la inteligencia a la verdad movida por la voluntad, pero por la gracia de Dios, y es un misterio.

Mas no porque sea un misterio vamos a tener un concepto erróneo, como el de los protestantes que confunden fe con confianza, que a lo sumo sería esperar, pero la esperanza sobrenatural es otra virtud; y tampoco se puede confundir con un falso sentimiento religioso que se experimenta en el fondo del corazón, sino que es una relación trascendental con Dios como verdad primera; ese es el objeto material de la fe. Y ¿por qué adherimos?, ¿cuál es el motivo formal por el cual adherimos? La autoridad misma de Dios que revela, que así lo dice, que así lo manifiesta verazmente, testimonio de Dios, en cuanto es veraz y sabemos que es sabio.

Hoy en día, cuánta gente al hablar de la fe manifiesta un concepto protestante, la pierde volviéndose ateo teórico o práctico, o indiferente; hace de la fe una cuestión de sentimiento y como cada uno tiene lo suyo, entonces cada uno tiene su fe y qué grave error es eso. Si desobjetivizamos la fe, ya no es la verdad Dios, no se puede olvidar esa relación trascendental con Dios como verdad primera, suma, a la cual adherimos movidos por la gracia; por eso es un don infuso, un don sobrenatural, es un regalo de Dios, que debemos conservar, mantenerlo siempre vivo, adhiriendo a Dios y creyendo en su palabra.

¿Y qué viene entonces a ser la Iglesia? La Iglesia viene a ser el criterio sin el cual no hay fe, viene a ser la condición sin la cual no hay fe; condición esencial para que haya la fe, pero no el motivo formal, que es Dios dando testimonio de sí mismo; ni el motivo material que viene a ser el objeto material que es Dios proponiéndose como la verdad primera sobrenatural y esa verdad primera incluye todos los misterios que atañen a Dios directamente: la Santísima

Trinidad, la Encarnación, todos los dogmas que se incluyen implícita y explícitamente en la Revelación. La Iglesia es como el faro, como la brújula, infalible de esa fe; el medio necesario por el que recibimos la fe, y por eso si se la rechaza no hay fe, no se tiene fe, no creemos a Dios que nos revela.

Y aquí hay también algo que aclarar: no se trata de la revelación externa simplemente contenida en la Tradición y en la Biblia, que eso sería condición también para que nuestra inteligencia, nuestro intelecto, conociendo suficientemente esa revelación externa hecha por Dios a la Iglesia, que nos la transmite infaliblemente y por eso es criterio, condición sin la cual, no obstante, debo reconocerlo, se debe adherir, asentir a esa palabra interior que se revela en mí. Entonces no es tanto la revelación exterior, el oído externo, sino el oído interno, reconocer en mi corazón, en lo profundo de mi alma que es Dios quien está diciendo "aquí estoy" . Por eso hay tanta gente que conoce la revelación externa y sin embargo no tiene fe.

Tenemos el ejemplo de San Pablo, que creyó en Nuestro Señor cuando Él le dijo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Y Saulo le responde: "Señor, ¿qué quieres de mí?". Esa es la respuesta interna, íntima, interior, de aceptación, de adhesión a la autoridad, al testimonio, a la palabra de Dios, que es Él quien me está diciendo: "Soy Yo, ¿crees en mí?". La otra respuesta es el rechazo, se cierra la puerta y no se quiere oír. ¡Maldito sea, entonces! Por eso la gente se condena, rechaza a Dios y hay que ver cuántos tienen bien trancado su corazón.

De ahí el misterio y la gracia de que nosotros tengamos la fe y que no la perdamos, que reconozcamos ese tesoro, que se mantenga en nuestro corazón, en nuestra inteligencia, esa verdad revelada y ese testimonio a la palabra de Dios y si no lo conservamos, en vano habremos creído, como dice San Pablo. Gran drama de la hora presente, en que no hay fe, en que la jerarquía de la Iglesia no profesa la fe Católica, Apostólica y Romana; sencillamente no hay profesión de la fe, ni conservación ni custodia de la misma, porque para eso creó Nuestro Señor a la Iglesia, para que ese tesoro sea guardado, custodiado, defendido y profesado por la Iglesia, para que la Iglesia nos instruya en la fe, la proponga suficientemente y se adhiera a la autoridad divina de Dios.

Hay una verdadera claudicación de la jerarquía en esta misión sacrosanta de custodiar y conservar para transmitir infaliblemente la verdad revelada, y esto ha sido posible solamente por un misterio de iniquidad digno de los últimos tiempos, próximos a la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Ese solo hecho basta para mostrar los tiempos apocalípticos que se viven, sin saber si serán de corta o larga duración, pero que son apocalípticos a la luz de la fe, y de otro modo no se entiende, ni se acepta ni se tiene el espíritu de combate contra el error. Por eso, la claudicación de aquellos que debieran defender la verdad, porque no están a tono con los signos de los tiempos, porque en definitiva, y da vergüenza decirlo, no saben dónde están parados, perdieron el horizonte, el norte, la brújula, no saben, ¡qué ignorancia!

Son culpables, porque se tendría que saber, porque todo está por suceder, todo está profetizado, lo que pasa es que hay que saber, primero creer y ver, pero hoy ya ni se ve ni se cree y he ahí el drama de la pérdida de fe, hasta que culmine la gran apostasía anunciada por nuestro Señor: "Cuando venga, ¿acaso encontraré fe sobre la tierra?".

Y en esa fe conservada en pocos corazones representando la verdadera Iglesia de Dios, dispersa por el mundo, en esas pocas almas fieles a Dios, allí estarán el testimonio y la visión y el verdadero amor a Nuestro Señor; de ahí la importancia de esa fidelidad, de pertenecer a esa Iglesia reducida a un pequeño rebaño. Lo estamos viendo hoy cada vez más. ¿Qué es la Tradición? Un pequeño rebaño de fieles perseguidos, tildados de lo peor, excomulgados como rebeldes.

Pidamos a Nuestra Señora su intercesión para permanecer siempre fieles a Cristo. +

+++++

FIESTA DEL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA

15 de agosto de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En esta fiesta del Inmaculado Corazón de María, instituida por el papa Pío XII en plena guerra, después de consagrar la humanidad al Inmaculado Corazón, quiso que en la Octava después de la fiesta de la Asunción se celebrase la fiesta del Inmaculado Corazón de María.

La devoción al Inmaculado Corazón de María, como nosotros sabemos según San Juan Eudes, es la misma devoción al Sagrado Corazón de Jesús; son dos devociones que expresan una misma realidad, el amor de Nuestro Señor por nosotros y el amor de Nuestra Señora que ama a su Hijo y nos ama a nosotros como a hijos suyos también. Lo vemos en el Evangelio de San Juan: Ella es recibida por San Juan como Madre y Ella recibe a San Juan y a todos nosotros como hijos suyos. Claro está, aquí quiero hacer una observación, y es que no hay por qué enmendarle la plana al Ave María agregando "Madre nuestra", también como en otras ocasiones lo he mencionado y, es más, cuando digo una cosa e insisto en ella, me baso teológicamente para decirlo, con lo cual no importa que cualquier otro padre o cualquier otro obispo así lo diga, porque así pierde, por no seguir la teología de la Iglesia. Me refiero a que no se dice "por nosotros **los** pecadores", porque los pecadores no son **los** unos como si **los** otros no lo fueran, es un artículo relativo y aquí no hay ninguna relatividad; todos sin excepción somos pecadores, entonces no son los pecadores y los no pecadores. Sin agregarle además "Señora", porque en latín no decimos en el Ave María "dómina", son colombianismos, mejicanismos, argentinismos, que se le agregan.

Entonces ciñámonos a la liturgia romana. Lo mismo ocurre en el Padrenuestro, le colocan un "Señor" donde no lo lleva, entonces las personas que dirigen el Rosario, por favor no cometan esos errores, porque quienes vienen por primera vez lo aprenden mal y eso es lamentable; en el colegio las profesoras no han podido aprender, porque el sacerdote anterior les enseñó así y el anterior también, y se termina por no decirles más porque da pena, pues no entienden, pero en esta capilla sí deben entender y espero que se entienda que no es un capricho, es por una concesión que se convierte en error teológico introducido por agregar artículos que no hay y una palabra puede convertirse en un error.

En la Iglesia es así: una simple "y" (en latín "*que*") en el "*Filioque*" que no admiten los ortodoxos constituye una herejía, una "i" de más que se le agrega al *homoiousios*, en vez de *homoousios* en griego, la herejía de Arrio. Ni una iota. No quiere decir que no sea verdad que es Madre nuestra, es muy Madre nuestra como ya lo acabamos de ver en el Evangelio; es entonces Madre nuestra, pero si les vamos a agregar a las oraciones todas las verdades, no acabaríamos nunca. También en otras oraciones como la Salve. En el Credo agregamos un segundo credo, "creo en Dios Padre y creo en Jesucristo", etcétera. Nos acostumbramos a agregarle y por eso cuando nos cambian en el Padrenuestro "deudas" por "ofensas", por esa mala costumbre nos tragamos el cuento.

Nuestra Señora, primera garantía de salvación. La epístola de esta fiesta, tomada de uno de los libros Sapienciales, el Eclesiástico, y que la Iglesia le aplica a Nuestra Señora, como a Madre de la Sabiduría, que es Nuestro Señor, la Sabiduría Eterna, increada; y Ella, Madre de Dios, Madre de la Sabiduría Eterna, Madre de Nuestro Señor Jesucristo, predestinada desde toda eternidad, *ab initio, ante ómnia saécula*. En todos esos pasajes que parecieran ininteligibles, que no se entienden si no los situamos dentro de la predestinación, *ab aeterno*, de la Santísima Virgen en el mismo decreto de la Encarnación, en el mismo decreto que desde toda la eternidad Dios promulgó, para que el Verbo se hiciera carne; en ese mismo decreto promulgó que nuestra Señora sería la Madre de Dios y de esa predestinación brota toda la gloria y todo el honor de Nuestra Señora, por ser la predestinada desde siempre a ser la Madre de Dios y de ahí todos los privilegios, por su maternidad divina.

De ahí todo su poderío, todo su señorío, toda su realeza y el triunfo bajo la impronta de su Inmaculado Corazón; de ahí tantas promesas en ese triunfo muchas veces malinterpretado, malentendido, mal situado. Bástenos por lo menos saber sobre todo en la hora presente, que después de todo esto, de esta apostasía, de esta pérdida de la fe, de esta pasión de la Iglesia, tendrá lugar el triunfo del Inmaculado Corazón, que no forma sino el mismo y único triunfo de Nuestro Señor Jesucristo.

Todo colabora al bien de aquellos que Dios ama, esta es la importancia de ser, de pertenecer a aquellos que Dios ama y todos somos amados de Dios, el problema está en que nos excluimos de ese amor divino voluntariamente y por eso se forman dos bandos, dos genealogías, dos razas: la raza de los benditos en Nuestra Señora y la raza de los malditos en Eva y la serpiente. De ahí viene el odio irreconciliable y por eso es un signo, como decía San Luis María Grignón de Montfort, un signo de la predestinación el que nosotros veneremos a Nuestra Señora, seamos sus fieles y verdaderos devotos, porque hay infieles y falsos devotos. Siendo entonces de sus fieles y verdaderos devotos pertenecer a esa raza de los hijos de María y tener así la garantía de nuestra Salvación.

No es, por tanto, una devoción más o que yo le rece a San Pedro, o a San Juan, o a San Pablo, o al Santo que más me guste, porque Nuestra Señora está por encima de todos los santos y ángeles del cielo, está al lado de Dios y es nuestro escudo, nuestra abogada y nuestra protectora y bajo todos esos títulos tenemos que invocarla para que Ella aplaste a la serpiente, la cabeza de Satanás.

explicitación para todos de lo que en el Antiguo no era para todos sino para unos pocos, puesto que el pueblo no estaba suficientemente preparado; era rudo y de difícil condición y así, entonces, se tergiversarían esos dogmas que no eran del conocimiento público y explícito para todos. Pues tan duros eran, que en cuarenta días de ausencia de Moisés los encontró adorando al becerro de oro; el mismo becerro que simboliza el espíritu judaico que anima al judaísmo y que debemos tener cuidado de no caer en él y resultar adorando el becerro de oro, el dinero; ambicionando el poder y las riquezas y las glorias de este mundo y no la gloria de Dios.

Por eso Nuestro Señor les decía con estas palabras que eran privilegiados, que somos privilegiados, porque hemos visto a Nuestro Señor, le hemos oído; en cambio ellos no, lo desearon pero no podían verlo ni oírlo.

Sale al paso un doctor de la ley, un perito en la ley, y le pregunta a Nuestro Señor qué tenía que hacer para salvarse y Nuestro Señor le responde con otra pregunta: ¿Qué está escrito en la ley? Y aquel responde magistralmente como doctor que era: "Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu corazón, con todo tu espíritu" (no es que el alma sea distinta al espíritu, sirio que es el alma espiritual, porque los animales también tienen alma, que es el principio de vida pero no es espiritual, es un alma material y por eso no son inmortales como es inmortal el alma del hombre. Los vegetales tienen alma vegetal y los animales alma animal y nosotros tenemos alma espiritual y por lo mismo inmortal).

Que adoremos entonces a Dios con todo nuestro ser y amemos al prójimo como a nosotros mismos, en eso se resumen los diez mandamientos de la Ley de Dios, pero este doctor, como buen judío y fariseo que conocía las Escrituras, las que no solamente hace falta conocerlas, sino interpretarlas rectamente, la destruía porque tenía un concepto errado de lo que era el prójimo, "¿y quién es mi prójimo?" . Porque para ellos el prójimo era sólo la familia, los amigos, los allegados, los conocidos y los seres queridos; pero el resto, los demás, no; esos no son mi prójimo y no me importan. Así entonces, aun con el conocimiento de esa ley de amor la destruían por no tener de ésta una correcta interpretación.

Por eso Nuestro Señor le quiere mostrar que el prójimo es todo hombre con el que yo me encuentre en esta vida, y le relata el caso del hombre que es asaltado y lo dejan medio muerto en el camino y por allí pasa un sacerdote que debiera ser el primero en reconocer allí a su prójimo y sigue de largo; pasa también un levita y sigue de largo y un "maldito" samaritano, como eran considerados los samaritanos para los judíos, que no eran judíos, ya que el concepto de "judío" viene desde la división de las diez tribus del norte, Samaria incluida, con las dos del sur, de Judá. De allí viene el nombre de judíos y samaritanos, los que fueron pisoteados y llevados al exilio y por eso los judíos los consideraban como réprobos, pero eran la misma Israel de Dios y, sin embargo, los consideraban como a lo peor.

Y este buen samaritano se compadece, lo ayuda, lo cura, lo lleva a la posada, le ofrece todo el auxilio que necesita y Nuestro Señor le pregunta: "¿Quién de éstos crees que fue el verdadero prójimo?". Y el doctor le responde: "El hombre que le ayudó". A lo cual agregó Jesús: "Bueno, ve y haz tú otro tanto". Hagamos nosotros otro tanto. Mi prójimo no es solamente mi familia, mis hermanos, mis seres queridos, o mis amigos, dice Jesús; sino todo

hombre con el cual yo me tope y que esté en necesidad, que necesite de mí y que yo le pueda ayudar, a eso me lleva el amor al prójimo sin el cual no hay el verdadero amor a Dios; el amor a Dios se manifiesta en ese amor al prójimo que es su efecto y por eso no hay mayor expresión de amor que dar la vida por los demás, por la verdad, por Dios.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, conservar ese amor a Dios y al prójimo en nuestros corazones para estar en condiciones de corresponder al amor que Dios nos tiene. +



NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

24 de septiembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

La Providencia ha querido que en este día de la Patrona de Barcelona, Nuestra Señora de La Merced, redentora de cautivos, me haya correspondido ofrecer esta Misa estando de paso por España y tener la ocasión de verlos y hablarles recordando viejos tiempos cuando estaba por aquí, en Barcelona.

Vemos cómo Nuestra Señora siempre es quien nos ayuda, nos acoge en las horas difíciles. La advocación de Nuestra Señora de La Merced surgió milagrosamente con una aparición o revelación que hizo a Jaime el Conquistador, Rey de Aragón, a Pedro Nolasco y a Raymundo de Peñafort, para que hiciesen una orden en pro de los cautivos, de los católicos rehenes del Islam. Manifestando por los cautivos en España, en Andalucía y sobre todo en África, ese interés, esa compasión que tiene Nuestra Señora por sus hijos, y así recordarlo en estos momentos difíciles tanto en el mundo como en la Iglesia y más aún en la Iglesia. Pues es a Ella a quien tenemos que recurrir y es Ella quien nos va a proteger de todos los males, en tiempos que verdaderamente son apocalípticos. Aunque esa palabra incluso a muchos sacerdotes no les gusta, pero estos tiempos son apocalípticos.

Transitamos por el camino que Ella desde hace más de cien años ha comenzado a señalar, esta época decadente por desgracia, que culminará con el advenimiento del Anticristo. Y es también la gran esperanza de la segunda venida de Nuestro Señor, en La Salette, en Fátima, en Siracusa, donde no hace más que llorar. La primera aparición de la Medalla Milagrosa, en Lourdes, para hablar solamente de las apariciones reconocidas por la Iglesia, ese famoso tercer secreto de Fátima que no se ha querido revelar, pero que apunta a lo que está sucediendo hoy, en consonancia con La Salette.

La pérdida de la fe es peor que una tercera guerra mundial, es mucho peor; la pérdida de la fe es el desastre espiritual más grande que pueda acontecer, la gran apostasía que nosotros de algún modo estamos viviendo y que culminará con la aparición del Anticristo, previamente preparado el ámbito religioso por la bestia de la tierra, que simboliza la religión y el poder religioso que le prepara una falsa religión, una pseudo o falsa Iglesia, para que así, cuando la bestia del mar, que simboliza el poder político se entronice y se haga adorar en el templo de Dios como si fuese Dios. Hacia eso vamos, hacia eso todo se encamina; aunque el

mundo no sea consciente ni se dé cuenta, vivimos la impiedad más atroz donde se conculcan los sacrosantos derechos de Dios y de la Santa Madre Iglesia.

Los mismos católicos que se dicen católicos pero que no lo son, aunque se creen católicos por ser bautizados, no profesan los dogmas esenciales que fundamentan la religión. De hecho, son muy pocos los católicos que afirman que la única religión verdadera es la católica y que fuera de la religión católica no hay salvación. Pero no solamente los fieles, aun la misma jerarquía de la Iglesia con el ecumenismo y la libertad religiosa, pregonan lo contrario. ¿Qué queda entonces de la Iglesia? Si se desconocen esas verdades y otras tantas, que sería una letanía sin acabar de enumerar errores tras errores en materia de fe, es porque no se profesa la fe.

Solamente resta un pequeño rebaño, quien se mantiene, como nosotros, fieles a la Tradición de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, que conserva la Misa tridentina, la Misa de San Pío V, la Misa romana, la verdadera Misa romana del misal romano; por eso nosotros somos más romanos que todos los demás juntos, mientras la gran mayoría ha dejado a un lado la sacrosanta Misa, para tener una nueva conforme a los tiempos, conforme al mundo moderno, al ecumenismo, para que todos se unan sin dogmas que dividan. He ahí el grave error de la unión de los hombres sin Dios, del falso ecumenismo.

Porque lo que nos divide del resto de los hombres es la fe, la fe en Nuestro Señor, la fe en Dios Uno y Trino; no es el mismo Dios que el de los musulmanes, que el de los judíos, el de los budistas y el nuestro, el de la Iglesia Católica.

Dios es Uno, pero ellos no tienen ese conocimiento sobrenatural de Dios Uno y Trino. He ahí el gran error, la gran confusión de hacer creer que cada uno se puede salvar en cualquier religión que siga conforme a la libertad de la persona humana y los dictámenes de su conciencia; eso es un grave error.

Otra cosa es pecar de ignorancia, de buena voluntad, eso solamente lo sabe Dios, que no niega a nadie la gracia necesaria para salvarse, pero una cosa muy diferente es decir que yo me pueda salvar en cualquier religión, como si fuera lo mismo. Y así, entonces, se nos persigue a todos aquellos que queremos permanecer en pie, al punto que se nos quiere hacer desaparecer y por eso Roma, la Roma modernista, no la Roma católica, la Roma tradicional, no la Roma de siempre sino la modernista como una mala mujer, como la gran meretriz escarlata que cabalga sobre la bestia, que es la religión corrompida y que bebe del cáliz de la sangre de los mártires, se aprovecha de la santidad de la Iglesia, y de los mártires en beneficio propio para prostituir la religión de aquellos que son fieles.

Esa es la intención de querer absorbernos y hacernos desaparecer, porque mal que bien y aunque pocos, si nos mantenemos unidos y firmes en la fe estando con Dios y la Santísima Virgen, nada debemos temer. De ahí la importancia de esa cohesión, de esa firmeza en la fe para ser una antorcha, un faro en medio de las tinieblas, de la oscuridad, de la confusión, del error, de la apostasía; dar esa luz de fe y de esperanza, manteniéndonos firmes en la fe, porque sabemos que el demonio gira a nuestro alrededor como un león rugiente buscando a quién devorar; y por eso nuestra garantía está en recurrir a Nuestra Señora, Nuestra Señora

de La Merced, de la gracia, para que Ella nos proteja mucho más que a esos pobres cautivos oprimidos por el Islam y mucho más, porque ahora todo el que se diga católico es un cautivo en medio de este mundo que trata de corromperlo y degenerarlo para que pierda su fe y se vuelva un pagano más, aunque con el título de católico, pero simplemente de palabra, porque está vacío de todo contenido sobrenatural.

Y desgraciadamente en eso se ha convertido oficialmente la Iglesia Católica, en una apariencia oficialmente, porque la verdadera Iglesia será siempre fiel a Cristo, fiel a Nuestro Señor. No nos olvidemos que Nuestro Señor ya lo dijo: "Cuando vuelva, ¿acaso encontraré fe sobre la tierra?". Y San Lucas, al referirse a la Iglesia habla de un pequeño rebaño; por tanto, no nos asombremos de que la verdadera Iglesia sea reducida a una mínima expresión y que lo que veamos oficialmente sea una mera apariencia que ha caído en manos de Satanás por haber perdido la fe; y que por eso quieren homologarnos, quieren absorbernos, para que nosotros también perdamos la fe y nos dejemos arrastrar por el error; y el error en materia de fe no solamente es herejía sino que es una verdadera apostasía, como lamentablemente es hoy.

Así pues, recurramos con esa fe a Nuestra Madre del cielo, a la Santísima Virgen, a la protectora de cautivos para que Ella nos proteja y proteja también esta ciudad de la cual Ella es la Santa Patrona. +



DECIMOSÉPTIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

30 de septiembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en este Evangelio la permanente dialéctica, la permanente disputa entre la elite religiosa del pueblo elegido, los doctores de la Ley y Nuestro Señor. Cómo estos doctores siempre estaban al asecho buscando a través de preguntas capciosas argumentos para apresarlo. Este doctor de la Ley le pregunta a Nuestro Señor para tentarlo, cuál es el mandamiento más importante. Y nuestro Señor le responde: "¿Qué está escrito en la Ley?". Este hombre, que conocía muy bien la Ley como perito, respondió magistralmente diciendo: "Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma, con todo tu espíritu, con todo tu corazón"; es decir, con todo tu ser "y al prójimo como a ti mismo". La respuesta fue excelente, nada más que los judíos entendían por prójimo a los suyos, a los familiares, a los allegados, pero no al resto de los hombres, y así todo lo echan a perder.

Y como la caridad exige la fe, vemos entonces la importancia de la fe como fundamento de todo el orden sobrenatural que tiene la virtud. Porque, podrá haber virtudes naturales, necesarias, para que sean el soporte de la gracia y sobrenaturalicen toda nuestra vida, pero si no hay virtudes sobrenaturales, si no hay fe, nos quedamos en el orden pura y meramente natural. Se socava el fundamento sobrenatural de la caridad viniendo a ser una caridad adulterada, profanada, viciada como la que se predica hoy, no ya en el nombre de Dios sino en el nombre del hombre. La caridad exige la fe, exige la verdad; porque la fe, como lo define

Santo Tomás de Aquino, tiene por objeto la verdad primera que es Dios, luego todo el orden sobrenatural consiste en esa relación trascendental ante Dios como verdad primera y que conculcada esa verdad primera, constituye lo que es el pecado contra el Espíritu Santo, la impugnación de la verdad conocida.

Por lo mismo nuestra relación está fundamentada en la verdad. No lo olvidemos, sobre todo hoy, cuando el combate es cruel, duro, tenaz y prolongado. Si no nos sostenemos en el orden trascendental de la verdad y digo trascendental, porque es directamente con Dios y ante Dios que nos juzgará a todos y a cada uno de acuerdo con esa respuesta y conformidad de nosotros con la verdad. Sin esa relación trascendental con la verdad no hay fe, no hay esperanza, no hay caridad, no hay virtud sobrenatural y eso, desgraciadamente, lo tenemos olvidado. Y esa es la causa por la que claudican todos aquellos que de algún modo se dejan llevar de falsos espejismos, por no centrarse en esa relación de verdad sin la cual no hay caridad, no hay orden sobrenatural. Porque las virtudes morales, las virtudes cardinales sobrenaturales, no se pueden dar sin el fundamento sobrenatural de la fe y sin la caridad que las corona, las nutre y las vivifica a todas.

La fe no es un sentimiento, no es un deseo, es una adhesión de nuestra inteligencia movida por la voluntad bajo la gracia de Dios, del Espíritu Santo a esa verdad primera, a Dios como El se conoce, como Él se nos revela. De ahí la necesidad de la revelación para tener el cabal conocimiento de Dios dentro de lo que cabe en el orden humano en el que nos encontramos. No es pues una cuestión de sentimiento, ni de deseos ni de capricho y aun me atrevería a decir de ser piadosos, de los cuales está lleno el infierno.

Ser católico implica esa postura doctrinal, de respuesta a Dios como verdad primera de nuestra fe. Porque Dios se nos manifiesta a nosotros través del conocimiento que podamos tener y ese entendimiento se adquiere por inteligencia de la verdad, conocimiento de inteligencia que no tienen los seres que no son racionales y por no ser racionales no tienen libertad ni son susceptibles del orden sobrenatural de la gracia y de la virtud. Una piedra, un perro, un gato, no tienen el privilegio que tenemos nosotros como seres racionales capaces de poder conocer a Dios como se nos manifiesta y se nos ha manifestado. Por eso precisamente se nos enseña en el catecismo que hemos nacido para conocer, amar y servir a Dios y para verle y gozar de El después, eternamente, en el cielo.

Ese es el gran error, el grave error, la gran confusión, no solamente del mundo, que ya de por sí ha ido lejos de Dios, lejos de los principios del Evangelio, lejos de la verdad primera, de la verdad suprema y por eso lejos de la moral, sino que lo peor de esa confusión y de ese error, campea hoy dentro del ámbito de la Iglesia. El misterio de iniquidad de los hombres de Iglesia que no tienen esa respuesta ante la verdad primera, por lo que la fe se pierde cada vez más camino de la gran apostasía a la que nos dirigimos.

Vemos que la única manera de protegernos de ese error es permanecer firmes en la fe, como dice San Pedro, "porque el diablo anda a nuestro alrededor como león rugiente buscando a quién devorar"; de ahí la necesidad de esa adhesión a la verdad de la fe sobrenatural. Ser testimonios como un faro, como una antorcha en medio de esta oscura tempestad y del gran peligro que es Roma invadida por el error y la confusión.

Personalmente me avergüenza que un cardenal colombiano, el cardenal Castrillón, zorro viejo, sea el encargado actualmente de homologarnos al error que hoy campea dentro de la Iglesia en contra de la fe y de los derechos de Dios. Digo que es un zorro viejo porque él tuvo a su cargo servir de intermediario entre el gobierno de entonces y el narcotraficante más poderoso del mundo, Pablo Escobar, para llegar a un acuerdo, con el que se entregara protegiéndole su integridad y su vida y lo logró, claro está; la cárcel fue hecha enteramente por él y donde quisiera, más bien fue un bunker de protección para él y en esa entrega mediaba nuestro cardenal, que si lo veo se lo digo en la cara porque si engaña a los españoles y a los europeos, a mí no, ni como católico ni mucho menos como colombiano, porque es más astuto de lo que parece.

Tampoco nos debe extrañar que se nos halague por todos los medios para que dejemos de ser esa antorcha de luz, de fe y de verdad; debemos tener muy claro cuál es la misión fundamental: ser los testigos fieles a Dios, a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Aunque por otra parte se nos tilde de lo peor, de herejes, de cismáticos o de lo que fuese, sabiendo que somos los hijos más sumisos, más obedientes y más fieles de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana. Somos más romanos que ellos mismos que están en Roma. O ¿qué habrá más de romano que la Misa Tridentina, la llamada Misa de San Pío V, que es la Misa romana, la de todos los Papas, el misal romano que ellos han desterrado? Somos mucho más romanos que ellos. Ellos usurpan el nombre de romanos porque si fueran verdaderamente romanos dejarían no solamente que la Misa romana se diga por todo el mundo, sino que dejarían de perseguirnos.

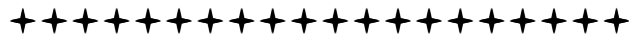
Nos persiguen por no claudicar, por no abandonar la verdad, por no perder la fe sin la cual no hay caridad, no hay amor ni a Dios ni al prójimo. Por tanto, lo que se predica hoy es una falsa caridad, cuando no una filantropía filosófica de corte masón, pero no ese amor sobrenatural a Dios y a nuestro prójimo. De ahí la gran obra misionera de amor, de convertir a los infieles, de convertir a los herejes, de convertir a los cismáticos, de convertir a todos aquellos que están en el error porque no conocen ni aman a Dios. Por esto la ley de la caridad que corona todo el orden sobrenatural y que hace a la santidad de la Iglesia y de nuestras vidas, no puede existir sin esa conexión a la verdad primera que es la fe, sin esa sujeción a Dios.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que manifestemos firmes nuestra fe como Ella la sostuvo al pie de la Cruz viendo al Hijo muerto, como hoy podríamos nosotros ver a la Iglesia. Aunque la Iglesia jamás morirá, sí sufrirá su pasión y cruel reducción. Que no perdamos la fe en la Iglesia Católica, Apostólica y Romana fuera de la cual no hay salvación. Que podamos ser testigos de la Iglesia, los testigos de Nuestro Señor, de la fe, como lo fueron los mártires si fuese necesario. Esa adhesión a la verdad implica tal pasión, ser capaces de dar generosamente nuestra sangre si Dios así lo exige; eso hicieron los primeros cristianos, esa fue la simiente de la sangre de los mártires.

Tenemos que estar preparados doctrinal y moralmente, porque cualquier cosa puede pasar. Quien está con Dios nada teme porque vive de la fe, vive de la esperanza y de la caridad, esas tres grandes virtudes teologales, y así podemos marchar mientras dure nuestra vida en esta tierra con la vista puesta en el cielo, y no aburguesarnos, no aflojar, no desesperarnos, y

con ánimo siempre valiente como guerreros hacer de nuestra vida una cruzada espiritual por Dios y la Iglesia hasta que El quiera y como quiera. De ahí entonces, poder vivir para la verdad, vivir de la fe, por la fe y con el misterio de fe.

Pidamos a Nuestra Señora que haga enriquecer en nuestras almas y en nuestros corazones esas cosas elementales para que nosotros las valoremos y vivamos de ellas y sean nuestro sagrado tesoro, la fe en Dios, la fe en la Iglesia. +



DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

7 de octubre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos en este Evangelio cómo Nuestro Señor hace el milagro del paralítico en presencia de todos y cómo los judíos siempre protestando, siempre al asecho, siempre en oposición a Nuestro Señor, mientras que el pueblo de algún modo le era favorable y le pedía sus favores y sus milagros.

Según algunos buenos predicadores y exégetas, con este milagro Nuestro Señor manifiesta por primera vez implícitamente su divinidad, porque ¿quién sino sólo Dios puede perdonar los pecados? Y eso fue lo que hizo Nuestro Señor habiéndoles dicho que era muy fácil decir, "levántate y anda" o decir "tus pecados te son perdonados", lo difícil es hacerlo. Nuestro Señor demostró al curar al paralítico que podía decirlo y hacerlo. Por eso los judíos le impugnan de blasfemo, porque solamente Dios podía perdonar los pecados, y ellos ante lo que veían y oían, en vez de ser cautos y prudentes, acusándolo, hacían, hacen todo lo contrario.

Podemos preguntarnos la razón por la cual Nuestro Señor no afirma su divinidad de una manera explícita desde el primer instante de su vida pública, y en vez, hace esta revelación implícita, gradual, progresiva. Sencillamente debemos recordar que en el mundo pagano los dioses eran moneda corriente, las divinidades que bajo formas humanas se vengaban de los hombres o traficaban con los hombres. Nuestro Señor no podía de primer momento ser confundido con ninguno de esos dioses de la mitología y mucho menos cuando el pueblo judío luchaba encarnizadamente contra esos dioses paganos.

Nuestro Señor va revelándose poco a poco para ir preparando así las mentes y los corazones y no ser confundido con uno de esos dioses paganos del Olimpo que eran asiduamente combatidos. Esa es la razón por la cual Nuestro Señor se va manifestando poco a poco, va mostrando su divinidad hasta que después, al fin, lo dice claramente, explícitamente, para que creyesen tanto los judíos como los paganos.

Y esa relación trascendental del pecado, como Nuestro Señor al perdonarle los pecados al paralítico nos muestra, nos hace ver nuestra condición pecaminosa, condición que tiene toda criatura por el hecho de haber sido hijos de Adán. El pecado que es delante de Dios, el pecado

contraviene el orden de las cosas, el orden que Dios ha establecido según su sabiduría; el mal moral no es malo porque Dios lo diga por un acto de su voluntad, sino que es malo porque no corresponde a la naturaleza de las cosas que están en consonancia con su sabiduría. Por eso el pecado es contra Dios, delante de Dios.

Conculcamos ese orden, aunque muchas veces, cuando se peca, no se piensa en eso, y aquí podríamos decir que ese grave error de una moral o de una concepción que ya Santo Tomás tildaba de herética, atribuir a la voluntad de Dios y no a la sabiduría divina lo bueno y lo malo. Un gran filósofo como Occam -que es un desastre- decía: "Si Dios me manda a adorar una burra como si fuera Dios, yo tendría que obedecer y agradecería a Dios"; decía él, el muy burro; imposible que Dios me mande adorar a una burra, es absurdo, pues el voluntarismo consistía en eso, en hacer depender toda la moral, el orden de las cosas, de la voluntad de Dios, porque Dios era libre y todo se sometía a su libertad y a su voluntad. Ya Santo Tomás había dicho antes que era una herejía y no sólo una impiedad atribuir estas cosas a la voluntad y no a la sabiduría de Dios que es el que le da peso y medida a todas las cosas, el que le da una naturaleza a todas las cosas, y que el orden moral se basa en esa relación que hay entre la naturaleza de esa cosa y su fin.

Dios entonces prohíbe algo no porque dictamine que sea malo, sino porque es malo en ese orden de cosas conforme a la naturaleza, según su sabiduría. Y por eso todo pecado vulnera esa relación de las cosas entre sí y relacionadas con Dios, con la sabiduría de Dios, con el orden impuesto por Dios. El pecador es un disociador y esa es nuestra condición, lamentable, al ser pecadores. Cada vez que pecamos vulneramos el orden de la sabiduría divina impuesto a las cosas; de ahí el gran error del indiferentismo de quitar esa idea, esa noción del pecado, cuando se piensa que uno puede salvarse en cualquier religión, creer que todas las religiones son buenas y otro, afirmar que todas son malas.

Finalmente dicen que no hay pecado. Como hoy acontece, eso es una realidad, la gente hoy se besuquea en la calle, además de imbéciles que son, como si fuera lo más normal del mundo, y así otros pecados que se cometen en la vía pública y ¡ay del que diga algo!, ¡ay del que recrimine!, porque se ha perdido la noción de pecado. "Yo hago lo que me da la gana", en definitiva esa es mi voluntad, no la voluntad de Dios; lo cual es un error como lo acabamos de ver. Tenemos así la voluntad del hombre, entonces es bueno o malo de acuerdo con mi voluntad, o a mi parecer, y si tengo ganas de salir desnudo, salgo desnudo, porque la gente sale hoy desnuda a la calle; no me digan que va vestida una mujer con el ombligo al aire o con medio seno afuera o como fuese, porque si eso es andar vestido... ¡Válgame Dios!

No es una exageración ni una consideración de un cura beatongo, porque yo no soy beatongo, ni me voy a escandalizar por ver una mujer desnuda; pero sí me doy cuenta de que eso no es acorde con la naturaleza pecaminosa que tenemos, porque no es normal que el hombre vea a una mujer en cueros y no tenga tentaciones; directamente, no sería hombre; las cosas como son. Debe haber un poder social, una moral, y que eso hoy se conculque es la prueba de que no hay noción de pecado, que no existe, está abolido ¿y si no existe el pecado qué queda? No hay orden, no hay sabiduría, mejor dicho, se destruye todo el orden que Dios ha puesto en las cosas. De ahí la gran revolución que hay en la sociedad moderna con toda esta inmoralidad pública que vemos y que corresponde a ideas falsas, a nociones falsas y que

atentan contra la religión, contra Dios. De ahí la gravedad de todo esto, porque se vicia toda nuestra relación con Dios, que debe ser una relación ordenada y debida como Él lo ha querido según su divina sabiduría.

En definitiva, con este estado de cosas se conculca, se ofende la sabiduría divina, el orden que Dios ha impuesto a todas las cosas y el hombre se convierte en un revolucionario; así nos demos o no cuenta, el hecho es objetivo. Con este milagro del paralítico, queda establecida esa relación de pecado afirmada por el Evangelio y que nosotros no debemos olvidar hoy día viviendo en un mundo donde reina el indiferentismo.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que nos ayude a perseverar y aunque seamos pecadores no pequemos tanto o por lo menos no pequemos gravemente para que nuestra vida sea más de santidad que de pecado. +

+++++

DECIMONOVENO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

14 de octubre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Vemos cuántas veces en las Escrituras aparece la imagen de las bodas, de las fiestas, de los convites, y nos podemos preguntar el porqué pareciera que a Dios le place tomar esa imagen, aunque aquí en ésta vemos también lo desmesurado de la parábola, y el fin, diciendo: "Muchos son los llamados y pocos los escogidos", que presenta bastante dificultad para interpretarla. Pues bien, no olvidemos que *en* los convites, en las bodas, se manifiesta la alegría, la caridad, la amistad, la generosidad de compartir un momento crucial de la vida con el prójimo, con los conocidos, con los familiares, y esa es la razón por la cual se toma muchas veces esa imagen de los festines y de las bodas.

También recuerdan las bodas esa unión de Nuestro Señor como Verbo Encarnado en la naturaleza humana, unión entre el Verbo y la naturaleza humana, la unión que hay de Nuestro Señor con el alma, unión entre Nuestro Señor y su Iglesia y la unión entre la Iglesia y nosotros; todo eso asemeja esa unión de las bodas.

Y vemos cómo los invitados no acuden, no hacen caso. El rey manda a buscar por las calles, buenos y malos, y cómo se escandaliza, se enoja porque uno solo es hallado sin vestidura nupcial y lo manda afuera, donde es el llanto y el rechinar de dientes. Nos asombra, pero hay algo de ello referido al pueblo judío quien fue el primero, el llamado en primer lugar y no aceptó, es más, ultrajó y mató a Nuestro Señor. Y los llamados después, buenos y malos, son los gentiles, los otros pueblos distintos al pueblo judío; así que en la significación de la parábola es clara la alusión. Vemos además en otros pasajes donde dice que "los primeros serán los últimos y los últimos los primeros". Pero lo que más asombra es cómo el rey saca de entre todos estos convidados a uno solo y termina rematando la parábola "muchos son los llamados y pocos los escogidos".

Es quizás uno de los pasajes más difíciles de interpretar por los errores a que ha dado lugar, y el primer gran error cometido por la predicación común es el de decir enseguida que se refiere a que no todos se salvan porque muchos son los llamados y pocos los escogidos, siendo los que se salvan pocos. Esa es la interpretación común, de la que desgraciadamente los jesuitas han hecho una bandera, con el ánimo bueno de querer convertir a la gente, pero yo no puedo convertir a la gente con cosas que no son ciertas, ni reales ni verdaderas.

Puede ser que se salven pocos o que se salven muchos, en realidad y con exactitud nadie sabe si se salvan los muchos, otra cosa es que presumamos por los hechos y acontecimientos que vemos. Cuánta gente vive en el pecado y que si muere en ese estado se condena; pero de allí a hacer de este texto la palabra infalible de que son pocos los que se salvan, es una tontería exegética, porque sencillamente si se toma de modo literal sería un grave error, ya que muchos no son los llamados, sino que son absolutamente todos. Entonces ya vemos que esa interpretación literal al pie de la letra no se puede aplicar, pues el Evangelio estaría cometiendo un error gravísimo.

Las Escrituras y Nuestro Señor no han querido decir nada explícitamente, luego es un error interpretarlo de ese modo, quizás con buenas intenciones, y puede ser que muchos nos condenemos, pero lo que no puede decirse es que esa afirmación es normal, y está basada en las Sagradas Escrituras, porque cuál no sería la desesperación si el mismo Señor misericordioso nos dice que vamos a ser pocos los que nos salvamos realmente, y sobre todo viendo el mundo cómo anda se haría más pesada nuestra cruz, por eso es un error grave. Está bien que el miedo al infierno sea una espuela, un acicate, un aguijón para que no pequemos, pero otra cosa es que hagamos decir a las Escrituras tonterías en el nombre de la palabra de Dios y que eso campee como cátedra normal dentro de la Iglesia y que los predicadores, como *vedettes* de turno, se repitan unos a otros sin profundizar en las Escrituras y lanzándose a predicar sin pensar en lo que dicen, sin suficiente preparación.

Es un deber prepararse para predicar y la gran crisis que vivimos hoy, esa degeneración en el clero es por falta de preparación doctrinal y espiritual, preparación moral porque lo uno va con lo otro.

Querer interpretar este pasaje literalmente es absurdo, además, porque no son muchos los que son llamados, son y somos todos los hombres, sin excepción. Dios no llama a unos a salvarse y a otros a condenarse, esa es la herejía del protestantismo de Lutero, el mismo error que cometió Calvino con la predestinación, según la cual unos son predestinados al cielo y otros al infierno. "Los que tienen dinero y son ricos y poderosos como los gringos y los pueblos anglosajones del norte; esos se salvan y los pobres del sur, los colombianos, los latinoamericanos y pueblos del sur, esos son unos bobos que se condenan porque la gracia de Dios y la predestinación de Dios se ve en las riquezas; es el poder que Dios les da en este mundo"; esa es la mentalidad protestante derivada del judaísmo.

La famosa historia del Santo Job, "tú eres culpable porque has perdido las riquezas, luego Dios te ha castigado porque eres un maldito", y el Santo Job decía: "Puedo ser pobre y, sin embargo, no ser un maldito", porque la gracia de Dios no se palpa en las riquezas ni en el poder de este mundo como creen los judíos y las naciones judaizadas; error gravísimo porque

solamente se predestina al cielo y no al infierno; entonces no son muchos los llamados al cielo, a la vida eterna sino que somos todos, aunque no todos desgraciadamente respondamos.

Vemos entonces que la interpretación literal, al pie de la letra, no cabe en este pasaje; es más, el mismo contexto nos dice que uno solo fue el que se condenó, no fueron pocos, fue uno solo de tantos convidados; luego salta a la vista la contradicción de aplicar ese "pocos" a los que se salvan porque el que se condenó, según la parábola, fue uno solo. Queda claro que esa no es la exégesis correcta aunque sea la más predicada, la más difundida y eso conviene tenerlo en cuenta para que veamos cómo el error se introduce por inadvertencia, por falta de preparación, por no profundizar y predicar sin estudio previo. Vale más decir no entiendo y con eso no me meto a dar explicaciones erróneas, porque aunque el fin sea bueno, no justifica como medio una explicación si no es buena, si no es correcta, si no está basada en el texto, porque el mismo ejemplo y el mismo texto me dicen otra cosa.

En otros pasajes no se dice si son muchos o pocos los condenados sino la mitad exactamente, como en el caso de las diez vírgenes, cinco necias y cinco prudentes; cinco se salvan y cinco se condenan. Entonces vemos que tampoco son muchos ni pocos sino exactamente la mitad, y quedamos así en que en esta parábola uno solo se condena, y en la de las diez vírgenes, la mitad se condena; luego no se le puede hacer decir al texto lo que el texto por sí mismo no dice. Hay más, en otro pasaje de San Mateo se habla, en el capítulo 20, 16, anterior a este pasaje, haciendo alusión a las mismas palabras de "muchos los llamados y pocos los escogidos", hablando de lo difícil que es encontrar el camino angosto que va al cielo -"ancho es el camino de la perdición"-; y de lo mismo en otro pasaje, también, se hace alusión.

Por eso, Santo Tomás en su comentario al Evangelio de San Mateo dice que estas palabras, "muchos los llamados y pocos los escogidos", se refieren a que los escogidos son los pocos que hacen buenas obras, los pocos que encuentran el camino angosto que lleva al cielo; y en consonancia con esto que dice Santo Tomás haciendo alusión a los dos pasajes anteriores, el padre Castellani dice que en la elección divina hay muchos planos: los electos por antonomasia que son los santos, como diría Santo Tomás, los que hacen buenas obras pero de un modo heroico; después están los píos, los buenos, hay toda una gradación.

Esos pocos elegidos o escogidos no significa, necesaria ni literalmente que son los que se salvan, los elegidos de Dios en sus diferentes planos de bondad, de santidad, de perfección, que no son muchos sino pocos; pues muy pocos son los que "huyen del mundanal ruido para seguir la escondida senda por donde han ido los pocos sabios que en el mundo han sido". Es la historia de la lucha entre el bien y el mal; es mucho más fácil hacer el mal, pero es mucho más difícil vivir haciendo el bien, incluyendo a quienes nos hacen el mal, sabiendo perdonar y olvidar dejando el juicio a Dios. Esa sería una interpretación en sentido verdaderamente espiritual, sabiendo que todos estamos llamados, pero que dice "muchos", justamente para no caer en esa interpretación rigorista y literal que toma escogidos y elegidos por salvados y que pensásemos que Dios afirma que son pocos; lo cual ya nos obliga a matizar y ese matiz lo damos tomando elegidos no por salvados, sino por los grados de elección divina que hay siendo varios planos y siendo los elegidos por antonomasia los santos, los que hacen buenas

obras, que son pocos, los que encuentran el camino que lleva a la vida *eterna*, que es angosto y difícil. Pocos son los verdaderos santos.

También dice Santo Tomás que el camino espiritual es oculto porque es mucho más fácil el camino de la carne, del mal, de la pasión, mientras que las cosas espirituales son más difíciles y en ese sentido las Escrituras hablan de un camino o de una vía oculta; así quedaría resuelta esa gran dificultad que presenta este pasaje y el otro paralelo a éste cuando manifiestan las Escrituras que muchos son los llamados y pocos los escogidos o los elegidos.

Estaría en consonancia también con San Luis María Grignon de Montfort, como Santa Teresa, como San Juan de la Cruz, que muestran que son pocos los que llegan a esa perfección, a esa vida de unión con Dios, a esa santidad; que son pocos también los que sin llegar a ser santos son buenos. La interpretación de este pasaje nos muestra el interés que debe despertar en nosotros esa vida de santidad, esa vida de buenas obras, esa vida de unión con Dios a la cual El nos llama como a unas bodas, pero que pocos, muy pocos consiguen y logran, porque realmente pocos son los que abandonan todo, los que dejan todo, los que desprecian todo para amar a Dios sobre todas las cosas y tenerlo a El como su todo.

Pidamos a nuestra Señora, la Santísima Virgen María, que como ninguna otra criatura estuvo más unida a Dios, a su Hijo que era Dios y al cual Ella dio la naturaleza humana, que tiene su carne, su sangre, sus huesos, y así unida por esa maternidad divina Ella estaba íntimamente ligada a Dios Nuestro Señor; que Ella nos ayude para que nosotros podamos encontrar esa vía de la santidad y perfección y llegar a esa unión a la cual Dios nos llama. +

+++++

VIGÉSIMO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

21 de octubre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Este pasaje del Evangelio nos relata la curación del hijo de uno de los oficiales del Rey. Este oficial se entera de que Nuestro Señor iba a Judea y pasando por allí fue a pedirle que le hiciera ese milagro por su hijo que estaba muriendo. Nos puede sorprender la respuesta de Nuestro Señor que en primera instancia dice que, "si no veis milagros y prodigios no creéis". Lo decía por estar en Galilea, en su tierra, en medio de su pueblo, para hacerles ver que ellos debían creer sin necesidad de los milagros que pudiera hacer, puesto que ellos tenían las Escrituras y los Profetas; y que si creían en las Escrituras y los Profetas, es decir, en el Antiguo Testamento, creerían en El, por lo que no había necesidad de hacer milagros para que creyesen como si fuesen paganos que no conocieran la Ley y los Profetas; mientras que los paganos, si de algún modo necesitaban ser atraídos, sería por los milagros y las obras de Nuestro Señor.

Ellos, los judíos, conocían las Escrituras, las profecías, los Profetas que anunciaban al Mesías que iba a venir, al Hijo de Dios, al Enviado de Dios, y por eso el tono de la respuesta en primera instancia de Nuestro Señor que nos puede parecer un poco duro o chocante. Sin

embargo, ante la insistencia de este oficial que le pide que vaya a su casa para que cure a su hijo, Nuestro Señor le dice que se quede tranquilo, que su hijo está sano, que vaya en paz a su casa. En efecto, este buen hombre creyó en la palabra de Nuestro Señor, creyó en Nuestro Señor sin necesidad de que fuese con él a su casa para que obrase allí el milagro, creyó en este milagro a distancia, a lo lejos y se encaminó; y cuando sus siervos lo ven llegar le comunican con alegría que su hijo está sano y él pregunta a qué hora sanó, y vio que era la misma hora en la cual Nuestro Señor le había dicho que su hijo estaba sano. Nos demuestra la fe de este oficial del Rey que confió en la palabra de Nuestro Señor.

No así los judíos; duros de corazón no creyeron en Nuestro Señor. Ese es el gran drama existencial, si así se lo quiere amar, de todo hombre nacido, aquí, en la China, en el Japón, o en la selva. Ese es el drama de cada hombre, creer o no creer en Cristo, en Nuestro Señor.

Dice por eso Santo Tomás que Dios no niega a nadie los medios para salvarse, y para salvarse son necesarias la gracia y la fe, no basta una buena voluntad en un orden puramente natural que sería simplemente una condición, una preparación del terreno, sino que hace falta, además de esa buena voluntad natural, la fe. Porque si no, caeríamos en el naturalismo, como de hecho caen algunos predicadores y teólogos cuando dicen que para salvarse no hace falta nada más que ser un hombre de buena voluntad; eso es mentira y es absurdo; hace falta además la fe, la gracia que Dios da al que tiene buena voluntad, que es muy distinto. No se salvan porque tengan buena voluntad.

Y por eso Santo Tomás afirma que como Dios no niega a nadie lo necesario para salvarse, si éste no pone obstáculo a Dios, Dios le da lo necesario y para eso hace falta la buena voluntad, para no poner obstáculo a la gracia de Dios pero no para salvarse por su propia voluntad. Eso sería el más aberrante naturalismo herético, porque en materia de fe no hay términos medios; sí, sí, no, no, es verdad o es mentira, no caben medias tintas ante Dios. Y de ahí el drama de cada hombre de querer la verdad primera que es Dios por encima de todo y que ese es el objeto de la fe; la Verdad Primera que es Dios, no cualquier verdad o la verdad en general, sino la Verdad Primera que es Dios, objeto de la fe sobrenatural sin la cual no se salva nadie.

A este respecto dice también Santo Tomás que si una persona sin culpa ninguna no conocía la revelación por que, supongamos, estuviera metida en una selva o en una cueva perdida, Dios mismo le enviaría a un ministro suyo, a un misionero para que lo adoctrine en la fe o le enviaría un ángel del cielo o El mismo le revelaría eso en lo profundo de su corazón, para que así, aceptando libremente a Dios se salve, o libremente también rechazándolo se condene.

Hoy se exalta la libertad como si fuese una varita mágica, sin darnos cuenta de esa ambivalencia terrible, de esa libertad defectible como la nuestra, que puede no elegir el bien que debe, sino el mal que no debe y el mal ante Dios es el rechazo de El y el rechazo de Dios es el infierno. He ahí el gran drama, el gran misterio y la necesidad de que la Iglesia se propague y sea misionera, manteniendo la verdadera doctrina, manteniendo la Verdad Primera que es Dios.

No nos debemos olvidar de que la fe es una relación trascendental de adhesión a la Verdad Primera, que no es un sentimiento, que no es una pasión ni es un capricho, es una adhesión del hombre a través de su inteligencia, movido por la voluntad libre a Dios, conocido como Verdad Primera, como Verdad Suma, como única verdad, con lo cual se destruye toda otra apariencia de verdad o de divinidad; se destruye toda otra creencia o credo.

Por eso el ecumenismo de hoy es aberrante, es contra Dios, contra la verdad, porque no se excluye el error que pueda haber en el hombre al no identificarse con la verdad que es Dios y que tome algún ídolo, garabato o lo que sea y lo tome por Dios, como el dios de los budistas, o el dios de los musulmanes, o el dios de los judíos, o el dios de cualquier brujo o hechicero; eso es inadmisibile. La verdad suma no admite esa posibilidad de error y por eso lo excluye como excluye la luz a las tinieblas y por eso la religión Católica, Apostólica y Romana es la única que detenta con exclusividad la verdad de Dios y es ese el dogma de fe negado y conculcado por casi todos, tanto en la jerarquía, es decir, en el clero, como en los fieles.

No se proclama la exclusividad de la verdad como patrimonio de la Iglesia, sino como patrimonio de la humanidad o de cada hombre y eso es un error porque Dios se reveló a su Iglesia y esa revelación nos es transmitida por la Iglesia, no por los protestantes, no por los judíos, no por los musulmanes o los budistas. Aunque en un momento, a través de los judíos, Dios se manifestó en el Antiguo Testamento y los que verdaderamente eran buenos judíos se convirtieron al cristianismo como los apóstoles y todos los primeros cristianos y quedaron como malos judíos los que conocemos hoy que son los descendientes de los que no aceptaron a los Profetas ni a las Escrituras, que no aceptaron la Ley de Moisés y que por eso crucificaron a Nuestro Señor. De ahí la importancia de la fe, de reconocer a Nuestro Señor como a Dios. Y a nadie, absolutamente a nadie le falta lo necesario para ese conocimiento, aunque no sepamos el cómo o el medio de que Dios se valga; si no le llega es porque pone obstáculo a Dios.

Es así entonces, que cuando nos preguntamos que cómo se salva fulano, que no conoce, que nació en el error. Pues si él no opone resistencia a la gracia de Dios, El le dará absolutamente todo lo necesario para que crea y se salve y eso en nombre de la Iglesia, de Cristo, no en nombre de cualquier falsa religión sino de la única verdadera, la revelada por Dios mismo que se la revelaría a esa persona a través de un misionero, de un ángel o de Dios mismo en lo profundo de su corazón.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, el conservar esa fe, de ser fieles perseverando en la verdadera doctrina y que de este modo podamos dar mayor gloria a Dios y poder también ayudar a que los demás se salven. +

+++++

VIGÉSIMO TERCERO DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

11 de noviembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Escuchamos en este Evangelio el relato de los dos milagros que hace Nuestro Señor Jesucristo, el de la mujer que padecía flujo después de muchos años y el de la resurrección de una niña. Muestra ese poder que tiene incluso sobre la muerte, El mismo que ha dicho que resucitaría y que nos prometió la resurrección universal de todos los hombres; que resucitaríamos con nuestros propios cuerpos, unos para bien y otros para mal, mostrando así el poder sobre la misma muerte, mostrando así que El es la vida, el camino, la verdad y la vida. La vida tanto natural como eterna, la vida tanto del orden natural como sobrenatural, la vida la del alma, la resurrección del alma que resucita cada vez que arrepentida se confiesa; hay una resurrección sobrenatural de esa alma a la gracia de Dios y por eso Nuestro Señor hizo tres milagros de resurrección y con la resurrección de Él, el cuarto.

Resucitó a la niña de la que la Tradición dice que era hija de Jairo, la resurrección del hijo de la viuda de Naím, un joven, y la resurrección de Lázaro, un hombre mayor, y con estas tres resurrecciones dice San Agustín que muestra así los tres grandes estadios de la vida espiritual, los que comienzan como niños, las que continúan como adolescentes o jóvenes y la de los que culminan como hombres ya maduros, esos tres grados de la vida espiritual.

Así invita Nuestro Señor a que tengamos en El esa fe que, como vemos, a veces pedía para hacer sus milagros, a veces sí y a veces no, a veces la exigía como una concausa o causa moral para hacer el milagro, pero otras no. A Lázaro no le preguntó si quería ser resucitado o no, si tenía fe o no, sino que lo resucitó, tampoco al hijo de la viuda de Naím. Pero la fe siempre está implícita, sea antes, cuando la pide, o si no después, para que creyendo vean y tengan fe y crean que El es el Cristo, el Mesías. Pero lo que más le importaba a Nuestro Señor no era tanto hacer el milagro sino la predicación del Evangelio, y los milagros que hacía eran como para que a aquella gente le fuera más fluida su conversión y creyeran así en su predicación del Evangelio. El Evangelio que fue predicado por los apóstoles y que será predicado hasta el fin del mundo; de ahí lo esencial en la Iglesia, la predicación que no puede faltar; podrán faltar los milagros, pero no la predicación de la palabra de Dios y esa es la obra misionera de la Iglesia.

En la resurrección que hace Nuestro Señor de esta niña nos muestra que El tiene ese poder sobre la vida y sobre la muerte, la muerte que no podemos olvidar; nacemos para morir pero morimos para vivir eternamente en Dios si morimos en gracia de Dios. Que la pereza carnal no nos impida pensar en la muerte, nos haga tenerla allá, alejada, sino que cada día la tengamos presente; es más, aun sabiendo que vamos a morir tener presente esa inmolación de cada día, ofreciéndosela a Dios y así sacrificando nuestra vida y no viviendo como aquellos a los cuales alude San Pablo que su dios es el vientre, el placer, que son enemigos de la Cruz de Cristo y que sufren pero no saben inmolarsse ofreciendo ese sufrimiento.

El cristianismo nos enseña a ofrecer los sufrimientos y esa ofrenda es justamente la inmolación que hizo Nuestro Señor de su propia vida, la inmolación que nos deja su testamento en la Santa Misa, la inmolación que tenemos que hacer nosotros voluntariamente cada día y así vivir cristianamente, católicamente, no como vive el mundo que quiere alejar la muerte a todo precio; no se quiere hablar de la muerte, se la quiere apartar, hacer desaparecer, ocultarla; no se quiere velar un muerto en su casa, les da miedo, asco, pánico, cuando es saludable despedirse de los seres queridos rezando por ellos y no que queden

SEXTO DOMINGO DESPUÉS DE EPIFANÍA

18 de noviembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En el Evangelio de este domingo vemos cómo Nuestro Señor habla al pueblo en parábolas. Las parábolas, como ya sabemos, son semejanzas, comparaciones, imágenes sensibles tomadas de la vida común que significan, representan o simbolizan una verdad, un misterio sobrenatural. Nuestro Señor hablaba en parábolas para de algún modo hacerse entender, por la dificultad que tiene nuestro entendimiento de comprender esa realidad y esas cosas celestiales, sublimes, del orden sobrenatural, esos misterios divinos de las cosas de Dios. Se vale entonces de este lenguaje en parábolas para que el pueblo capte las realidades celestiales por medio de las cosas sensibles.

Compara a la Iglesia, al reino de Dios que se inicia en esta tierra con el grano de mostaza, que es la más pequeña de todas las semillas, pero que después crece y se hace mayor que todas las legumbres convirtiéndose en árbol y anidando en él las aves del cielo. Vemos en ese crecimiento el progreso de la Iglesia militante en esta tierra, ese desarrollo permanente hasta el fin de los tiempos. Y con la levadura que desde adentro hace crecer la masa por un fenómeno químico, no físico, no violento; nos muestra también cómo el crecimiento de la Iglesia no se opera por la revolución, como cree la teología de la liberación, por la violencia, por la acción física o política, sino desde adentro como la masa que crece por el fermento de la levadura, por la gracia del Espíritu Santo, por la vida sobrenatural, por la virtud y por la oración. Eso es lo que hace expandir, crecer y progresar a la Iglesia hasta el fin de los tiempos.

Podríamos decir que con estas dos parábolas tenemos la explicación del verdadero progreso sobrenatural de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana; pero que el modernismo ha confundido, ha tergiversado, ha invertido, ha carnalizado para promover un falso progreso, un progreso humano, material y no el verdadero progreso de la Iglesia que consiste en la conversión de las almas que se adhieren a Dios, que abandonan la idolatría y que esperan la segunda venida de Nuestro Señor. Como lo escuchamos en la epístola de hoy y que también comenta el famoso exégeta Fillión: la conversión de las almas, que en el comienzo de la Iglesia implicaba abandonar la idolatría, el paganismo, los falsos dioses, adherir al verdadero Dios, al único Dios Uno y Trino, no a cualquier dios representado en un Buda, en un Mahoma o en lo que sea, sino en Dios Uno y Trino de la revelación cristiana, de la revelación católica.

Implicaba también tener la esperanza del advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, dogma de fe, ese es el comentario que hace este sabio exégeta Fillión a la epístola de San Pablo a los Gálatas 5, 16-24 y que pueden encontrarla en la Biblia de Monseñor Straubinger en la nota de los comentarios que él hace a esta epístola. Luego, hay un verdadero progreso sobrenatural de la Iglesia, progreso que pasa por la persecución y por la muerte de los mártires; hay un crecimiento incesante, aunque en apariencia fuera vencida la Iglesia, como Nuestro Señor que humana y naturalmente murió y fue derrotado en la Cruz, pero

sobrenaturalmente venció al demonio, a Satanás, al mal y al pecado y ese es el misterio de la Iglesia, el misterio de la conversión de las almas.

No se puede entonces caer en este absurdo progresismo judaico que no hace más que invertir y carnalizar el verdadero progreso sobrenatural de la Iglesia, el pueblo judío que como pueblo elegido tuvo la misión de proporcionar la carne, la humanidad de Nuestro Señor a través del seno virginal de la Santísima Virgen María para que el Verbo, haciéndose carne, haciéndose hombre, cumpliera el misterio de la Redención en su Encarnación. Pero ellos no fueron fieles y por eso el judaísmo tiene esa tónica, esa característica de carnalizar todo lo divino, porque no entiende para bien -como era su misión primitiva- sino para destruir la Iglesia, para destruir a Nuestro Señor.

Por eso, toda obra de materialización de lo sobrenatural, de inversión de los misterios y de los dogmas, son en el fondo ese proceso del judaísmo pervertido por no haber reconocido a su Dios. Y por eso, además, el progresismo actual es de características netamente judaicas, es un hecho, y en consecuencia la Iglesia sufre hoy esa aberración, endiosando no al Dios hecho hombre, sino al hombre que se hace dios por su propia libertad. Esa es la dignidad del hombre moderno, la libertad del hombre moderno, ese absurdo, esa usurpación del lugar que tiene Dios y que culminará con la aparición del Anticristo, no dicho por mí, sino por los comentaristas sacros como San Hilario, comentario que lo pueden ver también en la Biblia comentada por Monseñor Straubinger.

Debemos, pues, creer en el verdadero progreso sobrenatural de la Iglesia, progreso que a veces no se ve, o se ve detrás de un grave mal, de una muerte; pero que en realidad como el misterio de la Cruz es a través de esa derrota, de esa muerte natural que opera la resurrección sobrenatural de nuestras almas, la conversión de los infieles, la conversión nuestra que cada día debe ser mayor y no creernos unos católicos de pura cepa y dormirmos en los laureles, porque ¿cuántas veces nos encontramos en los laureles de la ignorancia religiosa, no sabiendo siquiera los elementos rudimentarios básicos de nuestra fe? Incapaces, entonces, de defendernos de los protestantes, de los testigos de Jehová, de cuanta secta pulula, aceptando oraciones y bendiciones de esos herejes que han abandonado el seno de la Iglesia Católica.

No hay que cansarse de repetir "católico ignorante, seguro protestante", y entre más protestantismo veamos a nuestro alrededor es porque mayor ignorancia religiosa hay y ella viene de la misma falta de predicación del clero, que no predica la verdad, que convierten el pulpito en vez de trono de sabiduría, en cuentos, en fábulas, en anécdotas, en chistes y peor a veces, en cuanta estupidez les pasa por la cabeza. Falta de teología, falta de preparación, falta de amor a la verdad y eso a lo largo de los años acarrea la ignorancia religiosa que aprovecha el demonio, Satanás, para enviar a sus ministros todas las falsas religiones del protestantismo que nos invaden desde esa gran Babilonia que son los Estados Unidos, donde campea la libertad.

Pero no la verdad que nos hace libres, y nosotros incapaces de defender la religión con el arma de la confirmación como soldados de Cristo; esa es la tragedia y es una vergüenza; somos culpables por eso, cada uno en la medida en que coopera por su negligencia, por su

error, por su ignorancia o lo que fuera con todo aquello que hace desaparecer a Dios, que lo excluye, que lo niega, a Dios y a su Iglesia, Dios destronado de su Iglesia.

Ese destronamiento lo vemos hoy incluso materialmente en las iglesias que se dicen católicas, en donde el tabernáculo está colocado no ya en honor, en el centro del recinto del templo, sino en un rincón, en una capilla lateral, allí donde no incomode, donde no se lo vea; esos son los hechos. Las iglesias convertidas en panteón de falsos dioses, donde se alaba a cualquier ídolo y no al verdadero Dios, Uno y Trino; ese es el ecumenismo aberrante que ha convertido a las iglesias en el panteón donde se adora a cualquier dios o a cualquier divinidad. Como antaño pasaba en Roma, se produce el fenómeno contrario, inverso y esa inversión es producto de la obra del enemigo, de Satanás, de sus agentes aquí en esta tierra, el pueblo judío que no ha querido reconocer a su Dios y esa lucha existirá hasta que ese pueblo se convierta y acepte a Nuestro Señor, pero hasta que no lo haga será su enemigo y ya que no han aceptado a Cristo, aceptarán, entronizarán en su puesto al Anticristo y ese Anticristo necesita una anti-Iglesia, una anti-religión y eso es lo que hoy sucede.

Cómo la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, por la defección de la jerarquía, poco a poco se va convirtiendo en la anti-Iglesia del Anticristo, repudiando a Cristo para entronizar al Anticristo, a la anti-religión por una falsificación, por una tergiversación de la verdad católica, de la doctrina católica, del dogma católico y aquel que ose proclamar la verdad católica será excomulgado, por ese misterio de iniquidad que no acepta el misterio de sabiduría. Y todo esto ocurre en el lugar santo. Eso es lo que profetizó Nuestra Señora en La Salette: "Roma perderá la fe y será sede del Anticristo". ¿Lo dijo o no Nuestra Señora? Entonces los verdaderos devotos de la Santísima Virgen María deben tener presente esto, porque nos están advirtiendo esta transformación de la verdad en el error y esa invasión producida en el lugar santo, la abominación de la desolación en el lugar santo que está profetizada en las Escrituras.

Sin embargo, la Iglesia progresa sobrenaturalmente, porque siempre habrá hasta el fin de los tiempos hombres que se conviertan, hombres de la Iglesia. Ese es el verdadero progreso de la Iglesia, aunque materialmente pasen por el martirio, la persecución y la muerte como pasó Nuestro Señor; a eso debemos la muerte de los mártires, santos y cristianos. Por tanto, también nosotros debemos estar dispuestos a inmolar el alma cada día acercándonos a la Cruz de Nuestro Señor, para que se conviertan y se salven las almas, para que se conviertan los judíos, para que se conviertan los infieles, y si es necesario pasar por el derramamiento de la sangre; que se haga la voluntad de Dios pero defendiendo la verdad, diciendo la verdad, para poder morir por la verdad, ya que somos hijos de la luz y no de las tinieblas; de la luz que es Nuestro Señor, esa luz que es la Iglesia Católica, Apostólica y Romana fuera de la cual no hay salvación.

Pidamos a Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, Nuestra Madre del cielo, Madre de todos nosotros por ser la Madre de Cristo Nuestro Señor, que nos proteja con su manto para que no sucumbamos ante el error y las tinieblas y podamos mantener la verdad, la fe, y así podamos salvar el alma y dar buen ejemplo a los demás y ellos también puedan conocer la verdad y salvarse. +

DOMINGO VIGÉSIMO CUARTO Y ÚLTIMO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS

25 de noviembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En este último domingo después de Pentecostés la Iglesia quiere concluir el año litúrgico. Y cuando faltan domingos los suple con los domingos de Epifanía, pero deja siempre para la clausura del año litúrgico el domingo al cual corresponde el Evangelio sacado del discurso esjatológico de Nuestro Señor Jesucristo. Y mucha atención, digo esjatológico porque como bien dice el padre Castellani, es un error gramatical decir escatológico, porque *escotan* en griego es lo pornográfico, lo sucio y no lo último como es es/aíón; hasta en eso el error sobre los últimos tiempos se insinúa sobre el Apocalipsis, del cual hoy el Evangelio nos recuerda la segunda venida de Nuestro Señor en gloria y majestad.

Con todo lo pavoroso que escuchamos del relato en el Evangelio, y la Iglesia, que es madre de la esperanza, quiere que los fieles al finalizar el año litúrgico se encaminen hacia la segunda venida de Nuestro Señor Jesucristo, hacia su Parusía con todo lo que la antecede: gran tribulación, abominación de la desolación en el lugar santo, gran apostasía, gran persecución. Por lo mismo, la Iglesia es fundamentalmente esjatológica, apunta hacia la Parusía de Nuestro Señor, nos guste o no nos guste. Que la incultura exegética de los predicadores y de los teólogos haya dejado de lado ese aspecto crucial y culminante de la historia del mundo y de la Iglesia es un error imperdonable y la prueba de ello es que la Iglesia no solamente quiere que culmine el año litúrgico con la mirada puesta en la Parusía de Nuestro Señor con el Apocalipsis, sino que también, para confusión de los ignorantes y de los malos predicadores que escamotean el Apocalipsis y escamotean la Parusía, inicia con el primer domingo de Adviento el año litúrgico también con el texto paralelo de San Lucas, que es igualmente apocalíptico.

Y los que no estén de acuerdo, por error o por ignorancia, no tienen más que mirar con qué Evangelio comienza el primer domingo del año, domingo de Adviento, y con qué Evangelio culmina el año litúrgico. Esto nos demuestra, mis estimados hermanos, hasta dónde la ignorancia, la estulticia, la desidia, la debilidad del hombre lleva a olvidar las verdades fundamentales. La Iglesia, como una madre sapiente, nos coloca al terminar y comenzar el año litúrgico estos evangelios y sobre todo hoy, cuando no se quiere hablar del fin de los tiempos, del Apocalipsis, por temor, por lo que fuera.

Es la Iglesia que es eminentemente apocalíptica, y me duele decirlo, porque lo que estoy afirmando aquí desgraciadamente no todos los sacerdotes lo dicen, lo afirman y lo pregonan a los fieles; es más, a veces hasta se burlan y lo dejan relegado como la gente que deja relegada la hora de la muerte, el momento de la muerte y que mientras más cerca se la tiene, menos se piensa en ella. Así como queremos ocultar la muerte con mariachis y cuanta música profana hay, así también se quiere escamotear con cualquier cosa el tema crucial de la segunda venida de Nuestro Señor, la de su Parusía relatada en el Apocalipsis y por eso no es de extrañar que haya tanto error al respecto a lo largo de los tiempos y más hoy en día.

¿Y qué nos dice el Evangelio hoy? Que habrá una gran abominación de la desolación en el lugar santo y nos remite al profeta Daniel, el cual nos habla en tres capítulos de esa abominación. El profeta Daniel dice que el culto y que el templo serán profanados, que se quitará el verdadero sacrificio y que se instaurará un falso culto, una idolatría y se caerá en la apostasía; con lo cual vemos la corrupción del culto sagrado de la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, por la idolatría puesta en el lugar santo, el ídolo, la abominación, a la cual también se refiere el profeta Daniel. Y que ya lo hubo en el Antiguo Testamento cuando Antíoco Epífanes puso la estatua de Júpiter en el templo (también Pilatos con la estatua del César) originando la lucha de los Macabeos por la defensa del culto de Dios, destronando esa abominación de la desolación en el lugar santo, esa idolatría, esa apostasía. Por eso el Evangelio de hoy nos remite a Daniel, para que tengamos inteligencia, conocimiento de qué podría ser esa abominación en el lugar santo.

Esa abominación la vemos hoy comenzada, instaurada en la profanación del culto, de la Santa Misa, que es una Misa hecha según el corte y el concepto protestante, como lo es la nueva Misa con todo lo que eso acarrea. ¿Por qué creen los fieles, que las iglesias de hoy no son como las iglesias de antes y sin embargo permanecen en los mismos edificios? El altar ya no está donde debiera estar, hoy sólo es una mesa; el tabernáculo queda en un rincón; esos bailes, músicas y cantos profanos, todo eso es porque hay un nuevo culto, habiendo destronado la Misa católica que es la que conservamos.

Y ¡ay de quien ose decir algo!, porque a ése se le persigue, se le excomulga, mientras a los excomulgados, que son enemigos de la Iglesia, se les invita como amigos; es absurdo y abominable, pero es así. Y los falsos cristos, los falsos profetas, esos falsos predicadores en el nombre de Nuestro Señor, en el nombre de la Iglesia, predicarán el error sutilmente promovido y la verdad será oscuramente perseguida. También eso lo vemos hoy, la cantidad de herejías, que cualquier fiel que se diga católico piensa que fuera de la Iglesia Católica hay salvación; ¿qué fiel de la Iglesia Católica piensa que uno no se puede salvar en las falsas religiones? Entonces, ¿qué diálogo puede haber con el error? Ninguno. Y sin embargo, diálogo tras diálogo, esa es la obra del ecumenismo, falsos cristos, falsos profetas, la gran tribulación de la que habla Nuestro Señor, cual no habrá jamás.

Santo Tomás, comentando el pasaje de hoy, nos dice y nos precisa que la corrupción doctrinal llegará a tal punto que si no se abreviaran los tiempos, aun los elegidos, es decir, los buenos, los que profesan la verdadera doctrina, caerían en el error, seducidos por el error, por la presión del error que pontificará, que tendrá el peso de la autoridad, que tendrá la investidura de la verdad, pero que es error y herejía. Y Nuestro Señor dice que así como vemos la higuera cuando comienza a retoñar, y nos damos cuenta de que el verano comienza, así cuando veamos todas estas cosas tengamos presente que su segunda venida está próxima, pronta, a las puertas. Por eso no es descabellado ni absurdo pensar que toda esta crisis no solamente social, política, económica, familiar, mundial, sino también crisis religiosa, moral y doctrinal que afecta a la Iglesia misma, al clero mismo y a los fieles con todo lo que vemos, es el presagio de la gran apostasía, de la gran idolatría, de la abominación, de la desolación en el lugar santo y de la pronta venida de Nuestro Señor en gloria y majestad.

Esa es la inteligencia, la comprensión y la exégesis del Evangelio de hoy; poco más o poco menos, esa es la idea que la Iglesia nos quiere dar al terminar el año litúrgico y al comenzar también. Debemos estar hoy más preparados que nunca para que el error que campea dentro de la Iglesia no nos corrompa, así como campeó el error en el tiempo de los macabeos, en el templo con la estatua de Júpiter, con la estatua de César, con la efigie de Adriano.

¿Acaso no se puso en Asís, en la iglesia de San Pedro la estatua de Buda encima del sagrario? y luego, ¿qué pasó con Asís? El terremoto de la ira de Dios; ¿qué pasó con la iglesia de San Pedro? Todavía la están reconstruyendo; no son solamente imágenes, son hechos. La idolatría se enseña hoy bajo un falso cristianismo, bajo una falsa religión dentro de la Iglesia y esa es la abominación, por eso se necesitan macabeos, martillos, como su nombre lo indica -macabeo significa martillo-, con el celo al servicio del verdadero culto de Dios y esa fue la figura de Monseñor Lefebvre, levantarse como uno de los macabeos por el honor y la gloria de Dios, para destronar la idolatría instaurada dentro del templo.

Esa es la necesidad de que haya un reducto fiel de la verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana. La verdadera Iglesia Católica, Apostólica y Romana no está en cualquier esquina, sino allí donde se adora al verdadero Dios, rindiéndole el verdadero culto que únicamente garantiza la Misa de siempre, la llamada Misa de San Pío V; de eso no nos debe caber el menor error y si hay error es por ignorancia, por negligencia, por falta de interés religioso. Que nos da lo mismo una cosa que otra, porque como hoy todo es *light*, da lo mismo, no importa que sea lo uno o lo otro, todo se vale, para eso es la "libertad" que se proclama hoy; libertad en definitiva para hacer todo lo que el hombre quiere, aun conculcar los derechos de Dios. ¡Qué mayor abominación! ¡Qué mayor desastre! ¡Qué más apocalíptico! Pero hacia eso vamos y lo estamos viviendo, por lo cual debemos tomar en serio las cosas, con interés religioso y con fe, esperanza y caridad, combatir por la verdad para defender a la Iglesia Católica, para que no sea una cueva de ladrones, para que no sea un panteón de todos los falsos dioses, sino para que sea la cátedra de la verdad.

Pidámosle a Nuestra Señora, la Santísima Virgen, que nos ayude a pasar esta prueba que llegará al culmen con la entronización de la iniquidad, hecha persona con el Anticristo que se entronizará en la Iglesia y se hará adorar como si fuese Dios, es decir, proponiendo un falso culto, el culto del hombre que vemos hoy, engañando. Hombres que por desatentos, o por dejadez, o por lo que fuere, no han sabido defender su religión. De ahí la necesidad de pedirle a Ella que ha aplastado todas las herejías, para que nos sostenga en esa hora crucial y apocalíptica a la cual se refiere este Evangelio, pero que nos da la gran esperanza de la Parusía de Nuestro Señor glorioso y majestuoso. Pidámosle a Ella que nos fortifique y nos consuele en esta agonía, terrible agonía de la segunda crucifixión de Nuestro Señor *en* su Iglesia que es su cuerpo místico. +

+++++

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

2 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Con este primer domingo de Adviento se inicia el año litúrgico alrededor del ciclo de Navidad. Es la preparación, una especie de Cuaresma para la Natividad de Nuestro Señor; corresponde al color morado de penitencia y de oración que caracteriza este tiempo, para prepararnos a festejar la Navidad. Puede asombrarnos que comience el año litúrgico con el Evangelio que hace alusión al fin de los tiempos, al Apocalipsis, a la segunda venida de Nuestro Señor; no solamente que comience el año litúrgico con esta visión apocalíptica, sino que también termine cada año con la misma visión, con el texto paralelo de San Lucas que leemos hoy en San Mateo. Esto nos da una idea de hacia dónde debe dirigirse la mirada durante nuestra vida aquí en la tierra y no creer como sucede, que no hay que pensar en el Apocalipsis, porque esas son cosas que están más allá de nuestra comprensión, y debemos dejarlas de lado; mientras, la Iglesia nos incita a ello con este inicio del año litúrgico apocalíptico, e igual remata con la misma idea, con el mismo concepto, con la misma noción.

La Iglesia es una Iglesia esjatológica, apocalíptica. Digo esjatológica y no escatológica porque como explica el padre Castellani, escatológico sería lo pornográfico, lo inmundo, lo sucio y no lo último, como quiere decir esjatón. Hasta en eso el error paladinamente se ha filtrado y universalizado, pues no es de extrañar que en todo lo que forma parte de lo apocalíptico, del último libro del Nuevo Testamento y el único libro profético que es el Apocalipsis, haya tanto error, haya tanta confusión y haya tanto pánico, cuando es otra la realidad para el católico. En realidad es de esperanza, no de miedo, no de confusión.

Para los malditos, para los que no son hijos de Dios, para los que han rechazado a la Iglesia y a Dios Nuestro Señor, sí serán días de calamidad y de miseria, pero para aquel que sufre persecución por ser fiel a Nuestro Señor, esa es su esperanza: que venga Nuestro Señor en gloria y majestad a liberarnos del maligno y que venga su reino. Como lo dice el Evangelio, cuando veamos estas cosas es porque el reino de Dios está cerca; el reino que pedimos en el Padrenuestro, que venga a nosotros su reino, es el objeto de nuestra redención y la de todo el universo sometido al pecado. Porque el mundo, tal como lo vemos hoy, no es el mundo como lo concibió Dios en su inicio; fue modificado profundamente por el pecado de los ángeles y el pecado de Adán más todos los pecados nuestros.

De ahí el gran mal, y todo lo malo que podamos ver y que escandaliza a tanta gente. ¿Cómo un Dios tan bueno permite el mal? El mal fue introducido por el pecado de apostasía de los ángeles, por la apostasía de Adán, por nuestra propia apostasía, sin olvidar la gran apostasía y deicidio de los judíos.

Tenemos esa tara y de ahí todos los males, todas las enfermedades y aun la misma muerte. Pero Dios es tan poderoso que lo permite y a pesar de todo termina haciendo lo que El quiere y hacia eso nos encaminamos. La historia de la Iglesia recorre una persecución permanente con épocas más o menos agudas, hasta la última de todas, que será la peor. Dios las permite para purificar a los que verdaderamente lo aman y la gran purificación final, la cual estamos viviendo ya, no hace más que recordarnos la pronta venida de Nuestro Señor. Y se evoca la imagen de la higuera y de todos los árboles que cuando ya comienzan a retoñar y a dar frutos es porque el verano está cerca.

Si reparamos en los acontecimientos dentro y fuera de la Iglesia, vemos cómo todas aquellas cosas no hacen más que acelerar la pronta venida de Nuestro Señor que debemos tener siempre presente. Por eso la Iglesia la presenta en el primer domingo de Adviento, que nos prepara para la Navidad de Nuestro Señor y complementa la primera con la segunda venida de Él, sin la cual la primera quedaría troncada; el plan primigenio de Dios quedaría troncado y eso no puede ser. Por tal razón, el Evangelio de hoy habla de que está próximo el reino de Dios. Y no es que haya contradicción cuando se dice que el reino ya está en esta tierra y que comienza con la gracia, con la Iglesia.

Evidentemente ese reino todavía no está en todo su esplendor como debiera ser, porque no es Nuestro Señor el que reina sino el príncipe de este mundo que es Satanás. Pero el reino de Dios tendrá que venir, para que culmine en esa plenitud y todo quede sumiso a El como Rey de la creación. Vendrá en gloria y majestad, no como en su primera venida en la humillación, en esa profunda humildad, sino ya como Rey y juez del Universo.

Ese debe ser el objeto de nuestra esperanza, como lo fue para la Iglesia primitiva y en eso consistía el resorte de su espiritualidad y de su santidad para no caer en el pecado, para no caer en un mundo rodeado de paganismo como el que nos toca vivir. Por eso Satanás es contrario a todo aquello que evoca la Parusía de Nuestro Señor, cuando es la misma liturgia de la Iglesia la que nos coloca frente a este hecho, pero que desgraciadamente -hay que decirlo-, por error o por ignorancia, por dejadez del clero y de los teólogos, estas realidades no son puestas en evidencia sino que se dejan de lado; y es otro el espíritu de la Iglesia y de la liturgia, como podemos ver en los dos evangelios, el del comienzo y el del final de cada año litúrgico.

Es más, podemos preguntarnos: ¿tiene algo que ver la Navidad con la Parusía? Sí, tiene mucho qué ver, porque son dos venidas las de Nuestro Señor. La primera venida, cuando se encarnó y nació, quedaría incompleta, trunca, mocha, sin la Parusía, sin la segunda venida en gloria y majestad. No se nos puede olvidar que Nuestro Señor es Rey y que el pecado distorsionó el plan divino y no puede quedar así distorsionado por siempre. Luego, algún día, tarde o temprano, ese anhelo de la humanidad toda, una, reunida no en un falso Cristo, sino en el verdadero, esté formando un solo rebaño y bajo un solo pastor y El será reconocido y aclamado como el Rey de todos y por todos y de todas las naciones. Sin esa segunda venida quedaría trunca, mocha, chueca, no solamente la historia, sino la misma realeza de Nuestro Señor Jesucristo.

De allí que antiguamente se le pintaba como el gran Señor, el *Pantocrator*, el Omnipotente o el Cristo glorioso, cuando se tenían más vivas esas realidades postreras y últimas que están relatadas en el Apocalipsis y que no hacen más que anunciarnos la segunda venida de Nuestro Señor, sin la cual la primera quedaría entonces maltrecha, sin coronación, sin perfección. Por eso la Iglesia en su sabiduría asocia con el primer domingo de Adviento no un Evangelio conforme a la primera venida, a la Natividad del Señor, sino a la segunda, a la Parusía, para que quede así el contraste patente.

Tengamos siempre presente esto y no caigamos en el error, en la confusión, en visiones parciales de las cuales surgen herejías como la del progresismo.

Progresismo que consiste en procurar esa gran unión de la humanidad, pero no en Cristo, sino en el hombre. Todo lo que Dios promete a través de Él, el diablo lo quiere prometer a través no de Cristo, sino del Anticristo y he ahí la explicación profunda de por qué ese rechazo a todo lo apocalíptico, esa ignorancia, esa falta de exégesis.

Aquellos sacerdotes venerables que han hablado, que han estudiado, han sido perseguidos cruelmente como lo fue el padre Castellani, perseguido hasta volverlo casi loco, en Manresa, poniéndole inyecciones que se les aplican a los locos, cuando era el único doctor sacro en Teología que ha habido en toda América durante los quinientos años de su existencia. Fue perseguido, incluso por un obispo que hoy es cardenal, Jorge Mejía, cardenal argentino, judío, uno de los principales enemigos del padre Castellani, eyectado de la Compañía. ¿Por qué? Porque había dedicado su vida a interpretar el Apocalipsis de acuerdo con los Padres de la Iglesia y no solamente él, sino también él, el padre Florentino Alcañiz que murió casi loco y perseguido por iguales motivos y asimismo otros padres, prácticamente todos jesuítas, pero perteneciendo a una Compañía donde ya no reinaba el espíritu de San Ignacio, sino el espíritu de Satanás.

Ese espíritu antiexegético, antiapocalíptico, es el que desgraciadamente impera en la teología anormal que podríamos decir está en boga, no de ahora sino desde hace unos cuantos siglos, porque el error viene de larga data, pero cada vez insinuándose más y por eso la alergia muchas veces, de hablar de estas cosas, cuando la Iglesia en su verdadero espíritu nos pone frente a ellas.

Y nos pone como objeto de nuestra esperanza, de nuestra redención, como dice el Evangelio de este día, "levantad la mirada porque está cerca vuestra redención". Son palabras que hay que sopesar, meditar, que están en las Escrituras, en los evangelios y que requieren una exégesis, una interpretación, una fuente, para no caer en un puro alegorismo, que no es más que hacer de los evangelios o del Apocalipsis un libro de mala fantasía, porque hasta a eso se ha llegado. Pregúntenle a un sacerdote por cualquier pasaje del Apocalipsis y van a ver qué es lo que contesta.

Lo peor es que en el fondo hay una gran ignorancia. La Iglesia no es ignorante, es sabia, por tanto, hay necesidad de predicar estas cosas y que los fieles las tengan presentes, porque es el espíritu católico, el espíritu de la Iglesia; y más en estos tiempos cuando presenciamos realizarse esos inicios de gran confusión, de esa gran apostasía que presagia el pronto advenimiento de la segunda venida de Nuestro Señor y que la Iglesia quiere que cada año lo asociemos al primer advenimiento, a la Navidad de Nuestro Señor y que por eso le trae tanto al finalizar como al comenzar el año litúrgico, para que de la meditación de estas cosas saquemos provecho espiritual. Que vivamos de esa verdadera esperanza sabiendo que todos esos males, por terribles que sean, no hacen sino acercar ese gran bien que es Nuestro Señor viniendo glorioso y majestuoso, volviendo a la tierra como lo vieron los apóstoles y sus discípulos el día de la Ascensión.

Ese es el objeto de nuestra esperanza para que podamos también sobrellevar esta dura crisis, esta persecución que excluye a Nuestro Señor de la Iglesia para entronizar al Anticristo dentro de la Iglesia; ese es el mensaje de Fátima, que no se ha querido revelar, es el mensaje

que dice La Salette explícitamente: "Roma *perderá* la fe y será la sede del Anticristo, el clero estará en la depravación más atroz, cloacas de corrupción serán los monasterios, las casas religiosas". Ese es el mensaje también del *tercer* secreto de Fátima, por eso Nuestra Señora en todas las verdaderas apariciones hace recordar esto; y en una de ellas, sin palabras, como en Siracusa, no hizo más que llorar durante cuatro días consecutivos, como una madre que ve que sus hijos se pierden y no puede hacer otra cosa más que llorar. Y hay que ver si un hijo al ver llorar a su madre si no se regenera (porque ya es lo último que puede hacer una madre por un mal hijo), al condolerse del llanto de una madre. Por eso Nuestra Señora llora para ver si queda alguno de buen corazón en esta humanidad que viéndola llorar se convierta y así poder salvar sus almas.

No debemos olvidar, mis estimados hermanos, que esta asociación apocalíptica que hace la Iglesia es objeto de nuestra fe y de nuestra esperanza y así no caigamos en ese error de exégesis, de teología, de interpretación, que ha relegado el Apocalipsis a un cuento de fantasías sin realidad, que lo hacen inescrutable, que no tiene sentido, como desgraciadamente ha ocurrido dentro de la Iglesia.

Hoy vemos un falso culto, una falsa misa como la nueva; yo espero, mis estimados fieles, que todos los que vienen aquí se convenzan de la necesidad de guardar la verdadera Misa, porque la nueva es una falsa Misa, no es la Misa Católica, Apostólica y Romana; es una adulteración, una corrupción muy sutilmente realizada. Pero esa es la realidad, la degradación del culto de la religión, porque Satanás no quiere las verdaderas Misas que le recuerdan su derrota, el día en que Nuestro Señor murió en la Cruz.

Tengamos presentes todas estas cosas para que podamos prepararnos a la pronta Natividad de Nuestro Señor y también recordar su segunda venida gloriosa y que sea ese el objeto de nuestra esperanza y que así seamos más fieles a Dios Nuestro Señor y a la Santa Iglesia a través de la mediación de Nuestra Señora, la Santísima Virgen María. +

+++++

INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

8 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

En esta fecha la Iglesia se regocija de tener el dogma de la Inmaculada Concepción definido solemnemente por S.S. Pío IX en 1854 y con el cual proponía como verdad de fe revelada por Dios en el depósito divino: que la Santísima Virgen es la única criatura que tiene la exclusividad y el privilegio de ser concebida sin pecado original desde el primer instante de su concepción.

Sabemos que todos irremisiblemente nacemos con el pecado original, pecado de la naturaleza que se transmite de generación en generación; de ahí el significado del bautismo en el Antiguo Testamento; con la circuncisión, todo hijo de Adán nace con este pecado y he allí el gran misterio que Nuestra Señora, como hija de Adán, fue concebida sin pecado

original por una intervención de Dios, por un decreto de Dios. Derivándose en consecuencia el conflicto que teológicamente fue objeto de disputas en la Edad Media, que hicieron malparar al mismo Santo Tomás de Aquino; incluso hoy en día aún se ignora al decir que Santo Tomás negó en un momento de su vida la Inmaculada Concepción. Es tal la equivocación que ni siquiera los sabios judíos ignoraban eso; ellos reconocían esa verdad tanto que fue de allí de donde la tomó Duns Scoto por vía judaica.

¿Cómo iba Santo Tomás, mucho más sabio que los judíos, a negar o desconocer esto? Pero el problema teológico consistía en cómo sostener no solamente el privilegio exclusivo de la Inmaculada Concepción, ante todo otro privilegio de otros santos; sino principal y fundamentalmente el cómo (la vía o el camino) que fue lo que advirtió Santo Tomás. Los que nacieron sin pecado como San Jeremías, San Juan Bautista y (podemos presumirlo también **con todo el rigor teológico**, aunque de ello no digan nada las Sagradas Escrituras), San José; fueron santificados en el seno materno y nacieron sin pecado original; no obstante no fueron concebidos sin pecado original desde el momento en que Dios infundía el alma, como pasó en el caso de Nuestra Señora. El problema grave era que había que salvar la Redención Universal de Nuestro Señor Jesucristo, pues mientras que a nosotros nos liberó con una redención liberativa, a la Virgen María se le redimió por una redención especial, preservativa, la protegió por los méritos de su Pasión y su Muerte.

Era lo que Santo Tomás también quería salvar para que no quedara en la oscuridad, por eso, como decía un Santo Papa —que no se le ha canonizado por otros motivos que no vienen al caso- al proclamar ese dogma, que era por los méritos de la Cruz. Es decir, que Nuestra Señora fue redimida del pecado no como nosotros, sino preservada del pecado por los méritos de la Redención de Nuestro Señor en la Cruz. Era lo que otros teólogos no querían admitir; y que los judíos con sus cabalas e imaginaciones, pensaban que Dios había apartado una porción de carne de Adán o del semen de Adán sin pecado, para que después de allí se engendrara a la Virgen María, y cosas parecidas, pero por supuesto absurdas, y lo que decía Duns Scoto (bastante ponderado, lo cual no sería malo si no fuera para aplastar a Santo Tomás y dejarlo malparado, como hacen algunos), era insuficiente, pues afirmaba que por ser la Madre de Dios ya tenía ese privilegio y que eso bastaba.

Por ser Madre de Dios Ella fue preservada, porque todas las gracias de nuestra Señora le vienen por su maternidad divina, por el privilegio de ser la Madre de Dios, por estar íntimamente asociada a la hipóstasis del Verbo, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Sin embargo, no basta, aún no explica el cómo, y era lo que Santo Tomás quería resaltar, porque si decía como Duns Scoto que por ser la Madre ya eso bastaba, entonces quedaba en la oscuridad ese otro dogma de la Redención Universal de Nuestro Señor para todo hijo de Adán, y Nuestra Señora era hija de Adán.

Por una intervención divina esa transmisión del pecado se detuvo en el proceso de su generación. Nosotros los humanos procedemos de nuestros padres por vía de generación y por esa vía se transmite a la carne el pecado de nuestros padres, y en el momento de infundir el alma en esa carne quedaba manchada. Pues bien, eso era lo que decía Santo Tomás: que esa carne, que esa generación que venía manchada por vía generativa no tuvo lugar por una intervención de Dios que paró, que previno, para que en el momento de infundir el alma que

es cuando se constituye la persona, no se manchara esa alma por esa carne que venía manchada de pecado y así entonces no contrajera como todos nosotros el pecado original.

Claro está, en esta explicación de Santo Tomás existe una cuestión filosófica que hay que conocer y es la animación retardada, es decir: que Dios no infunde el alma en el mismo instante en que los padres generan o procrean al hijo, sino que hay una generación producto de sucesivos cambios, hasta que se da esa organización biológica adecuada para que el organismo pueda recibir su forma, que es el alma. De allí viene justamente el nombre de organismo, quiere decir, una materia organizada.

El alma del hombre no se infunde a una piedra, a un poco de agua o pedazo de pan, sino en una materia organizada, y se produce por vía de generación. Por eso Santo Tomás hablaba de la generación retardada, que hoy se ignora; y también se estima que Dios infunde el alma en el mismo momento en que podríamos decir que se unen las células femeninas y masculinas cuando todavía no hay esa organización. La prueba biológica de que eso no es así, es la de los mellizos monocigóticos, en los que hay una sola célula masculina y una sola célula femenina que se unen y que debiera ser un solo ser y producen dos seres; sería un absurdo que en una sola porción de materia hubiera dos formas, dos almas, dos seres, lo que me indica que debe haber un tiempo de gestación, de maduración, de generación, de preparación de eso, para que después se divida y allí en cada porción haya un alma perteneciente a cada uno de esos mellizos. Esa es una prueba biológica a posteriori, pero que a veces no se tiene en cuenta y eso le daría razón a Santo Tomás de Aquino cuando hablaba de la animación retardada.

El único que no tuvo esa animación retardada, por obra de un milagro, fue Nuestro Señor en su Encarnación. Por eso Santo Tomás así lo dice. Pero también en la Encarnación sabemos que no hubo esa relación de hombre y mujer que hay en todo ser humano, sino que Dios tomó del seno virginal de la Santísima Virgen por obra del Espíritu Santo una porción de su carne e infundió allí, no solamente el alma de Nuestro Señor, sino toda la Encarnación del Verbo.

Queda entonces muy clara la explicación de Santo Tomás, que lejos de ser errónea o falsa, es la que mejor explica y, de hecho, es la única que explica teológicamente sin eclipsar ningún otro dogma como el de la Redención Universal. Es quien mejor explica la Inmaculada Concepción y cómo, de hecho, en ella se basó o queda consignada en la bula *Ineffabilis Deus* con la cual Pío IX proclamó la Inmaculada Concepción, haciéndola pasar por la Cruz, no como toca a nosotros por liberación, sino por una prevención, una preservación del pecado. Y así Ella es toda pulcra, sin mancha de pecado original y sin mancha de ningún pecado actual, sea mortal, sea venial, por insignificante que sea.

Eso nos da una idea de la *pureza* de Nuestra Señora; nunca jamás cometió el menor pecado venial, ni deliberada ni indeliberadamente como nosotros que cometemos a diario tantos pecados veniales, ya sean deliberados o indeliberados, pero los cometemos. Por eso dice en las Escrituras que hasta el justo peca siete veces al día; pues Nuestra Señora jamás tuvo ni la menor sombra, y todo por ser Ella la privilegiada, Madre de Dios, desde toda eternidad concebida para Madre de Dios, pero pasando por la Cruz; es decir, por los méritos de Cristo fue preservada por ser la Madre de Dios.

También la epístola de esta fiesta y todas las fiestas de Nuestra Señora que hablan de Ella, dicen que ya estaba concebida antes de que las cosas fueran, que Ella ya estaba en Dios. Pero ¿cómo? ¿Acaso Ella no nació de Santa Ana y de San Joaquín? ¿Cómo es que iba a estar antes de todo lo creado, cómo es que iba a jugar en los pensamientos de Dios, si todavía no había sido creado el Universo ni los hombres? Pues bien, Ella ya estaba concebida en ese decreto divino (la mente de Dios), en el mismo decreto de la Encarnación del Verbo Divino estaba decretada la Maternidad divina de la Santísima Virgen; Ella ya estaba concebida en el pensamiento de Dios, en la mente de Dios, en los designios de Dios antes de crear todo el Universo. Y es más, Ella participaba como artífice, pues artífice también era el Primogénito, y así Nuestro Señor es el paradigma de toda la creación, resume toda la creación y todo fue creado por El y para El.

Estas cosas a veces quedan ocultas, no quedan suficientemente expresadas y forman parte de los misterios de Dios, por eso es el primogénito de la creación en ese sentido; Él era la causa ejemplar. Dios Padre, cuando creaba concibió el Universo y el mundo teniendo la imagen de su Hijo que se iba a encarnar y teniendo presente a Nuestra Señora. Eso nos da una idea de la grandeza de Nuestro Señor y de Nuestra Señora que están tan íntimamente ligados y por lo cual Ella tiene la plenitud de la gracia, mucho mayor que la de todos los santos juntos en el cielo, y es a su vez nuestro más seguro refugio.

Ella es nuestra abogada, debemos recurrir siempre a Ella, no porque la endiosemos como piensan tontamente los protestantes -que no quiero decir la palabra-, no endiosamos a la Santísima Virgen María porque no es Dios, pero es la criatura más excelsa, más íntimamente unida a Dios, tan unida a Dios que está en relación hipostática, en relación personal con el Hijo que Ella dio a luz, que es el Verbo de Dios Encarnado. ¡Qué misterio! Es la razón de que nosotros también podemos llamarla Madre, al ser Madre de Nuestro Señor y nosotros al asociarnos a Nuestro Señor en la Iglesia, nos apropiamos de algún modo esa maternidad de Nuestra Señora; por eso Ella es Madre nuestra. Así podemos recurrir a Ella como nuestra Santa Madre de los cielos para que nos ayude y nos salvemos.

Que Ella, la Inmaculada, nos ayude a salvar nuestras almas, a vivir una vida menos manchada de pecado, menos inmoral y corrompida, y ser dignos hijos de María y vivir en esa santidad a la cual la Iglesia y Dios invitan. +

+++++

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

9 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

La liturgia de este domingo quiere prepararnos como siempre para la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Es una especie de Cuaresma, como bien se explica en los misales de Dom Gaspar Lefebvre, gran liturgista. Y la Iglesia nos presenta en este tiempo de Adviento a San Juan Bautista, ese gran profeta que señaló el advenimiento de Nuestro Señor en persona: "Este es el cordero de Dios que quita el pecado del mundo", "Yo no soy digno de desatar la

correa de su sandalia", señalando el Bautista con el dedo al Mesías anunciado, los tiempos de salvación, este Mesías que haría milagros evangelizando a los pobres, resucitando a los muertos, haciendo ver a los ciegos, caminar a los cojos; y que por eso Nuestro Señor les dice a los discípulos para que le dijeran eso a San Juan, para que ellos se dieran cuenta de que el Mesías estaba allí, que Él era el anunciado.

Pero surge un inconveniente, porque el Evangelio nos dice que San Juan Bautista, estando en la cárcel próximo ya al martirio (por recriminar y no aceptar el contubernio a Herodes con la esposa de su hermano), mandó a preguntar quién es El. ¿Cómo, pues, va a mandar él a sus discípulos a preguntar quién es, si él sabía muy bien quién era? Y tanto lo sabía que desde el vientre de su madre, a los seis meses, fue santificado, es decir, quitado el pecado original, y que por eso saltó de gozo. ¿Cómo es que ahora va a mandar a sus discípulos a que le pregunten quién es? Pues sencillamente para que ellos supieran quién era El, pues San Juan lo sabía muy bien, para que sus discípulos ya se destetasen de él y siguieran a Nuestro Señor, puesto que San Juan gozaba de gran autoridad.

Tanto así, que Nuestro Señor le pidió que lo bautizara, a lo que San Juan responde que quién era él para bautizarlo, que El no tiene necesidad. Y Nuestro Señor le dice con el gesto: "Calla y haz lo que te digo", para mostrar la autoridad religiosa de la Tradición, que aunque Nuestro Señor no lo necesitaba el pueblo viera, los discípulos y la gente supieran que Nuestro Señor no era un advenedizo y que había una continuidad religiosa.

Así, entonces, San Juan, sabiendo próxima su muerte, quería que por fin sus discípulos dejaran de ser los suyos para que siguiesen al Señor y la mejor manera era mandándolos a que preguntasen y entonces entendieran por la respuesta; más que para San Juan, era para los discípulos. Y Nuestro Señor comienza después a elogiar a San Juan: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña mecida por el viento? ¿Un hombre que viste fina y delicadamente?". Todo lo contrario, un hombre que vive en el desierto, que viste sencillamente, que come poco, un hombre que se sacrifica, no un burgués que está en un palacio cómodamente, sino alguien que como buen profeta lleva una vida de sacrificio y penitencia, tan elevado que ha sido puesto como un ángel delante de Nuestro Señor para que vaya señalando el camino. Esa es la grandeza de San Juan el Bautista como profeta del Nuevo Testamento, que señala al Señor en su primera venida, mientras que San Juan Evangelista, como profeta del Nuevo Testamento, señala la segunda venida de Nuestro Señor en gloria y majestad. Dos Juanes que señalan los dos eventos de Nuestro Señor, el de su primera y el de su segunda venida.

Y al decir Nuestro Señor que "no hubo hombre más grande que él", se refiere a los hombres del Antiguo Testamento, pues a continuación dice: "Y el más pequeño en el reino de los cielos es mayor", con lo cual Nuestro Señor balancea esa grandeza de San Juan Bautista, es decir, que lo pone como el santo más grande del Antiguo Testamento, nada más. De allí han salido muchas discusiones: que si San Juan Bautista era el santo más grande de todos. Como dice el padre Castellani, es inútil discutir sobre ello, pero sí queda muy difícil dejar eclipsar la imagen de San José como santo del Nuevo Testamento.

Podemos resumir así: San Juan Bautista como hombre es el más grande santo del Antiguo Testamento, mientras que como profeta se inserta en el Nuevo Testamento tocando con el dedo a Nuestro Señor en su primera venida. Luego sigue siendo como profeta del Antiguo Testamento Moisés, mientras que San Juan Evangelista es el profeta más grande del Nuevo Testamento al señalar la segunda venida de Nuestro Señor o Parusía. San José sería el santo más grande del Nuevo Testamento por su virtud y pureza. Por eso la Iglesia nos presenta a San Juan Bautista como ejemplo de santidad, de abnegación, de sacrificio, de firmeza, para que nos preparemos en esta pequeña Cuaresma a festejar santamente la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

Por otra parte, en la epístola San Pablo nos exhorta a recibirnos los unos a los otros con caridad, sabiéndonos soportar, perdonándonos, aceptando los defectos del prójimo para que no caigamos en lo mismo o quizás en un defecto peor; que tengamos esa armonía tratando de ser mejores, corrigiéndonos, no pensando que somos así y que así seguiremos. Es un grave error pensar que Dios nos ha hecho como somos, pues traemos el lastre del pecado original, toda la maldad, la miseria, los defectos que nos quedan después del bautismo, que Dios deja para con su gracia adquirir la virtud combatiendo esas miserias; esa es la obra de santidad que cada uno tiene que realizar a lo largo de toda la vida: lograr la virtud y la verdadera santidad.

Debemos leer las Escrituras, que son objeto de consolación y de esperanza, para que no vivamos distraídos con tanto periódico y televisión, que no hacen más que fomentar lo impúdico, pues la inmoralidad no es normal, ver novelas en las que se estén besando; dos esposos que se besen en la vía pública pecan aunque sean esposos, porque hay cosas que son lícitas pero en privado (nadie hace una necesidad en la vía pública a menos que esté loco), y porque lo veamos en la televisión y en la calle, ya lo aceptemos como costumbre y pensamos que no pecamos.

No podríamos comulgar, así no estamos en estado para comulgar y si creemos que estamos en estado de comulgar es porque hemos perdido la sensibilidad frente a lo malo, a lo impúdico, indecente, pecaminoso, por el bombardeo permanente que nos cambia el pensamiento de cristiano a pagano.

Nuestro entretenimiento no debe ser pecaminoso, lujurioso; si se ven durante horas esas cosas, cómo van a decir que no hay complacencia y por complacencia se peca aunque no se lo quiera. Y eso que no me refiero a las atrocidades que salen en televisión y en los medios de comunicación, que dan vergüenza, ofenden la moral y la inocencia de los niños. ¿Cómo los vamos a educar? Por cierto hoy que ya no se educa a los niños en la virtud, sino en el capricho, que haga lo que quiera; le compro esto para que esté entretenido, contento. Todo lo contrario, hay que enderezar al niño como a un animalito, al principio domesticarlo, que aprenda a doblegarse, a no hacer su egoísmo, su voluntad, su capricho.

Qué virtud se le puede enseñar si es un caprichoso que se cree un Napoleón, que todo se somete a su voluntad y a su imperio y si no, llora. Niños tontos, les hacen una caricia y lloran y el papá se ofende; es un niño que no está de acuerdo con el medio ambiente y la culpa es de los padres y el niño, pobrecito; porque estamos muy lejos de la virtud, lejos del ideal católico;

totalmente sumergidos en un mundo adverso y contrario a Dios y a la Iglesia. Por eso los consejos de San Pablo, la lectura de la Sagradas Escrituras, objeto de consolación y de esperanza, para que el Dios de la esperanza nos proteja y así poder vivir cristianamente en un medio que cada vez es más anticatólico y demoníaco.

A propósito de demoníaco, hoy, para ser un buen literato hay que ser brujo, como la tonta que hizo los libros de "Harry Potter", vendidos por millones. Así, que si me convierto en bruja como ella, iniciada en los misterios de la magia y de cuanta cosa hubo en el paganismo y en la gnosis, soy la persona más rica de Inglaterra y que gana más premios y vendo más libros que los niños devoran porque hay un encantamiento, una sugestión del demonio. No creamos que hay cosas que porque atraen son buenas; el demonio tiene también su seducción; así que si un libro de cuatrocientas páginas no le aburre y sí le aburre leer una página de cualquier cosa más o menos decente y no nos damos cuenta, ahí esta metido el demonio; es una prueba de lo demoníaco hecho obra de literatura, de alabanza y de riqueza.

Tengamos en cuenta esto para no caer en ello y saber explicarles a los niños y a los no tan niños, porque también los jóvenes y los adultos caen en eso. Lo peor es que los niños quedan iniciados en la magia, en la brujería, en el misterio de lo satánico. Esta mujer quién sabe qué pacto ha hecho con el demonio para que le dé toda esa ciencia del mal o es que ella es boba y deja inspirar su pluma directamente por el demonio, lo que también puede ser. Pues bien, en vez de tener eso como literatura, tengamos cosas buenas, cosas santas y empecemos por la Sagrada Biblia, la palabra de Dios que consuela y da esperanza.

Pidamos a Nuestra Señora para que Ella nos asista, nos ayude a perseverar en el bien y la verdad y lograr así la santidad. +



DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

23 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Nos encontramos en el cuarto domingo de Adviento. Estos cuatro domingos presagian los cuatro mil años que van desde la creación de Adán y su contiguo pecado, a la espera y venida del Salvador. Digo cuatro mil años, porque eso es lo que poco más o menos atribuye la Tradición de la Iglesia, desechando las fábulas, mitos y estupideces, como decía San Juan Crisóstomo, el patrón de los predicadores, que desde aquella época ya refutaba esa idea infundada de atribuirle miles y millones de años al universo y la creación del hombre. Cuatro domingos que nos preparan para la Natividad de Nuestro Señor.

Por lo mismo, la Iglesia en su liturgia durante este tiempo de Adviento nos presenta la figura de San Juan Bautista, precursor del Señor, comparado a los ángeles no porque fuese un ángel en su naturaleza sino por la misión que tuvo; porque ángel es aquel que tiene la misión de anunciar a los hombres las cosas de Dios. Y él fue quien anunció y más que anunciar, señaló con el dedo la presencia de Nuestro Señor, el Verbo Encarnado del cual él

"no era digno ni aun de atar la correa de sus sandalias". Figura que nos prepara para ese espíritu de Navidad tal como él preparó para que el pueblo elegido aceptara la predicación de Nuestro Señor Jesucristo y a Nuestro Señor mismo ya que era su precursor, el gran pregonero y la voz de aquel que clamaba en el desierto, que era Nuestro Señor Jesucristo en persona y San Juan su portavoz. Predicaba el bautismo de penitencia, es decir, la penitencia, la conversión de corazón hacia Dios y la negación de todo aquello que se opone a Dios, y que se cifra en el pecado.

El pecado está arraigado en una triple raíz, en una triple concupiscencia y de ahí provienen todas las malas inclinaciones, que si no las atacamos a tiempo, se convierten en perversión; y eso es lo que genera los crímenes y abominaciones que vemos y que con un espíritu a veces impío, se le atribuye a Dios ese mal, cuando El es la Bondad Suma, la Misericordia Infinita. El corazón perverso del hombre que no se convierte y que se deja seducir no sólo por la triple concupiscencia, sino también como ministro del demonio que siempre trama el mal, por ser el gran enemigo del hombre y de Dios; nos odia a nosotros como imagen y semejanza de Dios. Por tal razón quiere destruirnos y que nos condenemos eternamente en el infierno. Esa es la obra de Satanás, el maldito, por no querer servir a Dios; esa es su desgracia, ese fue el primer pecado y la primera apostasía y Dios le quitó la sabiduría pero no el poder, ese poder que ostenta porque Dios se lo ha dejado justamente para que sirva de acicate, de espuela para el bien, para la virtud, para la santidad.

El mal coadyuva para aquellos que aman a Dios; Dios saca del mal un bien para aquellos que son de Dios, para aquellos que se convierten a Dios. Esa es la conversión, el bautismo de penitencia que predicaba San Juan Bautista.

Y la Iglesia presenta al Bautista en este tiempo de Adviento para que nos convirtamos a Dios. La conversión tiene muchas etapas en nuestra vida y si no nos convertimos, cada vez retrocederemos más en la vida espiritual; si no se avanza se retrocede; y esa conversión culmina en la santidad sublime de la cual nos han dado ejemplo los santos. Por eso requiere y tiene muchas etapas. No creamos entonces que se trata simplemente de la conversión del infiel, del ateo, del que odia a Dios, del que se opone a Dios, sino también la conversión del cristiano, del bautizado, del fiel, para que quite todo escollo u obstáculo, todo aquello que imposibilita la gracia para fructificar o producir sus efectos.

Por eso hay que allanar todo monte que dificulta en nuestra alma esa acción de la gracia. Nuestra soberbia, orgullo, vanidad, el odio, el rencor, la envidia, todas esas pasiones que hacen que no nos adhiramos a Dios plenamente porque impiden que la gracia fructifique plenamente en nuestro corazón y nos impide verdaderamente amar de todo corazón a Dios.

Insiste pues el Evangelio con el ejemplo de San Juan Bautista para que alise todos esos repliegues de nuestra alma, del corazón y que habite plenamente Dios en nosotros como templos sagrados del Espíritu Santo, como tabernáculo que es nuestra alma en estado de gracia; teniendo así esa participación; no lo olvidemos, la gracia como una participación de la Naturaleza Divina y por eso nos asemeja a Dios.

Esa fue la gran tentación del Paraíso: que el hombre quiso procurársela por sí mismo dictaminando qué era lo bueno y lo malo para sí, como acontece hoy. El mal y el bien ya no son una cosa objetiva, sino que en este modernismo apóstata cada uno es doctor y maestro de su moral, de lo bueno y de lo malo; por eso ya nadie se avergüenza de besuquearse y de amancebarse en público, porque cada uno determina en el fuero de su conciencia si está bien o está mal; una libertad absurda, una libertad de pecado.

Esa es la moral del mundo moderno y la moral que desgraciadamente predicán hoy los falsos profetas que invaden la Iglesia Sacrosanta de Cristo. Tragedia por la cual no debemos claudicar; todo lo contrario, nuestro deber es recordar que el bien y el mal son cosas objetivas en sí mismas. Tan objetivas que por eso se va al cielo o al infierno eterno. Tan objetivo es que si para ir al cielo hay que creer con fe, para irse al infierno no hace falta la fe; de ahí el peligro, la facilidad y la puerta ancha para condenarse, porque para salvarnos necesitamos la fe y la fe con la gracia santificante; pero para condenarnos no necesitamos la fe; por eso es ancho el camino que lleva al infierno, camino adornado hoy con flores, perfumes y halagos para que la gente se deslice tontamente y Satanás se salga con la suya.

Es necesario recordar estas cosas por el bien de nuestras almas y que ese bien lo tengamos presente en esta Navidad; que para eso ha venido el Señor, para eso se Encarnó. No echemos a perder el fruto de su Encarnación y Redención que es el de salvarnos, no condenarnos, y así amemos eternamente a Dios en el cielo después del transcurso de esta vida una vez que hayamos muerto en estado de gracia. Ese es el propósito de la verdadera Iglesia. No la falsa Iglesia de los pseudoprofetas, de los anticristos, sino la Iglesia de Cristo y ya sabemos que la verdadera Iglesia se reconoce por la fidelidad a la Sacrosanta Tradición, a la revelación de hoy. Por eso en la Epístola San Pablo dice que lo que se requiere de los dispensadores de las cosas de Dios, de los Ministros de Dios es la fidelidad y no sólo a los ministros de las cosas de Dios sino también a los fieles.

De ahí viene el nombre de fieles, fidelidad a Nuestro Señor, a su Palabra, al Verbo de Dios y a la Iglesia de Dios. Luego ese es el signo infalible para detectar la verdad y distinguirla del error: la fidelidad, esa es nuestra misión y por eso la gran persecución de todo lo que no es la Iglesia de Cristo contra los que son de Cristo por fidelidad.

Seamos fieles y pidamos esa fidelidad a Dios Nuestro Señor en estas Navidades. Tengamos presente la fidelidad de la cual Nuestra Señora dio prueba al pie de la Cruz; que Ella sea nuestra sustentadora, nuestra fortificadora para permanecer siempre fieles en ese amor del cual Ella nos dio ejemplo. Pidámosle entonces a Ella esa fidelidad y ese amor hacia su amado Hijo. +

+++++

NATIVIDAD DEL SEÑOR

25 de diciembre de 2001

La Misa de medianoche es una de las tres que se pueden celebrar en este día con motivo de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. Ese gran misterio de la Encarnación de Dios.

¿Cómo un Dios infinito, eterno, omnipotente, se encarna en el seno virginal de la Santísima Virgen, haciéndose hombre, tomando nuestra naturaleza humana? Ese es el gran misterio inefable que no se comprende ni se entiende, pero que se cree porque Dios así mismo nos lo revela y la Santa Madre Iglesia así lo propone y enseña. Misterios de Dios que se creen única y exclusivamente por fe sobrenatural. Y esa es la fe que nos debe animar, esa fe en Dios y en un Dios que se hace hombre, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo de Dios, el Verbo del Padre, que se hace hombre para redimirnos del pecado.

La Navidad, pues, debe ser un motivo más para convertirnos a Dios, para que renunciemos al pecado, para que vivamos sobria y santamente como pide la Epístola que acabamos de leer: que no vivamos de los deseos mundanos para que no vivamos conforme a los placeres del mundo sino a los gozos celestiales puestos en Dios. Y por eso, mal haríamos si festejáramos esta Navidad como lo hace la mayoría, en diversiones, borracheras, lujurias, violencias y todas esas cosas que provienen de la pasión y falta de virtud. El ejercicio de la virtud refrena las malas inclinaciones, nuestros malos deseos y eso debe ser la Navidad para nosotros: un motivo de conversión y de mayor fe en Nuestro Señor que nace pobremente en Belén, abandonado de los hombres, no teniendo posada en ninguna parte y naciendo en el fondo de una cueva.

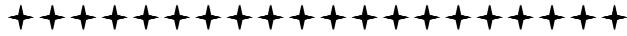
Nadie, ningún ser humano nace así por pobre que sea y el Rey de Reyes y el Señor de Señores quiso nacer en la más absoluta pobreza y mayor olvido de los hombres para mostrarnos ese camino real de la pobreza, que no es miseria porque en la miseria no puede haber virtud como sí en la pobreza. Así, Nuestro Señor pudo nacer en un palacio; sin embargo, no lo hizo, para mostrarnos la ventaja de la pobreza como virtud. Y es la virtud la que ennoblece al hombre, aunque hoy desgraciadamente se piensa todo lo contrario, que es el dinero, el poder y las riquezas.

Es la virtud la que hace a los verdaderos nobles y por eso hasta los ricos, si quieren ser verdaderamente nobles y virtuosos deben, aun en medio de las riquezas, vivir en el desapego de lo material y del poder, como dieron ejemplo grandes reyes de la Edad Media que llegaron a ser santos, como San Luis de Francia, San Fernando de España, San Enrique de Alemania y otros ejemplos de virtud y de santidad.

Y viendo a Nuestro Señor abandonado de los hombres aprendamos el camino del abandono, del retiro, para que no sigamos los principios que rigen al mundo y nos hacen mundanos; que vale más estar aislados y vivir en la unión con Dios que vivir junto a los otros hombres en el pecado; que nos acordemos de Nuestro Señor cuando sufrimos y padecemos persecución, hambre, abandono; que El vino al mundo en medio de esa desolación, de esa pobreza; que vivió así toda su vida y que murió en la Cruz para que nosotros nos asociemos a los sufrimientos de Nuestro Señor y no sucumbamos ante los sufrimientos pasajeros; que podamos padecer y que no se turbe nuestra alma o se ofusque y rechace o reniegue de esos males sino que los aprovechemos como un medio de santificación.

Veamos a la Santísima Virgen y a San José con qué resignación aceptaron todo eso que les aconteció, sin tener la mano ni la ayuda de nadie y teniendo así que recurrir a una sencilla cueva para que allí naciera nuestro Dios.

Pidámosle a la Santísima Virgen María que Ella nos consolide en la fe y en la virtud, para que podamos seguir ese ejemplo que Nuestro Señor nos dio y poder así ser verdaderos católicos. +



DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD (1)

30 de diciembre de 2001

El significado de la Navidad es la Redención que se opera, se inicia, a través de la Encarnación con el nacimiento de Nuestro Señor. Misterio inefable el que todo un Dios infinito, eterno, omnipotente, se haga hombre, se haga uno igual a nosotros en todo, menos en el pecado. Que nazca como un niño débil sujeto a sus padres, dependiendo de ellos y que va creciendo, como dice el Evangelio, en sabiduría. No se trata de un aumento en Nuestro Señor de su sabiduría, pues El era la sabiduría eterna, sino sencillamente que manifestaba esa sabiduría a los hombres a medida que iba creciendo.

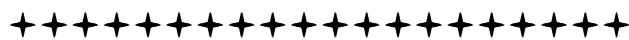
Él, desde el primer instante de la Encarnación veía todo, conocía todo, sabía todo. Entonces no podía crecer en sabiduría al modo humano, como nosotros que aprendemos cada día algo nuevo. El no podía aprender algo nuevo en cuanto a la sabiduría sino en cuanto a la experiencia humana; eso es distinto. Nuestro Señor manifestaba esa sabiduría a medida que iba creciendo y por eso el Evangelio dice que crecía en sabiduría, no como suponen los herejes modernos basados en eso, que El no sabía que era Dios, que lo vino a descubrir después de algún tiempo, lo cual es una herejía.

Vemos, además, en la presentación, que es el relato del Evangelio de hoy, cómo San Simeón y Santa Ana profetizaron sobre el Verbo Encarnado. San Simeón le dijo a su Madre que el Niño sería signo de contradicción. ¿Cómo es posible que la verdad, la sabiduría eterna, sea signo de contradicción, de confusión? Misterio de Dios. Ante Dios no quedan más que dos actitudes fundamentales, radicales: como seres libres con Dios o contra Dios. Esa es la elección libérrima del hombre y por eso El es signo de contradicción para aquellos que no están con Dios, que no son de Dios, que están contra Dios

Ese es el gran misterio de la fe y por eso San Simeón dice que será signo de contradicción para unos, mientras que para otros será de salvación. Misterio que muchas veces nos toca lidiar con los familiares, con los seres queridos que no creen, o con los amigos, o con cualquiera en el trabajo; donde fuese descubrimos que lamentablemente no son de Cristo, que están contra Dios, que no quieren reconocer a Dios; y que nosotros, como católicos, de algún modo debemos brindarles ese testimonio de la fe. Ese testimonio se da o debe darse no con violencia, no con agresiones, no con insultos, ni con impaciencias sino con un espíritu de verdad para que aquella persona sea tocada por la gracia

Nosotros, de algún modo podemos ser instrumentos de salvación para esa persona dando sencillamente testimonio de la fe, manifestando la fe y que aquella persona pueda, bajo la de la gracia de Dios, convertirse. Pidámosle en esta Navidad a Nuestro Señor que nos ayude para que en medio de esta crisis tan tremenda, podamos permanecer fieles, no sólo nosotros sino que también podamos ayudar a aquellos que no tienen fe, que no creen en Dios o que malamente; para que se conviertan y respondan a su llamado y así salvemos el alma y se salven ellos

Pidámosle a Nuestra Señora poder meditar todas estas cosas, todos estos misterios inefables de Dios para transmitirlos de algún modo a los demás, dando testimonio público de nuestra fe en ese Dios que se ha hecho hombre para salvamos. +.



DOMINGO EN LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD (2)

30 de diciembre de 2001

Amados hermanos en Nuestro Señor Jesucristo:

Festejamos hoy la Misa de la Infraoctava de Navidad que corresponde al domingo que cae dentro de los ocho días siguientes a la Navidad. Con esta octava la Iglesia quiere mostrar la importancia de la fiesta de Navidad que se celebra el 25 de diciembre con tres Misas, con lo cual desde la tierra la Iglesia responde con tres sacrificios a la Santísima Trinidad en retribución al Padre Eterno que envía a su Hijo. Las Tres Misas que tienen un triple significado en el nacimiento de Nuestro Señor. La primera, el nacimiento carnal; la segunda, el nacimiento en nosotros a través de la gracia; y la tercera, el nacimiento eterno, el Verbo del Padre eternamente engendrado y esa manifestación inefable de la Santísima Trinidad que en mutuo amor el Padre y el Hijo se prodigan amor consubstancial en el Espíritu Santo. Y la Iglesia quiere que nosotros meditemos estos misterios, que nuestra Redención se inicia con la Encarnación y el Nacimiento de Nuestro Señor.

Por eso, el Evangelio de hoy está tomado de la parte de la presentación de Nuestro Señor en el templo y la purificación de la Santísima Virgen María. Presentación que se hacía como rescate del hijo primogénito que pertenecía a Dios y que como le pertenecía en cierta forma, se le inmolaba. Pero no como interpretaron los paganos matando muchas veces los hijos, inmolándolos a Moloc, sino que se reconocía en el primogénito ese objeto, esa cosa que le pertenecía a Dios por ser la primicia, por ser lo mejor y que se rescataba por medio de ese óbolo que se ofrecía de acuerdo a la riqueza o pobreza de los padres. Nuestro Señor, en ese acto de la presentación en el templo, fue rescatado, cumpliendo con esa ceremonia; rescatado con dos tórtolas o palomas que era lo propio de los pobres. Quiso entonces remarcar ese rescate y mostrar que las primicias son de Dios, son para Dios.

Y la purificación de Nuestra Señora a los cuarenta días, que era cuando se producía la parte ritual de esa limpieza que presagiaba la mancha de nuestro pecado original, pero que Nuestra Señora no tenía de qué depurarse no obstante quiso cumplir con el rito religioso y ceremonial del Antiguo Testamento, en el que todas las mujeres parturientas debían purificarse ya que se

quedaba de algún modo consignada esa imagen del pecado original que se transmite por vía de generación. Vemos cómo estaba en la figura del Antiguo Testamento, en el bautismo, que como bien sabemos son éstas, prefiguraciones de lo que más adelante sería la realidad del misterio del sacramento; por eso Nuestra Señora va a purificarse siendo que Ella era la toda pura la toda pulchra, sin mancha original y sin ningún pecado venial o mortal como bien lo explica en la salutación angélica Santo Tomás.

Vemos en el Evangelio de hoy, además, cómo San Simeón profetiza que Nuestro Señor será signo de contradicción, de salvación para unos y de condenación para otros, porque ante Dios no hay sino dos actitudes fundamentales de todo ser libre: respuesta de aceptación o de rechazo. Con Dios o contra Dios, no hay término medio y ese es el acto de la elección fundamental de nuestra vida, de nuestra libertad. Aquel que elige bien, está con Dios y aquel que elige mal, está contra Dios. Esa elección que hace y que la hacemos cada uno de nosotros debemos renovarla para vivir siempre en adhesión libre y amorosa a Dios que es la que nutre todos nuestros actos religiosos para que no caigan en rutina, en vacío, en aburrimiento, en ceremonias sin sentido; y que así esa elección de Dios sea un acto de fe, de esperanza y un acto de amor ya que tenemos la gracia, sin la cual sería imposible pronunciar el nombre de Dios con fe, con amor. Es lo que dice la Epístola de hoy "Abba", Padre; así, todos nuestros actos quedan vivificados por el espíritu interior y siendo un acto de la libertad, es un acto virtuoso.

Drama de cada hombre frente a esa elección trascendental, frente a Dios, frente a Nuestro Señor que es signo de contradicción para aquellos que le rechazan. Que si ese rechazo dura hasta la hora de la muerte es lo que desencadena el infierno, la condenación eterna y de ahí que nosotros podamos ayudar como instrumentos a convertir a aquellos que a nuestro alrededor no quieren adherir a Dios, o que no quieren adherir plenamente, o que retardan esa adhesión; poder ayudarles a través del ejemplo, de la profesión de la fe en la verdad y en el espíritu de Dios, con sencillez, no con violencia, no con presiones, sino con el espíritu de verdad que se impone por sí mismo, si es que aquella alma es tocada por la gracia de Dios.

En eso debe consistir no sólo el apostolado de la Iglesia, sino el de cada fiel. Que dicho sea de paso, me asombra ver cómo los fieles, no digo los recientes, sino los antiguos, cuando quieren convertir a alguien y sobre todo a la verdadera Iglesia, no los preparan, no hacen una catequesis sino que los traen como quien conduce animales llevándolos al monte, dejándole el problema al sacerdote, sin la mínima disposición de aprovechar ese conocimiento, esa amistad para evangelizarlos, sobre todo hoy, en la Tradición.

Que si alguien viene a bautizarse o casarse en esta capilla aquí lo haga con el convencimiento de una catequesis tradicional; es un deber de cada fiel, eso es lo que significa el padrino; que ese trabajo lo hace el padrino y atestigua la fe del otro, y muchos se extrañan de que cómo es que el padre no le da los sacramentos, y es que no se les pueden dar los sacramentos si no saben por qué vienen aquí; si les da lo mismo otra parroquia que esta capilla, pues que lo hagan en la otra, porque sencillamente uno tiene que saber en dónde pisa, a dónde va y cuál es la diferencia. Qué tal una persona que se bautiza o se casa aquí, después tiene problemas con la partida de bautismo o de matrimonio; se la rechazan por los motivos de ser quienes somos, después nos vienen con el problema como si en este lugar

